MARIO SATZ

LA PALMERA TRANSPARENTE

Parábolas, historias y enseñanzas de la Kábala

ARCA DE SABIDURÍA

El justo florecerá como la palmera *Salmo 92 12*

INDICE

Prefacio....4
El equilibrista, la vara y la brizna de hierba....7
Los cinco secretos de la alegría....8
La roca y la criatura....8
Distancias....9
Sobre la energía....10
El reidor de burbujas....11
Mirar y ver 12
Los tres años y la raíz 12
Transformando el temor en un espejo....13
El revés de la gracia....14
La ley y el beso....14
El rabí y el general....15
La cigüeña, el anciano y la noche infinita....15
Algo nuevo para el mundo.... 16
La mejor lectura....17
El contacto con el Árbol de la Vida....18
Las tres clases de seres humanos....19
Diez fragmentos de belleza.... 19
El juego infinito....21
El criador de luciérnagas....21
El valor *del* diezmo.... 22
Haciéndose eco....22
El libro o la vida....23
El lado exacto de la realidad....24
Aprendiendo de los ignorantes....24
Todos los nombres de la tierra....25
El cantor sordomudo....26
El adiós intermitente....27
Las entretelas *del* corazón....27
En el cementerio....28
Las dos clases de maestro....29
La lámina del silencio....29
El Creador y sus criaturas....30
El estudiante ansioso....31
La iluminación y el retorno....31
El frasco de lágrimas....32

La mandrágora, el santo y el retrasado....33
El destino de Noé....34
Debajo de cada ser humano....34
El desierto y el verbo....35
El cartógrafo y la flor de azahar....36
El punto y la línea....36
Luz del aire....37
El oído perfecto y el yo imperfecto....38
El aguatero de los algarrobos....39
Ante la duda, confía en la acción del universo....39
La Divina Presencia....40
La cebolla y el valor del símbolo....41
La espiga....42
Floreció su alma....42
Bendición de la luna....43
Yoshka el jorobado, ladrón de trinos....44
La muerte y el cardo....45
Los tiempos del cerezo....45
El mejor camino....46
Del otro lado de la palabra sueño....46
El hijo del mar del aire....47
Resoplar o inspirar....48
Eliezer Ben Yehuda rodeado de palabras....48
Fuego negro, fuego blanco....49
Éxtasis bajo la bóveda de sombra....50
El azufre y el almizcle....51
La raíz del pasado y la copa del futuro....52
Luz para los pueblos....53
El maestro y la esencia....53
La espiralada música del olivo....54
En cada rollo de la Ley....54
El corazón de la soledad....55
Sangre e imagen....56
El panadero y los ángeles....56
La dulzura de la sabiduría....57
Cuando el aliento percibe el infinito, la admiración abre la boca....58
El relámpago del Paraíso....58
La fuerza del que escucha....59
Ver la luz, ser la luz....60
El castigo y las manos....61
La bendición de los alimentos....61
Lector de nubes....62
Pon corazón....64
La palmera trasparente....64

Prefacio

Para ese enorme océano de sabiduría que es la Biblia, el justo, es decir, el iniciado, está bajo la más recta de las tutelas botánicas que podamos imaginar, pues según nos lo describe el Salmo 92:12; *«Florecerá como la palmera,* tzadik ke-tamar ífraj, *pasaje en el cual* tamar, *el citado árbol, puede leerse también como acróstico de la expresión hebrea* teshubá, maim, rabim, *cuyo significado es: «respuesta o reunión de muchas aguas». Entre esa metáfora arcaica, cuyo origen se pierde en la noche del Neolítico, y el palmeral que ahora mismo ondula en el oasis, sitio fértil donde los haya, reverbera un* locus *paradisíaco al que, real o figuradamente, siempre se ansia volver, pues el ser humano no solo tiene sed de agua real, sino también de maravillas, incluso si tales prodigios se hallan —dispersos y escasos—, en el vasto desierto de los espejismos, antiguos o actuales. Las dificultades nunca arredran a los auténticos buscadores, y la vocación de una vida más alta y noble es constante. Ya lo dicen los sufíes: «Donde hay aguas puras, hombres y pájaros se reúnen a beber». Tal vez sea esa la razón por la cual, custodios de algún oasis secreto, los justos e iniciados, en solitario o congregados, y a semejanza de la recta palmera, trabajen para confortar a quienes ha doblegado y torcido el destino. En las márgenes del Nilo, en Egipto,* renpet ({), *la rama de palmera, aludía al tiempo cíclico, a las generaciones que se sucedían unas a otras. Pero también era emblema del dios Heh, personificación de la eternidad, modelo de un periodo inacabable que se renueva una y otra vez a sí mismo. Esta idea será recogida más tarde por los griegos, en especial en relación a la mítica figura del Ave Fénix, ya que hallamos una huella precisa de ese nombre en la variedad de palmera llamada datilera* (Phoenix dactylifera). *En las* Metamorfosis *de Ovidio se narra que el citado pájaro Fénix* (^oTvié;), *cuando ve que los quinientos años de su vida están a punto de cumplirse, hace su nido en las ramas de una palmera agregándole plantas aromáticas tales como la casia, el nardo, el cinamomo y la mirra, y, tras prenderse fuego, muere incinerado en medio de estas para renacer al tercer día en forma de pequeño gusano. El lugar donde eso ocurre se llama Heliópolis, la Ciudad del Sol.*

Gestado entre dunas, arenas, oasis y minaretes azules, el sufismo recogerá esa herencia bajo el ala semántica del árabe tariqat, *que indica algo más que una verde palmera, pues alude, también, a cierta regla de vida, a un modo de existencia consciente. Idries Shah consigna una serie de palabras que le están relacionadas: a)* atraq, *guardar silencio; b)* tarraqli, *abrir camino hacia, y también c)* tarq, *el sonido de un instrumento musical. Acerca de ese sendero que sigue el justo, y que las palmeras arquitectónicas de la gran Mezquita de Córdoba insinúan desde su óptico abanico, dicen los suftes que su trazado discurre entre dos opuestos:* shari'at y haqiqat, *las formas o rituales exteriores y las iluminaciones internas. Entrar, pertenecer entonces a un cofradía o* tariqa *—al igual que acceder a una mezquita o aun templo— es —dice el Sheij ¨Abd al-Qgdir as-Darqawi— «salir del lugar seguro de la existencia ordinaria para entrar en la extraña existencia de la búsqueda. Significa dejar el proyecto privado, es decir, la familia como sentido de vida, pues Alláh, gloria a Él, ha advertido que es una trampa para ti. Significa abandonar el proyecto público que es la sociedad y sus promesas de futura recompensa... Pues la recompensa futura del buscador está ahora en lo Invisible y después de la muerte. Significa abandonar el proyecto autobiográfico de fama y realización, pues el yo se ha convertido en un enemigo para el buscador. El yo es un enemigo hasta que se transforma en su realidad luminosa, que es el puro espíritu,* rúh».

El origen de la voz tariqa *lo hallamos en el acádico* daraggu *con el significado de seguir un camino, buscar unas huellas y rastrearlas. En sentido figurado, y al margen de su acepción más simple, la biblia se referirá a la vida humana como a un* dérej *o sendero, extendiendo de este modo la misma clave fonética hacia un campo lingüístico de recurrentes afinidades. La universalidad de este símbolo es tan grande, y tanta importancia tiene en él la rectitud, el ángulo de noventa grados al que el tronco de palmera presta imagen, que hasta lo hallamos —al citado ángulo— en un sitio en el que no es frecuente ese árbol. En efecto, en China la idea de la supremacía del* tao *o camino recto se compone a su vez de dos*

caracteres: ch´o, que representa un pie dando un paso, y shou, *una cabeza, los que juntos señalan un*
andar nítido y virtuoso. Pero donde sí la hay, la palmera es llamada tsung, *vocablo en el que brilla, nítido, el ideograma que alude a tomar a un maestro como modelo {de rectitud). Por lo tanto, aquel que sigue la ley cósmica, aquel que camina lúcidamente, no solo lo hace con los pies sino también con la cabeza.*

Las palmas del Domingo de Ramos de la tradición cristiana prefiguran, fieles al mito del Ave Fénix, la resurrección de Jesús al terminar el drama del Calvario. Se trata, en todo caso, de un triunfo sobre la nada de la muerte, el polvo y la ceniza. Gubernatis dice de la palmera que es un árbol solar y victorioso, que propicia regeneración y riqueza espiritual, y los Padres del Desierto de los primeros siglos del cristianismo abandonaban de buen grado la dorada Bizancio con tal de sentarse en los oasis y palmerales de la Tebaida para oír —de boca de quienes les habían precedido— lo que entonces, más que una creencia ciega, era una filosofía de vida. No hay ni una sola, del millar de especies de palmeras que existen, que no halle empleo y uso en la economía doméstica de los pueblos que las cultivan y frecuentan. Así, tampoco los gestos y enseñanzas de los justos e iniciados —sean estos sufíes árabes o kabalistas hebreos—se pierden en el vacío, ya que constituyen, para quien las entiende, señales de corrección. Mojones místicos.

La fértil palmera datilera que tanto para los hebreos como para los árabes simboliza el trabajo espiritual y la dulzura cuyos frutos se quiere alcanzar y compartir, exige mimos y cuidados, fertilizaciones cruzadas, delicadas polinizaciones a la luz de la luna. Necesita, este árbol, tener los pies en el agua y la cabeza en el fuego, recuerda Carlos Mendoza en su Leyenda de las plantas, *pues siendo el segundo elemento un emblema del* ruah *o* ruh, *signo de la ardiente actividad del Espíritu, y el primero marca de la* nafs *o* nefesh, *el alma vegetativa, dependerá del intercambio y síntesis de ambos polos que el iniciado o justo logre su objetivo en el sendero de su rectitud. «Bien sabes —dice Rabí Rehumai en el* Séfer Bahir o Libro de la Claridad, *texto de la Kábala * provenzal del siglo XII—, bien sabes que* tamar, *la palmera, contiene a veces el principio masculino y a veces el femenino. .. Pues su rama central, el* lulab, *es masculina y masculino es su fruto desde el punto de vista exterior, aunque por dentro sea femenino.» Asombrado de tal portento, entonces, el maestro se interroga: «¿Es posible eso?», y se responde: «Los dátiles son, por sus semillas, iguales a la mujer, ya que se corresponden con el poder de la luna. Pero el Santo creó a la palmera macho y hembra, tal y como dice el* Génesis 1:27: *"Macho y hembra los creó"». He aquí, sin duda, un modelo de androginia espiritual del que dan cuenta, con frecuencia, los justos e iniciados que operan entre el rigor y la compasión distribuyendo, a su paso, la misma medida de justicia que de clemencia, abstracción que sensibilidad.*

Larga y azarosa vida tuvo la palmera en el seno de la cultura judía. Empleada como símbolo del trabajo terapéutico por los médicos del periodo intertestamentario, los romanos la acuñarán en la moneda que celebra su conquista de Jerusalén junto al lema Judea capta.

Allí, inclinada sobre la tierra, la figura de una mujer llora el destino aciago de su pueblo. Un destino que habría de ser, en este trágico siglo, un infierno de hornos crematorios en los que arderían millones de almas inocentes, escribas y maestros, talmudistas y exégetas, pero también niños prodigios y músicos, eruditos y madres, abuelas y adolescentes, culminando así casi dos mil años de persecuciones, desprecios y vejaciones sin que por ello el pueblo de Israel se decidiese a abandonar, ni por un instante, su amor por la Biblia o la fidelidad a una tierra ancestral en la que, coincidiendo con el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto, *volverían a crecer en Israel, y en el Ein Guedí de los esenios, las altas palmeras de la resurrección.* Nétzaj Israel lo ishaker, *la eternidad de este pueblo, su profundo deambular, su dispersión y su genio; el empleo que hace de la Tora como abaco de multiplicar milagros y verdades, espejo anímico y tabla de salvación en el naufragio de los siglos, dice el proverbio, no será desmentida. Cuando, a punto de caer Jerusalén bajo las huestes de Vespasiano en el año setenta de nuestra era, y viendo que el destino político y social de su pueblo tenia por delante nubarrones de triste esclavitud y tormentas teológicas, el maestro Rabí Tojanán*

ben Zacai salió de la ciudad sitiada en un féretro, haciéndose pasar por muerto y de la mano de sus discípulos más jóvenes; cuando eso sucedía estaba por acontecer uno de los hechos más asombrosos en el campo del saber, solo comparable a la supervivencia de los Evangelios gnósticos *de la nía no del monje Teodoro, quien los enterró en una vasija sellada con betún a ocho kilómetros del monasterio de Pachoniiaji, al pie del mismo risco en el que fueron hallados quince siglos más tarde en Nag Hammadi, Egipto, conservando para la posteridad lo que hoy se llama «el otro cristianismo». Ese hecho no es otro que* la pervivencia del saber por encima de los desprecios del poder. *Lo hizo el pueblo chino con su fantástico* I Ching *en medio de la quema de libros que promulgó el emperador Huang Ti; lo hicieron con sus sutras cientos de monjes budistas cuando las huestes musulmanas destruyeron la Universidad de Nalanda, y lo hicieron también los sabios toltecas o* tlamatini *cuando, ante el ocaso de su cultura, los aztecas vinieron a reemplazarlos. Y así fue como la sabiduría pudo más que la guerra.*

Llevado por los suyos ante el general romano responsable del asedio de Jerusalén, Rabí Yojanán ben Zacai emergió del féretro como por arte de milagro ante el alucinado Vespesiano y le solicitó permiso para fundar una academia, una pequeña escuela en la que estudiar y poder enseñar la Tora. Su nombre, Yavneh Tam, quedará en los anales de la cultura hebrea como el punto de inflexión en el que el rito templario y el oficio sacerdotal, ligados a un espacio, ceden su turno a la investigación y el estudio, tareas que se realizan en el tiempo. Es de Yavneh, cerca de la costa mediterránea, de donde surgirán los rabinos y escribas encargados de formalizar la antología bíblica unos cuarenta años después de la destrucción del Templo de Jerusalen; es en Yavneh donde se discute si incluir o no el Cantar de los cantares, *texto que tanta importancia tendría para la mística nupcial judía y posteriormente cristiana; es en Yavneh donde se recoge, formula y acuña la expresión farisea que dice:*

* Hemos optado por escribir la palabra Kábala con K para que no se confunda con Cabala con C, término de uso más frecuente y significado tan erróneo como vulgar, por cuanto alude a una superstición basada en números y premoniciones antes que a un auténtico saber espiritual. *(Nota del Autor.)*

«Si no hay harina, no hay estudio; y si no hay estudio, no hay harina», instalando en la mente judía la idea de que a toda ocupación celeste, a todo proceso meditativo, es preciso acompañarlo de un trabajo manual o un oficio para que el alma no sobrepase jamás los límites impuestos por las exigencias del cuerpo que la encarna.

Esta colección de parábolas, historias y enseñanzas que La palmera transparente *nos revela quiere ser un fervoroso homenaje a todos ese seres humanos, panaderos, herreros o artesanos del cobre y del bronce, carpinteros, sastres, mercaderes, carniceros, tintoreros, relojeros cuando hubo relojes y fabricantes de papel cuando Oriente cedió su secreto a Occidente. Y por eso busca reconstruir con sílabas claras las voces de quienes —de Bagdad a Varsovia, de Pumbedita a Florencia, de la Granada medieval al París del siglo pasado, de Estambul a Calcuta y de Fez a Livorno— ya no tienen voz. No es fácil ser imán verbal de aquellas incadescentes partículas de saber que no perecieron bajo las ruedas del horror y el desprecio; ni menos aún evocar los ecos de antiguas conversaciones a la luz de la Tora mientras fuera llueven piedras o disparos. No es fácil serlo sin un punto de congoja y otro de orgullo. Nadie tiene, no obstante, el monopolio del sufrimiento, y mucho menos el pueblo judío, pero sí hay que reconocer en él, gracias a su pasión por el estudio y la exploración psíquica, una inclinación exquisita hacia la aventura interior, una cierto «arte de leer» que, en más de un aspecto, se adelanta, en el seno de la especulación kabalística y mediante ese misterioso código que es el hebreo bíblico, a muchos de los más recientes descubrimientos científicos: el holograma, la teoría de los fractales, la resonancia mórfica de Sheldrake o la idea física de las supercuerdas que parece dar coherencia a las cuatro fuerzas del universo, de la ley de la gravedad a las energías nuclear fuerte y débil ¿Es casual,acaso, que en la palabra hebrea que nombra la cuerda,* jebel, *hallemos la savia del corazón o* léaj leb, *y que al aliterarla convirtiéndola en el vocablo* baléj, *palpito, brillo, comencemos también nosotros a palpitar, centellar y relumbrar constatando que no estamos solos y que, en cierto*

modo, seguimos siendo aún un microcosmos inmerso en un macrocosmos rebozante de sentido} «Por más nudos que tenga —dicen los sufíes— la cuerda es una», y «quien no aprende —agregan los sabios del Talmud, señalándonos el carácter neguentrópico de la meditación o el estudio—se somete a la muerte». Estudio y meditación cuyo valor informático están muy por encima del ritual y la observancia.

Existen sobradas pruebas para pensar que el Libro del esplendor *o* Zóhar, *obra cumbre de la mística hebrea y castellana del siglo XIII, es invención de Rabí Moisés de León. Invención o reconstrucción, tanto da, pues si por una parte estamos seguros de que el maestro no trabajó en el vacío, sino rodeado de manuscritos heredados de los siglos que le precedieron, también lo estamos de que el* Zóhar *alimenta ahora mismo a cientos o tal vez miles de seres que estudian sus páginas y penetran sus enigmas. Rabí Jesús de Nazaret dijo que «nadie tiene poder sobre el Espíritu», pues, como el viento, este sopla y va donde quiere, vive de la fuga, el retorno y el azar, al mismo tiempo que de la libertad de su vuelo y de la danza de sus giros. Así también —entre plasma y nubes de electrones— existen los personajes y actores de* La palmera transparente *dando aquí y allá testimonio de su iluminación o de la gracia recibida, sorprendiéndose y sorprendiéndonos. Asombrándose de que los recordemos y tengamos la paciencia de oírlos comentar sus hallazgos, libres en el cielo de la memoria colectiva, perviviendo más allá de las palabras y los silencios significativos. «Cuando citas a un maestro —sostienen los rabíes—, este se da vuelta de gusto en su tumba.»*

No estoy seguro de haberlos llamado yo a la teca oscura de mi escritorio, ni tampoco de haberlos convocado por casualidad a mis noches y mis días, pues si de verdad existe lo que nuestros sabios llaman guilgul neshamot *y Platón* metempsícosis, *si hay algo parecido a la reencarnación tal vez hayan escogido visitar mi boca y pulsar mis manos para hablar de aquello que amaron: la Tora, su poesía y su música, sus claves ocultas y verdades reveladas. Si así fuera, y* me hubieran escrito ellos a mí, *les doy las gracias por haberme enseñado a mirar lo que me rodea con otros ojos, por haberme remitido a las arenas del Temen, al Irán de los rosedales y a la Rusia de las nieves; por haberme atraído a las fuentes de los grandes ríos europeos: el Volga y el Danubio; por haberme introducido en los frondosos bosques en los que desplegaron sus meditaciones y por haberme enseñado, mediante parábolas y desde los guetos más oscuros del mundo, que cualquier rincón de la tierra puede ser un centro en el que se desnuda la belleza y alza, enamorado de su respiración, el ánimo. Les doy las gracias por las espigas y los versículos, las alfombras y las dunas, los telescopios y los textos antiguos, las frutas y los nombres de las estrellas, los caminos de montaña y las playas, las casas de estudio y las lámparas de bronce, por la exhibición de sus dolores y el énfasis de sus alegrías. Gracias de corazón a corazón.*

Los interesados en ***el mundo secreto*** *de la Kábala pueden consultar la obra de G Scholem* Grandes temas y personalidades de la Kábala *(Riopiedras, Barcelona, 1994);* The Encyclopedia of Jewish Symbols, *de Ellen Fmnkel (Aronson, New Jersey, 1992), y el ya clásico de Mosbe Idely* L'experience mystique d[1] Abraham Aboulafia. *Para la demografía judía en general y desde el siglo i al xx, el* Atlas de la historia judía *(La Semana, Tel Aviv, 1974) y los ocho volúmenes de la* Historia social y religiosa del pueblo judío, *de Salo W. Barón (Paidós, Buenos Aires, 1968), amén del extraordinario libro de Tudor Parfitt* Las tribus perdidas de Israel *(Granica, Barcelona, 1995). El lector hallará en* La palmera trasparente *ecos del pensamiento jasídico, pero también del* Midrash y del Talmud, *así como también semejanzas con la tradición sufí o el budismo zen. Estos parecidos no son deliberados ni tampoco casuales: obedecen a las recurrencias arquetípicas que se dan en toda experiencia espiritual auténtica y encarnada.*

M. S., Valldoreix, diciembre de 1999

El equilibrista, la vara y la brizna de hierba

Un gitano de origen rumano llamado Dimitri Orlin, que se ganaba la vida como volatinero entre Moldavia y Transilvania tendiendo su alambre de los árboles y silbando canciones de cuna a veinte metros de altura, solía llevar la gran vara de abedul para el contrapeso a casa del Rabí Eli Shoshani de Turda para que este, tonelero de profesión, le equilibrara los pesos con bolitas de plomo sabiamente incrustadas en los extremos. Eran ocasiones felices para Dimitri, porque compartía con el judío los dulces vinos de fiesta y los pepinos en salazón, tartas de miel en invierno y cerezas en verano. Pero también lo eran para Rabí Eli Shoshani, que dejaba lo que estaba haciendo en su oscuro taller, encomendaba la forja a uno de sus ayudantes y salía al patio a hablar con Dimitri.

El judío mordía, invariablemente, una brizna de hierba, una ramita bien de regaliz bien de rosal o de la planta leñosa que tuviera a mano. Hablaba, incluso, con ella en la boca, para disgusto de su esposa y de muchos conocidos. Un día de primavera en que se le ocurrió convidarlo con un tallo de hinojo al gitano, este le dijo:

—No, gracias, prefiero mi vieja pipa.

—No sabes lo que te pierdes —dijo el judío—. Dios tiene más sabores que nombres, y en cada hierba oculta un perfume y en cada perfume una enseñanza.

—Cuando estoy allí arriba —dijo el gitano, señalando el cielo de sus proezas acrobáticas, el espacio de su suspensión—, ni fumo ni pienso ni puedo hacer otra cosa que tararear canciones de cuna. Sé que las manos de aire de mi madre están cerca para sostenerme si caigo, y la evoco sonriente y amorosa a una edad en que ni siquiera sabía que era rubia.

—Toma —le dijo el Rabí Eli Shoshani, tendiéndole un tallo de gramínea—. Nunca se sabe cuándo un buen sabor nos protegerá de una amargura.

Años más tarde, a treinta y cinco metros de altura, en Ploesti, a Dimitri el gitano se le deslizó la vara del contrapeso de las manos y quedó suspendido de la habilidad de sus pies, una tarde de vientos cruzados, ante la mirada de mil personas, desprotegido, asustado y con la mitad de una nana infantil atragantada en la raíz de su lengua. Acordándose de que guardaba en el bolsillo de su chaleco de pana la brizna de hierba del judío Shoshani, la extrajo y se la llevó a la boca. Sabía a mañana tranquila en un prado de montaña, a certidumbre oscura y a protección clara.

Al llegar, sano y salvo, a uno de los extremos del alambre, Dimitri suspiró un profundo *ah* de agradecimiento. Meses más tarde, de regreso en el taller de Rabí Eli Shoshani de Turda, tras contarle lo sucedido, oyó decir al viejo tonelero:

—El secreto de nuestro apoyo es un punto sucesivo, un instante fuera del tiempo. La luz que entre dos respiraciones desnuda sus propósitos en el interior de nuestros pulmones.

Algunos kabalistas sostienen que nuestra vida está suspendida de una hebra, de un filamento o nimáh *tan sutil que, en la tierra, podría compararse a la hierba más fina y danzante. Qtüen —a semejanza de las espigas y los tallos— se inclina sin romperse, quien ondula sin desprenderse, por eso, de la adherente ley del suelo, ese o esa tienen su soplo o* hei *al amparo pleno del hado o la buena fortuna, llamada en hebreo* minei. *Por otra parte, desde mucho antes del periodo zohártco —siglo XIII—, los maestros consideraban a la letra* yod, *presente en brizna o* nimáh; *el punto más pequeño del misterio más grande. En torno a ese punto está, ciertamente, también el* manáh *o sabroso alimento celeste.*

Los cinco secretos de la alegría

Rabí Yosif Barionai de Belgrado solía decir a sus discípulos:
—La alegría tiene cinco secretos que están en correspondencia con los cinco sentidos.

El primero de ellos consiste en que se concede, como el fuego de la luz al ojo, lo mismo que otorga. El segundo, que hace más respirable el aire que nos rodea. El tercero, que al manifestarse, por breve que sea su estallido, concilia nuestros pies con la tierra que pisan. El cuarto, que en el instante de mayor intensidad llora lágrimas de gozo; y quinto, que al oírse a sí misma descubre en su expresión la auténtica ligereza de la vida.

Queriendo apoyar a su maestro en la formulación de esa idea, Rabí Isaac de Sarajevo citó en una oportunidad el siguiente pasaje de *Isaías 55:12:* «Con alegría saldréis y con paz seréis vueltos», logrando, de ese modo, hacerlo sonreír con ironía.
—Salir con alegría es más difícil de lo que se piensa —comentó.
—¿Por qué lo dices? —indagó Rabí Isaac.

A esa hora la casa de estudios estaba envuelta en el frío más oscuro del invierno y una ridicula bombilla eléctrica iluminaba los ajados tomos del Talmud haciendo parpadeantes esfuerzos por reconocer sus bordes.
—Porque requiere estar contento *a priori,* antes de que ninguna causa provoque esa emoción.
—¿Conoces algún sistema para hacerlo?

Rabí Yosif Barionai se puso de pie, extrajo un pequeño espejito del bolsillo, lo situó delante de su cara, ancha y deshilachada por la barba, y sacándose la lengua a sí mismo agregó:
—Cada mañana me pregunto cómo es posible que semejante órgano, la lengua, contenga tantas maravillas y esté al mismo tiempo tan sola en su cueva de dientes. Pero como para ese enigma no hay respuesta posible, me echo a reír con tantas ganas que me olvido de dónde procedo y hacia dónde voy. Créeme, amigo mío, el Creador puso un frenillo a la lengua un instante antes de que esta condujera a nuestro padre Adán al abismo, y también sembró alegría en su corazón para que, abismado, pudiera escalar sus depresiones a través de los peldaños de sus sentidos. Abiertos.

Es proverbial la idea hasídica respecto de que la alegría, simjá, *cuando se manifiesta, limpia los cinco,* jamesh *sentidos, en los que, de hecho, está envuelta. Para Rabí Tosif Barionai, la equivalencia guemátrica entre las palabras lengua,* lashón *(386) y vacío, solitario,* shomem *(386), es motivo de risa, pero para ciertas personas sin sentido del humor, de gran angustia.*

La roca y la criatura

Deseando afilar la mente de sus mejores discípulos, Rabí Israel Yabani de Alejandrópolis, en vísperas de la Fiesta de las Cabanas, los reunió para preguntarles:
—¿Qué creéis que significa «el Creador es mi roca» en el Salmo *18:3?*
El primero en hablar fue el intempestivo Rabí Yojanán de Abdera:
—En cada pasaje de la Tora los contenidos son indivisibles de los números de los versículos en los que aparecen. Por lo tanto, y como 18:3 puede leerse como *jagai,* que quiere decir mi fiesta, mi celebración, entiendo que el jolgorio del Creador es su permanencia, la alegre constancia con la que está siempre presente.
—No está mal —respondió Rabí Israel Yabani.
—A mi juicio —terció Jaim Joffe de Salónica, a quien todos llamaban el estudiante —, la roca de Dios es la firmeza en la que nos apoyamos, el eje de todos nuestros actos.

—¿Por qué no pensar —intervino Rabí Yoscf Yabani, primo de Rabí Israel—, que El es la piedra
contra la que nos estrellamos, la fortaleza que excita nuestra mente, la compacta incógnita sobre la que se afilan todas nuestras preguntas?
—También eso es cierto —agregó Rabí Israel.

Por dos veces consecutivas el maestro oyó la opinión de sus discípulos. Después, sirviéndoles un espeso café con sus propias manos, dijo:
—Al principio el Creador es para nosotros mera lejanía, distancia insalvable, dureza y mudez. Pero cuando tomamos su roca entre las manos, cuando pulimos sus aristas, descubrimos su vetas y adivinamos parte del orden con que se incrustan sus cristales y entonces se transforma en nuestra criatura, en un hijo de nuestro propio entendimiento, momento en el cual —sin dejar de ser firme— adquiere la elasticidad que nosotros mismos acabamos de concederle.

El salmo en cuestión dice, textualmente: elí tzuri, *«Dios es mi roca», frase traducida, en muchas versiones, como «Dios es mi fortaleza», ya que la palabra* tzur *también quiere decir eso. Sin embargo, apelando a una curiosa permutación, el maestro parece haber cambiado la letra* yod *poniéndola delante de la expresión «mi roca» hasta transformar, por su intermedio,* tzuri *en* itzur, *que quiere decir criatura.*

Distancias

Reunidos en la casa del Rabí Yosef de Grodno cuatro de sus más destacados discípulos esperaban la pregunta que cada primavera el maestro les hacía. Pertenecían a la *jaburá* o cofradía llamada *Pri Riman, Los frutos del granado,* y ninguno de ellos tenía más de treinta años.
—Oídme bien —frunció el ceño el maestro, en cuyos oscuros ojos destellaba la picardía de quien se dispone a tender una trampa sutil—. La pregunta de este año es la siguiente: ¿qué distancia había, en el Paraíso, entre el Árbol del Bien y del Mal y el Árbol de la Vida?

Los murmullos se dispersaron por la sala de estudios. Afuera piaban algunos pájaros y de los aleros de las casas chorreaban las gotas de la lluvia reciente.
—Cuatro días de marcha y una noche entera —atinó a decir el más atrevido, Rabí Naftali—. En medio de ambos crecía la maraña y se abrían las flores carnívoras. Todo era peligro y acecho.
—Diez *parasangas* —comentó Rabí Ishmael el Alto, dando muestras de un extenso conocimiento zohárico y una vasta destreza talmúdica. La *parasanga* era una unidad de medida persa de la que, problable-mente, ninguno de los allí reunidos tenía la menor idea. Figuraba en el Talmud y por eso lo dijo—. Diez como las diez plagas que cayeron sobre Egipto.
—El tiempo de un parpadeo —sonrió con labios de triunfo Rabí Moshé ben Jaim de Alma Ata—, pues comieron con los ojos cerrados y solo al abrirlos descubrieron el mal que se habían hecho.
—Aunque el libro del Génesis no comente nada acerca de la distancia entre los dos árboles —dijo Rabí Ezequiel de Riga—, imagino que no debió ser mucha, pues Rabí Najmán ibn Nejmad de Damasco dice, en su opúsculo *Shbilei Pardés, Los senderos del Pardés,* que todo el Paraíso cabe en el corazón del creyente. Quizá uno de los latidos proceda del Árbol del Bien y del Mal y otro del Árbol de la Vida. Después de todo no han dejado de resonar en nuestro pecho desde los días de Adán.

A diferencia de otras veces, el maestro no esperó a oír más respuestas. Se puso en pie, extendió el índice de su mano izquierda y, llevándoselo a la altura de la nariz, lo situó horizontal entre las fosas nasales y el labio superior.
—La distancia entre el Árbol del Bien y del Mal y el Árbol de la Vida es la que existe entre la nariz y la boca. Algunos la recorren todos los días, pero ignoran sus bellezas y misterios hasta el momento previo a la muerte; otros creen conocerla

como reconocen sus caras en los espejos, pero al evocarla la desvirtúan, y al desvirtuarla piensan que no hay distancias entre los árboles. Finalmente, los menos saben que el Árbol del Bien y del Mal se alimenta de las raíces del Árbol de la Vida. Pero son incapaces de calcular el espacio que hay entre ambos porque, en el momento más dulce de su éxtasis, cierran los ojos a las diferencias de este mundo A estos últimos les es aplicable la enseñanza de Rabí Mordejai de Minsk, quien, tras su iluminación, canto

La lágrima musical ptdio ser oída por la mano que tañía el párpado, pero la caricia olvidó su nombre

Es sabido, entre muchos kabahstas, que la distancia que, en efecto, hay entre la nariz, o aph, ^ *la boca,* pe, *radica —dado que ambas palabras comparten la letra* pe— *en la que establecen entre si la* hei *para la boca* v *la* alef *para la nariz De ahí que se dijja, con frecuencia, que «la nariz es divina y la boca es humana». El Árbol de la Vida crece, consecuencia, bajo las alas del aire que respiramos, el Árbol del Bien y del Mal emana de los alimentos que comemos cada día.*

Sobre la energía

En Varsovia, una noche de verano, dos compañeros de la casa de estudios llamada *Or ganuz,* luz oculta, discutían acerca del versículo de *Ezequiel 1:4* en el que figura la palabra hebrea *ha-jashmal* animando al Carro, concepto que algunas versiones de la Biblia dan como resplandor y otras como energía.
—Sospecho —dijo el más joven de ellos, Rabí Elie-zer— que esa visión debió de haber sido, para el profeta, como asomarse a un volcán en erupción: de inclinarse demasiado sobre ella no hubiera podido contarlo.

Espesa y cargada de aguas, una tormenta se cernía sobre la ciudad y un ligero pero picante aroma a ozono hablaba de cercanas contiendas atmosféricas.
—¿Y si se tratase —se interrogó en voz alta Rabí Mordejai, acabando de morder una cereza negra—, después de todo, de una epifanía alegre y no del premonitorio espectro de un desastre? Cuando das vuelta, la expresión *ha-jashmal* se transforma en *le-simjáh:* para la alegría.
Un relámpago rubricó sus palabras.
—En ese caso —sonrió, sorprendido, Rabí Elie-zer—, de todos los peligros que corren los que «bajan en el Carro» el mayor de ellos radicaría en la dificultad de convertir tragedia en comedia, y en saber, en esencia, cuál de las dos opciones expresivas es más solidaria, pues ningún profeta ni maestro actúa para si mismo.
—Mira la bombilla eléctrica —sostuvo Rabí Mordejai, dejando de lado el hueso de la cereza, paladeando los restos de su oscuro zumo y señalando el techo de la habitación Se veía, a las claras, que seguía su propia línea de razonamiento—. Es por su hermética transparencia, por su forma frutal \ cristalina como nos llega la luz, ya que si pusieras los dedos directa mente sobre los polos la descarga podría causarte un disgusto, además de no agregar un ápice de brillo a tu cotidiana opacidad. La bombilla es el vehículo, la lucidez que es necesario alcanzar para que vengan a visitarnos, con ruido de alas, el león, el toro, el águila y el ángel.
—Entonces no había bombillas —dijo, con sorna, Rabí Eliezer.
Los quebrados resplandores de un nuevo relámpago cruzaron, zigzagueantes, la ventana junto a la cual conversaban los estudiantes.
—Y, sin embargo, la electricidad o misteriosa fuente de energía estaba allí desde el principio, como el relámpago que acabas de percibir.
—A propósito —dijo Rabí Eliezer a su amigo Mordejai—, ¿qué quieres decir con ser visitado por el león, el toro, el águila y el ángel? Eso supondría que entre el profeta Ezequiel y nosotros no hay diferencias
—Los nombres —respondió el de las cerezas— preceden a los seres y las cosas, pero si, además, como en este caso, la fortuna quiere que les sobrevivan, habría que buscar en ellos el mensaje oculto que originalmente traían. Así, por ejemplo, el león traía un espejo; el toro una canción y el águila un desprendimiento.
—No te entiendo —suspiró Rabí Eliezer, abriendo la ventana para dejar entrar con más nitidez el goteante discurso de la lluvia.
—El león trae un espejo para que observes en él, más que tu propia fuerza, el arte de no hacer nada a la sombra de los árboles, pues \ale más un solo acto preciso que la mucha e imprecisa agitación. El toro trae una canción para que bailes tus torpezas y aprendas a ser un acróbata sobre tus propios abismos. Y, por fin, el águila te enseña que desprenderse del que se ha sido es el más elemental requisito del vuelo, pues las huellas del cielo no quedan en el 'aire que atraviesas sino en el corazón intrépido del que se sabe viajero, de donde, y si aceptas las \isitas del león, el toro, el águila y ese doble de ti mismo que es el hombre-ángel que viene en el Carro, no puedes perderte. Nunca puedes perderte. En cada tragedia ves una comedia y en cada comedia el temblor de un dolor contenido.

Por su guematría o valor numérico, ha-jashmal *(383) equivale, en efecto, a* gaashí (383), *volcánico. Y aunque solo fuera por la mención del fuego y de las ascuas en el citado texto atribuido al profeta Ezequiel, habría que dar por valida la interpretación de Rabí Eliezer. Es, sin embargo, mas aguda la observación de Rabí Modejai;* ha-jashmal, *la electricidad o energía, se convierte, por aliteración de sus*

letras, en le-simjáh, *hacia o para la alegría. En cuanto al león del Tetramorfos, o* ariéh, *porta consigo, sin duda, un* reí, *o espejo, en tanto que el toro, o* shor, *incluye una canción,* shar, *mientras que, por su parte,* nesher, *el águila, es ella misma señal de desprendimiento. Altura, visión y lejanía.*

El reidor de burbujas

Habiendo mostrado poco talento para los estudios, el fabricante de jabón Leib Strubel mandó a su hijo Itzi Faibl Strubel directamente a las bateas de grasa y perfume en las que se mezclaban las sustancias para los grandes panes que luego se vendían en la región de Estrasburgo. Itzi era un muchacho tranquilo y delgado al que un asma temprana había acortado la respiración y hundido un poco el pecho. Tenía una rara habilidad para la escultura y en sus ratos libres tallaba, en las grandes pastillas de jabón, cebras, caballos, pájaros, monos, arbolitos y gansos. Pero como entonces no eran usuales esas formas de jabón en el comercio y las ferias, su padre no veía gracia alguna en que Itzi siguiera haciéndolas, y, aunque no se oponía frontalmente a ello, considerando poco menos que retrasado a su hijo, hacía la vista gorda y solo de tanto en tanto le recriminaba esas distracciones artísticas.

Vino una epidemia de rubéola procedente de Bohemia, un mal que cruzó valles y montañas y sorprendió a los niños de Estrasburgo en sus pequeños lechos de madera con el rostro alicaído de los que no comprenden y la mirada vidriosa de la fatalidad. Las madres lloraban, los padres se reunían con los pocos médicos de la región y, cataplasma va, vomitivos vienen y bálsamos se quedan, lo cierto es que alguno murió de un colapso anafiláctico, otro cayó en delirios sin fin y la mayoría seguía en mal estado, sin que se supiese qué hacer o a quién recurrir. A salvo de ese mal, pues ya lo había vivido en su propia piel, Itzi Faibl se enteró de lo que pasaba y solicitó de su padre permiso para visitar a su pequeño primo Franz Yosef. Terminado el trabajo de ese día puso en su bolso una jirafa de jabón y medio par de gafas de armadura de oro de su bisabuelo que hacía años estaban sin cristales. Cuando llegó a la casa de su primo, su tía sollozaba. Itzi Faibl entró a una habitación que olía a alcanfor y por el crujido del suelo se dio cuenta de que pisaba sal gruesa. Allí, a la luz de una vela muy recta, tiritando en su cama, estaba Franz Yosef, el desconsolado. Entonces, sin temer al contagio, el visitante le dio un beso y luego introdujo la cabeza de jabón de la jirafa dentro de un vaso de agua que había en la mesilla de noche, removió el líquido y esperó unos segundos.

—¿Qué haces? —le interrogó con voz quebrada su primo Franz Yosef.

—Preparo burbujas, fabrico arcos iris.

Descorrió las pesadas cortinas de la habitación de su primo y le pidió permiso para entreabrir la ventana. La luz de la tarde de abril entró directamente a los tristes ojos azules de Franz Yosef. El escultor de las pastillas de jabón acercó el único aro de oro de las gafas de su bisabuelo a su boca y soltó una estruendosa carcajada que, al impulsar el aire, creó grandes pompas risueñas que flotaron por encima de la cama del convaleciente. Burbujas nacidas de la jirafa y tan transparentes que parecían gigantescos e ingrávidos ojos de lluvia puestos a volar en esa casa de Estrasburgo en la que, como en tantas otras, un niño sufría sin saber por qué. Franz Yosef tuvo, al verlas desplazándose delante de su nariz, primero un ataque de tos y luego un acceso de felicidad. Los primos rieron juntos, mirándose, sin hablar. Rieron y rieron hasta que el convaleciente se sintió lo bastante animado como para ponerse en pie, salir de la cama y dedicarse con feroz alegría a perseguir los arcos iris de las burbujas. El jaleo era tan grande que la tía Elke, madre de Franz Yosef, se acercó preocupada a ver qué ocurría, qué tontería hacían juntos los primos.

Pero se quedó de una pieza al descubrir en las sonrosadas mejillas de Franz Yosef el matiz incipiente de la recuperación.

—¿Cómo has podido, cómo lo has hecho, Itzi Faibl? —preguntó, sin darse cuenta de

que una gran pompa de jabón le planeaba por detrás de la cabeza—. ¿Qué le has dado a tu primo para que esté tan contento?
—Pompas de jabón con brillos de arco iris, tía.
—No puede ser —suspiró la madre de Franz Yosef.
Cedida la fiebre, izado su ánimo a la altura de la euforia, el enfermo agregó:
—Si miras bien, mamá, verás encerrada en cada pompa de jabón cada una de mis quejas y dolores, los picores y las molestias. Itzi las captura y yo las destruyo.
—Y como el arco iris no puede morir —comentó el sonriente hijo del jabonero Leib Strubel—, y renace una y otra vez del agua que remuevo, tu hijo se siente como Noé tras el Diluvio: haciendo un pacto con lo viviente. Renaciendo entre burbujas de jirafa de jabón.

Enterados en la ciudad de lo que ocurría en la casa de Elke, padres y madres requirieron la presencia de Izti Faibl, quien en una semana gastó un camello, dos conejos y una ardilla de jabón que guardaba en un trastero del taller de su padre, transformándolos en burbujas de aire coloreado. Creando con ellos pompas de risa translúcida, esféricas entidades que disolvían a media altura el desánimo de los atacados por la rubéola dejándolos más limpios de su mal que un pañuelo de lino secándose al sol de un mediodía de verano. Años después, cuando la famosa epidemia procedente de Bohemia no era más que un mal sueño en el recuerdo de todos, si alguien le preguntaba con insistencia a Itzi Faibl cómo había hecho eso, cómo había curado a tantos niños, este solía decir:
—Verdaderamente no lo sé, pero creo que los milagros son tanto o más contagiosos que los males \ desgracias que nos suceden. Con frecuencia basta que se produzca uno para que todos disfruten de él.

Aunque el joven Itzi Faibl de Estrasburgo no lo supiese, considerando que por una simple aliteración de la palabra hebrea para jabón, savón, *esta se convierte en* be-nes, *que significa por o a través del milagro, junto al signo del hombre, representado en este caso por la letra* vav. *Suele ocurrir que a este lo curan más las buenas intenciones de quienes lo aman que los sesudos propósitos de quienes lo estudian.*

Mirar y ver

El Rabí Noé Moses de Amberes, pulidor de diamantes y en su ratos libres de cristales de óptica como Spinoza, solía decir:
—Mirar y ver son dos verbos convergentes que definen, en su matiz diferencial, cuándo algo que estamos contemplando es comprendido y cuándo no.
—¿Podrías darnos un ejemplo? —le preguntaron, uno tras otro, sus discípulos Naftali de Bruselas y Ariel de Brujas.

El maestro extrajo de su bolsillo una pequeña lupa, se la frotó contra el pantalón y agregó:
—De pequeño me fascinaban las lupas tanto o más que de grande mi propio trabajo, el pulido de las lentes ópticas. Simplemente porque cuando uno ve un objeto, un insecto o una flor más grande de lo que en realidad es, y una nitidez súbita hace nacer la belleza de la proximidad, la tersura de lo íntimo, al pasar del mirar al ver se acrecienta nuestro sentido de la delicadeza y aumenta el valor de la complejidad. Mirar es un hecho obvio, ver una verdad profunda. El mirar se desliza, por pereza, hacia lo homogéneo; el ver, en cambio, siendo heterogéneo compromete al ojo en el cuidado de los propios pasos y la atención de los ademanes. Las líneas amarillas en el pétalo de la violeta o el escamoso número de un ala de mariposa son, bajo la lupa, cuando la acentuación del mirar se convierte en ver, la mejor garantía de lo que la variedad y el detalle nos ofrecen.
—¿Garantía? —preguntó, irónicamente, Naftali de Bruselas.
—¿Qué garantía? —sonrió Ariel de Brujas.
—La garantía de que no nos aprovecharemos del lugar común ni de la frase hecha para soslayar lo inusitado de la excepción; la garantía de que —como dijo Hillel el

Sabio— no diremos que «algo es conocido hasta que no haya sido conocido del todo», y ya se sabe que ese todo requiere siempre una mirada más. Un ver a quien mira en la relatividad de su observación. Creedme: mirar es un hecho obvio; ver una verdad profunda. Mirar es un verbo que no se pone en marcha sin el concurso del ojo; ver está más allá del párpado y las pestañas.

En hebreo mirar se dice histakel y *ver* raa, *verbos que, aunque dados con frecuencia por sinónimos, permiten en efecto reparar en el matiz específico de cada uno de ellos: en el primero,* histakel, *la raíz* col *indica tanto la parte como el todo, pero de un modo general. Mientras que pudiendo convertirse* raa, *ver, en ara, cosechar, recoger, se entiende que ver es incorporarse a lo visto, fructificar con ello.*

Los tres años y la raíz

—Cuando era joven —exclamó Rabí Reubén de Bucarest—, y aún no sabía nada de la naturaleza, leí en la casa de estudios la frase del *Levítico 19:23* que dice: «Y cuando entréis en la tierra y hubiereis plantado todo género de árboles de comer, consideraréis su fruto como incircunciso; por tres años os será incircunciso; no se comerá». Una sentencia —prosiguió hablando ante sus alumnos aquel a quien llamaban Gran Corazón en Cuerpo Pequeño, pues era bajito y de miembros delicados—, una sentencia, a mi parecer, que refleja mucha sabiduría.
Viajaban, maestro y discípulos, en tren hacia Tirana. El paisaje que atravesaban estaba nevado y una masa de árboles oscuros aguardaba mejores señales del cielo.
—Esos tres años corresponden a la raíz, al afianzamiento real del árbol en el suelo que propicia su desarrollo —dijo Rabí Reubén de Bucarest.
—¿Pero por qué tres y no dos, tres y no cuatro? —acotó Pinjas, el discípulo mayor —. Con frecuencia encuentro arbitraria y fatigosa toda esa numerología.
El maestro sonrió, miró por la ventanilla del tren, lio con parsimonia su cigarrillo de la tarde y comentó:
—Todo lo vivo late, tiene su ciclo, su ritmo de expansión y contracción. Así ocurre que durante esos tres primeros años toda la energía del árbol está polarizada hacia abajo, vibrando con fuerza hacia las profundidades, igual que nosotros cuando comenzamos a estudiar. De ese modo, la raíz busca cariño mineral, sales que acaricien sus barbas hasta tanto la certidumbre de la absorción sea mayor que la conciencia de su ubicación. Siguiendo un proceso paralelo, nosotros debemos aguardar meses y hasta años hasta que la fertilidad de lo hondo se convierte en el don de la superficie y el espontáneo trazo de nuestras mejores acciones es capaz de nutrir el hambre espiritual de los demás. Por otra parte, ¡a veces pasan más de tres años hasta que podemos comer nuestros propios frutos de la Tora y no los gajos o migajas de saber que nos tiende otro!
—¿Insinúas —le interrogó Simón, otro de los alumnos del maestro a quien llamaban Gran Corazón en Cuerpo Pequeño—, insinúas que el tiempo que abarca esa ciega labor subterránea es indispensable? Un ser humano no es un árbol. Se mueve, jamás está fijo, viaja como nosotros ahora. ¿Acaso, como los guindos o serbales, debemos estar tres años en el mismo lugar para que algo comestible surja de nosotros?
Lanzando una bocanada de humo, Reubén de Bucarest explicó:
—Lo único que sé es que cuando cumplí treinta años fui a pasar un verano a la granja de mi tío Samuel a quien no veía desde niño, y fue él quien me enseñó, recordando la cita bíblica, que el «entréis en la tierra» del pasaje levítico tiene el doble sentido de observar lo que hay *debajo de ella,* es decir, el trabajo de la raíz, la humilde tarea en la que no repara casi nadie; y con posterioridad el giro de esa misma idea en la página que se estudia, pues los signos escritos equivalen a las semillas vegetales, así como estas escriben en sus grumosos surcos el alfabeto sabroso de las manzanas o las peras. Debemos pasar una y otra vez del saber comer al comer saber para que el entrar en la tierra equivalga al ingresar en los

senderos más hermosos y profundos de la Tora. Aquello que flor y fruto sintetizan en la copa antes ha sido analizado humildemente por la raíz, que necesita tres años para impulsar hacia al cielo el poder que le ha concedido la tierra.

El entras de la frase del Levítico 19:23 *traduce exiguamente y mal el hebreo* tabou, *vendréis, lleguéis, por cuanto esa expresión, legible ademas como* be-ot, *en la letra, en el signo, señala y confirma la idea zohánca respecto del paralelo existente entre el ritmo agrícola y el método de lectura que propone la Kábala.*

Transformando el temor en un espejo

Cada vez que Lo Iadúa, el Rabí Desconocido, se acordaba de la frase de *Proverbios 1:7:* «El principio de la sabiduría es el temor del Creador», evocaba un paseo con su maestro el Anciano de los Días por encima de las murallas de la ciudad vieja de Jerusalén, paseo en el que este, atrevido como siempre, le dijo:
—Es inútil leer en *irat adonai* nuestro temor al Creador, pues me parece que en realidad se trata del suyo. Observa con detenimiento: el texto dice «ci temor *del* Creador» y no *al* Creador.
El tono empleado por el Anciano no era sarcástico, pero sí ácido, agresivo incluso. Para él no había peor enemigo que el miedo y consejero más egoísta que el temor. Por esa razón se había tomado el trabajo de explorar, desde su juventud, el concepto de *irat* o temor, hallando en él un espejo o *reí* entre las letras de la palabra que lo nombra.
—El mundo es nuestro espejo y nuestra mirada el marco —solía decir—, la *tan* que pone límites falsos a una realidad, de hecho, ilimitada.
__¿Qué insinúas? —le preguntó Lo Iadúa, mordiendo una fina rama de lavanda—. No existen espejos sin marcos o límites cortantes.

Era septiembre. El mes en el que los vencejos preparan su partida y los higos se rajan por la madura presión de su carne.
—Todo lo que miramos nos mira, pues no hay distancia entre la luz del mundo y la que brilla en nuestros ojos. Así como delante del espejo desnudas tu intimidad y corriges tu rostro y aseas tu aspecto sin temor, así también debería el universo *convertirse en el espejo corrector de tus actos.* ¿Verdad que si le muestras odio y desprecio el espejo te lo devuelve? Eso mismo hace el universo aunque no lo veas, eso mismo hace la realidad aunque tú no percibas, entre los seres y las cosas y de inmediato, la réplica exacta de tus gestos y pensamientos.
—Puede —dijo Lo Iadúa—, pero lo que no entiendo es por qué nuestra mirada es el marco.
—¡Yo tampoco! —rió el viejo y pícaro maestro—. Aunque quizá lo aclare esta idea de nuestros hermanos los sufíes: «El alma es un espejo cuyo marco es el cuerpo. Dale la vuelta para darte cuenta».

Efectivamente, el Anciano de los Días extrae de irat, *el temor, la palabra* reí, *espejo, con el fin de tejer su parábola y acercar a su discípulo a una comprensión más* ***íntima*** *y personal del citado pasaje bíblico. La letra que sobra una vez realizada la extracción es la* tau., *que alude al mundo, a la materia; de donde, y si por un momento uno puede prescindir del marco,* todo el universo se convierte en espejo.

El revés de la gracia

La hija del Rabí Desconocido, Ora la Planta, tenía dificultades para entender lo que su padre quería decir con la expresión *el revés de la gracia es el reposo, el derecho del reposo el percibir la vida.*

—¿Acaso no la estamos percibiendo constantemente, no es un hecho obvio para nosotros?
—Sospecho que la mayor parte del tiempo —comentó Lo Iadúa, el Desconocido— deambulamos por el mundo sin saber de dónde venimos y hacia dónde vamos. Por eso es preciso, a veces, como dicen los maestros antiguos, dejar de rezar para pensar en Dios. En otras palabras: verse viendo, detener el pensamiento y que los sentidos abran sus corolas por completo, sin seleccionar ni dirigir la vista o el oído, la respiración o el tacto.
—De todos modos, el concepto de gracia ha caído en desuso, creo —dijo Ora.
—Para nuestra desgracia. Hoy solo nos queda lo gracioso, que es su versión cómica. Un alivio a ratos, un remedio pobre para la abundación de males.
—Tal vez la palabra haya dejado de usarse porque es ineficaz —insistió Ora.
—¿Ineficaz la gracia? —sonrió el Desconocido—. ¿Ineficaz aquello por lo que tenemos la más radiante certidumbre de ser, el más hermoso canto de luz pulsando nuestros omóplatos?
—Padre: la elipsis es tu especialidad. Ninguna de tus expresiones es jamás directa.
—Probablemente porque el ojo es curvo y el oído tiene su propio laberinto.

La Kábala atribuye varios significados al vocablo jen, *gracia. La primera de ellas, de la que el Desconocido deriva su observación sobre el reposo, procede de una aliteración;* jen *puede leerse, si invertimos el orden de sus letras, también como* nóaj., *reposo, descanso, quietud, condición* sine qua non *para recibir del mundo sus más elevadas dosis de significado y trascendencia. Pero si, como comenta el Talmud, leemos en* jen *el acróstico de* jokmá nisteret, *sabiduría oculta, entendemos el porqué del premio de la gracia a quien sepa cómo, cuándo y dónde hacer reposar su corazón. Los griegos llamaban a esa quietud* ataraxia v *los budistas japoneses la buscan a través del* zazen *o arte de saber sentarse en meditación.*

La ley y el beso

Dicen que el Rabí Jonás de Chipre sostenía con altivez que: «La Ley es un beso muerto, y todo beso, a su vez, no puede evitar ser un transgresor vivido, ya que no sabe lo que hace desde el momento mismo en que al darse cierra los ojos». Rabí Meir Yuval de Pekiín comentaba que, por el contrario: «El beso es un estatuto muerto si desconoce la Ley viva que creó su existencia». Entonces llegó hasta ellos la hija de Meir Yuval de Pekiín y le dio un beso a Jonás de Chipre.
—¿Lo ves? —dijo el defensor del beso—. No sabe leer y, aun desconociendo la Ley, me ha besado.
—Te equivocas —respondió el legalista—, te ha besado porque yo, su padre, le he enseñado la Ley, que postula cariño y respeto a los mayores.

La Tradición dice que Moisés murió de o por causa de un beso divino, be-neshiká, *probablemente un infarto de miocardio, expirar que los maestros consideran como la más noble de todas las muertes posibles. En el Renacimiento italiano, el obispo Egidio de Viterbo, a la sazón bajo la influencia de los exiliados judeoespañoles, sostenía que tal beso místico era, en el momento de morir o aun antes, la prueba de que el Creador retiraba su Espíritu con la misma celeridad y diligencia con que lo había otorgado en el momento de la concepción. Por otra parte, la raíz ken, presente en la voz beso, indica un refugio, un nido. En tanto que* shibáh, *que figura también en la palabra estudiada, presupone un regreso, una vuelta, al mismo tiempo que alude a la vejez. A la ancianidad considerada como retorno, la cual se ve así favorecida por la posibilidad de que, en el momento del tránsito hacia la otra vida, la piedad divina se haga cargo de su criatura comenzando por sus labios. Es preciso destacar también el sentido profundo de la sílaba* iesh, *presente en* be-neshiká, *raíz que alude al Ser, al Existente, de donde se justifica el hecho de que, según el* Génesis 2:27, *la vida procede de un soplo que, de Su boca a nuestra nariz, nos fue insuflado por el Creador.*

El rabí y el general

El general romano Lucio Sexto fue a ver al Rabí Tzeba el Tintorero y le dijo que quería estudiar con él.
—Lo siento mucho —confesó el judío, mientras movía una tinaja con las manos manchadas por el arco iris de su oficio—. No enseñamos.
—No deberías reaccionar así —dijo el general—, después de todo somos los amos de toda la tierra, incluida la tuya, que ocupamos ahora, cosa que te obliga a pagar impuestos. Enséñame la Torá y te eximiré de tener que hacerlo.
—Lo lamento —replicó Tzeba—, no enseñamos. —Pero te pagaré bien, recibirás una gran recompensa. Necesito saber lo que dice ese maravilloso libro vuestro, la Torá.
—Perdóname —dijo el tintorero—, pero no enseñamos.
—¡Por favor! —exclamó entonces el general romano, viendo que, por la fuerza, no obtenía nada—. Soy un hombre que ha recorrido medio mundo buscando el conocimiento y respetando a los sabios. Vamos, hombre, enséñame la Torá.
—Lo siento de veras, no enseñamos —volvió a responder Tzeba el tintorero.
—Te lo ruego —imploró Lucio Sexto, hincándose de rodillas—, para mí el saber es cuestión de vida o muerte.

Entonces, conmovido, el anciano tintorero se giró hacia el opresor de su pueblo y con una velocidad inusitada le espetó:
—Un día sábado dos judíos se suben a un tejado y se arrojan por la chimenea. Uno sale blanco y el otro sale negro. ¿Quién de los dos se va a lavar?

Aturdido a la vez que emocionado por la inesperada generosidad del rabí, titubeando, el romano respondió:
—El de negro.
—No —respondió el tintorero—. El que sale negro mira al de blanco y piensa: también yo estoy limpio, ¿por qué me he de ir a lavar?
—Exacto —dijo el general Lucio Sexto.
—No —dijo Tzeba, el de las manos manchadas de arco iris—. No es posible que si dos se arrojan por una chimenea uno salga negro y el otro salga blanco.
—Efectivamente —asintió el romano.
—No —dijo una vez más el tintorero—. No es posible que un día sábado dos judíos se suban al tejado y se arrojen por la chimenea.

La cigüeña, el anciano y la noche infinita

Rabí Elisha de Tiberíades había oído decir que si uno logra descubrir a la cigüeña que lo ha traído al mundo y llega a comunicarse con ella de algún modo, sabría exactamente de qué parte del cielo procede, cuál es su constelación favorita y cuál de las cuatro *jaiots,* o criaturas de la visión del profeta Ezequiel, rige su vida. Como toda historia que se oye en la infancia, las décadas pasadas acabaron por diluirla y deformarla, de modo tal que a sus ochenta y dos años Elisha ya no sabía si había oído que las cigüeñas son longevas y se vuelven negras a medida que envejecen o si, acaso, había leído esa leyenda en los *Viajes* de Benjamín de Tudela en los lejanos días de su juventud. A su juicio, solo había una manera de aclararlo: viajar hacia el desierto de Judea, en donde se detenían a descansar las aves que iban de regreso a África procedentes de Europa y, empleando el vehículo meditativo que los maestros llamaban *dimaión ha—nefesh,* la imaginación del

alma, tratar de comunicarse con alguna de ellas.

Cuando, cerca de Anatot, divisó las colinas con su vello verde y, sobre los prados, a las cigüeñas, su corazón se disparó. Caminaban entre los inesperados lirios y tréboles dispersos con una lentitud ceremonial, pero no había ninguna de ellas que fuese enteramente negra. Parecían surgidas de un sueño, encarnar la imagen misma de la cautela y la discreción. Elisha sacó la manzana que llevaba en el bolsillo, su ajado libro de salmos, y cantó en voz baja el reservado para los paisajes más nítidos. Cualquiera que lo hubiese visto de lejos hubiese creído que un trozo de cielo se le había pegado a la cabeza, tan azul y blanca era la seda de su manto de rezar. Respiró hondo, se sentó y mordió la fruta. Un rato más tarde, al declinar el sol, se quedó dormido. Cuando despertó, vio a la cigüeña negra tan cerca de su barba que se asustó.

—¿Qué hace un anciano como tú tan lejos de su hogar, en medio del desierto? —le preguntó el ave.

—Busco, ahora que estoy a punto de irme de él, a la cigüeña que me trajo al mundo.

—Crees en las fábulas, entonces —cotorreó la cigüeña.

—Un creyente auténtico lo cree todo, me parece —sonrió el viejo—. ¿Fuiste tú, tal vez, aquella de cuyo pico descendí a la vida de los hombres?

—Eso no te lo diré nunca —confesó la cigüeña.

—Pero eres negra y seguramente también longeva —comentó Rabí Elisha de Tiberíades—, podrías ayudarme a encontrarla. Tengo curiosidad por saber de qué lugar del cielo provengo.

—Nada más fácil —respondió la cigüeña, extendiendo sus plumas—. Vienes de la noche más oscura y vas a la más oscura de las noches, y entre ambas tu vida ha sido una fiesta coloreada en la que por tres lágrimas de dolor hubo dos de alegría.

—¿Eso es todo? —indagó el anciano.

—No —dijo la cigüeña—. Aún hay algo más: también yo voy de la noche a la noche, pero mi parcela de maravillas es menor que la tuya, y no por eso he ido a tu casa a reclamarte nada. La belleza no se mide ni apresa; la fantasía no vive de sus corroboraciones ni las fábulas de su precisión expresiva. Despierta y regresa, extiende las alas de tus párpados y da una vez más gracias al Creador por la amplitud de tu vuelo.

Cuando Rabí Elisha abrió los ojos, la primera estrella brillaba en un cielo color lila y salmón. En las onduladas colinas, ninguna cigüeña era enteramente negra o blanca.

Los maestros consideran que la noche, o lailah, *es, en verdad, la mayor alabanza, o* halel, *que el cosmos íntegro le hace al Creador, por lo que ingresar en su seno, en el momento de morir, y con el* Salmo 19:1 *que narra la gloria de Su firmamento, es un privilegio a solicitar por quienes aman la coloreada música de las estrellas.*

Algo nuevo para el mundo

Abu Salim, un conocido sufí de Almería, fue a visitar al Rabí Yehuda Adalin de Granada, porque le habían llegado rumores de que, en su enseñanza, este siempre decía .que «cada ser humano trae consigo algo nuevo al mundo, alto totalmente renovador».

—Nuestro maestro, alabado sea Alá por haberlo criado y alimentado, nuestro maestro Ibn Khaldum —dijo el sufí de Almería—, sostuvo que los ciclos se repiten, que la Historia recurre y que los seres humanos cometemos una y otra vez el mismo error. Si es verdaderamente así, ¿a qué novedad te refieres tú? ¿Qué traemos de nuevo a este viejo y gastado universo?

Rabí Yehuda Adalin poseía una herboristería en el mercado de la ciudad, compraba y vendía plumas de oca para escribir y tenía reputación de excelente

calígrafo, por lo menos eso decían en la corte. Corría el año 1085 de la Hegira y la reciente luna de la primavera brillaba en un cielo de diluidas ágatas cuando aún no se había puesto el sol.
—Considera esta pluma —le confesó Yehuda Adalin a su visitante, mostrándole el cálamo en el que trabajaba—, considérala en el cuerpo de la criatura que la poseyó. Era ligera y fina como todas, y tan blanca que avergonzaba a las nubes. Como sabes, las ocas están entre nosotros, sobre la tierra del Creador, desde tiempo inmemorial, por lo que es probable que esta pluma no haya cambiado nada desde que salió, segregada por un sueño impecable, de la mente de su Hacedor. Sin embargo, las direcciones de su vuelo mientras estuvo en el ala, el color de las tardes que atravesó, la fineza de sus bárbulas y la flexibilidad de sus raquis bajo la lluvia la hicieron distinta de todas las demás. Es cierto que formas idénticas vienen una y otra vez al mundo, pero su historia y movimientos difieren.
—No te entiendo —suspiró el sufí de Almería.
—Toma —le dijo el judío—, lanza la pluma al aire tú primero y luego lo haré yo.
Abu Salim arrojó la blanca pluma de oca hacia arriba y la observó caer girando sobre su eje como un remolino de luz sólida. Un instante después la lanzó el judío y la pluma cayó de modo diferente, aunque también parecido.
—La novedad no está en la caída, sino en el vuelo — comentó Rabí Yehuda Adalin —. Más aún; la novedad está en el arrojo con que imprime su pasaje en el aire. Así también son nuestras vidas. Caer caeremos todos, pero está en nuestras manos y voluntad hacerlo con elegancia o estrépito, para bien del suelo o mal del firmamento. Tómala —agregó Yehuda Adalin, tendiéndole la pluma—, veía envejecer mis manos y ahora acaba de nacer para ti.
—Te escribiré con ella desde Almería —dijo el sufí con una sonrisa—, para hablarte del mar que no has visto.
—Y yo te contestaré desde Granada —respondió el calígrafo—, para recordarte los aromas que ya has olido.

La Kábala considera, por el valor numérico de la palabra pluma, notzáh *(151), que equivale al de cosecha, recolección,* asif *(151), que a cada uno de nuestros vuelos y desplazamientos mentales le corresponde un nivel de cielo, al mismo tiempo que un oasis de luz interior o* navéh, *que la pluma, y en potencia, ya contenía. En la Edad Media, y para escribir tanto el Corán como la Torá, se empleaban indistintamente cañas o plumas, dependiendo de la época del año y de los abastos del comercio internacional, de sus mercados y transacciones.*

La mejor lectura

Rabí Daniel Ish Tob de Kiev dijo: «Mejor es leer trece veces el mismo libro que trece libros diferentes».

Sus alumnos lo miraron con asombro, pues se hallaban ante la casa del famoso Maguid de Karlin, cuya biblioteca era una de las más grandes y exhaustivas de la zona. Tanto que los eruditos de toda Europa y del Oriente venían a consultarla. El Maguid daba una clase abierta dos veces por año y por un sistema parecido al de las *responsa* medievales, determinados maestros y algunos discípulos aventajados estaban invitados a participar en ellas. Al abrirse las puertas de la casa, un chico joven, vestido de negro, llevó a la comitiva de Rabí Daniel Ish Tob ante la presencia del Maguid. Subieron unas escaleras de madera oscura y llegaron al altillo en el que estaba la biblioteca. Las cortinas, de pana verde, estaban entreabiertas y detrás de ellas se insinuaba un prodigioso ventanal. Los libros, grandes y pequeños, parecían aflorar, flotar y superponerse unos a otros en un desorden ordenado. Junto a su mesa de trabajo —el Maguid era contable del Conde de Sverdluk—, el maestro los esperaba con una lupa en la mano.

Era un hombre de pequeña talla, pero un gigante del saber. Tenía la levita

abierta, pues la biblioteca estaba caldeada por una salamandra de hierro fundido que despedía un resplandor rojizo sobre los escasos muebles, el sota de cuero ajado y los anaqueles. Indicó a sus huéspedes que se sentaran, los saludó según la usual cortesía de la época y, a boca de jarro, preguntó:
—¿Cuántos libros hay en la Torá?
—Cinco —respondió uno.
—¿Y en todo el Tanáj?
—Treinta y nueve —dijo otro de los discípulos.
—Bien —sonrió el Maguid—. Si esos treinta y nueve no desprenden el rocío de vuestra resurrección, la luz de vuestro despertar, entonces podéis leer también estos que están aquí, a mi alrededor, y aún muchos más, e incluso así seguiréis dormidos.
—¿Y vos, maestro, habéis leído todos los libros que están en vuestra biblioteca? —indagó el menos tímido de los visitantes.
—Desde luego —contestó el Maguid—. La mayor parte de ellos solo una vez, pero la Torá trece veces trece veces. De cada veinticuatro horas solo duermo cinco. El resto, y en medio de mis ocupaciones habituales, le pido a mi corazón que lea por sí mismo aquello que le trae y lleva la sangre.

Los visitantes cayeron en un silencio provocado tanto por las palabras del maestro como por el leño que, consumido del todo, había desplomado, con un crujido sordo, sus restos de ardiente ceniza en el interior de la salamandra. El Maguid había leído la mente de su principal visitante, Rabí Daniel Ish Tob de Kiev, y este estaba tan pálido que tuvo que apoyarse en el hombro de Rabí Nahum de Altaiis para no caer. Más
tarde, de regreso a sus respectivos hogares, uno de ellos comentó:
—El problema no es, me parece, leer poco o mucho, sino enseñarle a nuestra alma a leer cada una de las necesidades del cuerpo.
—Un hombre como el Maguid puede leer —dijo, por fin, el Rabí Daniel Ish Tob—, con los ojos cerrados. La materia que le rodea se ha vuelto para él tan transparente y la Toará algo tan vivo que su mente navega en lo invisible como el sol en la noche de las distancias, sin perderse ni temer durante la expansión de su curso.

La cifra treinta y nueve coincide con el valor de la palabra tal, *rocío. Agente que, según* Isaías 26:19, *despierta a los dormidos, pues procede directamente del Creador. «Porque tu rocío es cual rocío de hierbas y la tierra devolverá sus muertos». Por otra parte, trece es el número que se asigna a la palabra que nombra al Único,* ejad, *y también el valor de amor,* ahabá. *De donde amar el libro del Único y ser amado por Él es alcanzar la cifra veintiséis, valor del Tetragrama o Nombre Inefable.*

En contacto con el Árbol de la Vida

Cuando se dirigían a una boda en un pequeño pueblo de los alrededores de Odesa, el delgadísimo Rabí Haim Leib Raze y sus discípulos se toparon con una partida de cosacos, la mayor parte de los cuales eran tan altos y fuertes que parecían ogros con bigotes. Al ver a la comitiva, y sin pensarlo dos veces, interpusieron sus caballos en el camino y detuvieron a Haim Leib Raze y a su gente, la cual, aterrada, no sabía cómo reaccionar. Por no saber no sabían, siquiera, si saldrían o no con vida de esa situación.
—Igor Brazo Fuerte desafía al más duro de vosotros a una pulseada —dijo el cosaco que parecía el jefe—; si ganáis, podéis seguir vuestro viaje, pero, si perdéis, continuaréis desnudos allí donde sea que os dirijáis.

Protegiendo a su maestro, los discípulos pusieron caras de circunstancias mirándose entre sí. Pinjas era fuerte, pero demasiado bajo, comparado con Igor Brazo Fuerte; Mendel tenía las manos anchas, pero los músculos flojos, y Saúl, que tenía buenos tendones, hermosos codos y ánimo valiente, tenía sus dedos cubiertos

de sabañones en aquel mes de la primavera nórdica. Los caballos de los cosacos parecían inquietos, resoplaban nerviosos entre el humo v la luz quebrada de las antorchas. Pronto se dispuso de una tienda improvisada en la que se cotejaría el poder de los pulsos. Rabí Haim Leib pidió tocar los rollos de la Torá que llevaban como obsequio a la comunidad en cuyo seno debía celebrarse la boda. \ se inclino a besar el libro santo. Luego, entrecerrando los ojos, puso su índice derecho encima de la madera de uno de los árboles de la vida en torno a los cuales dormían las letras.

Decidió que sena el quien hiciese frente a Igor Brazo Fuerte, el cual, al aproximarse a los judíos, en el interior de la tienda, parecía mucho más grande aun. Cuando se hizo silencio ante una mesa de campaña, y se hubieron sentado Rabí Haim Leib Raze de un lado e Igor del otro, el delgado maestro dijo;

—Traed mas luz, que la ocasión merece buenos colores.

Encontrando gracioso su chiste, los cosacos rieron de buena gana. Igor exhibió un brazo tan blanco como nervudo, pero Rabí Haim Leib solo el dedo con el que había tocado la Torá.

--Cógelo —le dijo a Igor Brazo Fuerte, y otra vez iniciaron las risas.

Los discípulos temblaban. La noche se contrajo de trío. Fuera de la tienda había comenzado el deshielo. Cuando, seguro de su fortaleza, Igor apretó con toda su alma el índice del rabino, inesperadamente la tienda se lleno de colores. Fucsias, verdes, índigos, naranjas, rojos \ amarillos. Flotaban sobre las cabezas de los judíos y sobre los gorros de piel de los cosacos. La tela misma de la tienda que los amparaba se volvió translúcida, tanto que podían ver, nítidas y altas, las estrellas, que —no tardaron en constatar los presentes— también parecían irradiar colores: magenta, violeta, lila, celeste. Entonces, supersticiosos y asustados por ese acto que tomaban por obra de un hechicero, los cosacos se dirigieron hacia sus caballos y descubrieron que los ojos de las bestias habían cambiado el negro habitual por el verde claro y el bermellón, el ocre pálido y el azul profundo.

—Que el iconostasio de San Sergio nos ampare — gritó el jefe de los cosacos—, huyamos de esta locura, alejémonos de estos judíos.

Viendo disiparse el peligro, tragados por la noche y los colores, los discípulos abrazaron y besaron efusivamente a su maestro.

—¿Cómo, cómo has podido hacer semejante cosa? —le preguntó Mendel.

Ajustándose el abrigo que le tendían, Rabí Haim Leib Razé comentó:

—Rabí Asher de Alejandría escribió: «Si estás cerca del Árbol de la Vida impregna uno de tus dedos de su color y esparce su gracia entre el poder y la debilidad. El terror nunca es bello, pero la belleza puede, eventualmente, ser terrible».

Los cilindros de madera que sujetan y sostienen ¿os rollos de la Toará son llamados, popularmente, atzei jaím, *árboles de vida. Por otra parte, como dedo se dice en hebreo* etzba, *vocablo que contiene doblemente las palabras color,* tzeba, y *árbol,* etz, *es de suponer que el maestro había apelado a un juego de palabras o* mizjak milim *—de los tantos que conoce la Tradición— con el fin de llevar a cabo su truco de ilusionista.*

Las tres clases de seres humanos

Rabí Salomone Leví de Viareggio reunió a sus discípulos más queridos y les dijo:

—Los seres humanos no se dividen en blancos, judíos, gentiles, antiguos o modernos, sino en aquellos que trabajan para el estar, quienes lo hacen para el tener y quienes dedican su tiempo al ser.

Paseaban junto al mar toscano, pues era *shabat.* El aire era límpido. Rabí Naftali de Siena venía de visitar al cardenal Egidio de Viterbo. Habían comentado las ideas de Recanati sobre el *neshikáh,* o beso divino. El mayor de todos, Rabí Haim Orbetello, autor y compositor, preguntó:

—Si la división es moral, la clasificación no es clara; si es caracterológica, tampoco. ¿Podrías explicarnos mejor a qué te refieres?

—Los que trabajan para el estar miden las tierras, labran surcos, abren pozos, crían animales que obligan al retorno a los establos. Esos se alejan poco y aman las fronteras seguras, los límites de sus huertos. Aquellos que se dedican al tener compran y acumulan, miden y pesan objetos. Cuando observan a alguien, consideran su anatomía y sus ropas, el espacio que ocupa. Son expertos en colores y volúmenes. Si viajan, es para intercambiar. Sus casas son cómodas pero frías, como los mismos objetos. Por último, están quienes trabajan para el ser. Todo es en ellos lejanía y aspiración de lejanía. Aceptan que las estrellas sean los innumerables ojos de un Dios cuyos límites desconocen y su mayor tarea es consolar a los del estar y el tener, a quienes agobian los excesos de trabajo o el peso de la posesión, cosa que hacen vistiendo su aliento de suspiros sabios. No creen en las fronteras ni tampoco en los objetos; su mejor morada es la respiración serena, pero su verdadera casa el universo entero.

Los discípulos se miraron entre sí tratando de imaginar a qué grupo pertenecía cada uno. Cerca de allí, regulares, las olas lamían una arena oscura. El vuelo de una gaviota se llevó la mirada azul de Rabí Salomone Leví. Un segundo después, comentó:

—«Haz tus hechos todos por amor al cielo.» Era una cita talmúdica de todos conocida, pero a Haim Orbetello le pareció que eso era exactamente lo que estaba haciendo, al volar, una blanca ave marina.

Desde las mediterráneas costas de la Academia de tagne-tan, en el siglo segundo de nuestra era, constituida en torno a la figura de Rabí Ajanan Ben Zacai, sus discípulos observaban revolotear a las gaviotas, o shajaf, *del diálogo,* sáj, *cuya mera presencia afinaba,* shaf, *palabras y pulía los significados.*

Diez fragmentos de belleza

El Rabí Eliezer de Salónica envió a sus discípulos al mar diciéndoles:

—Traedme un fragmento de belleza, alguna joya creada por el Único sin manos ni visible artesanía. Traedme alguna obra natural que dé cuenta del cuan sobrenatural es, después de todo, este mundo.

Los diez discípulos se alejaron hacia la costa, en esa tarde del verano cuyo cielo estaba tan surcado de vencejos que hasta el aire, celeste, chillaba de gozo entre las alas. Más allá del puerto había poca gente, excepto dos o tres pescadores arreglando sus redes. La superficie del agua estaba quieta, como en trance.

Rabí Alexis Moshé regresó con un trozo de esponja; Rabí Naftali Pidión, con una rama de coral rojo. El ciego Abraham Herrera Sofer, que fue en compañía de su amigo Rabí Aniel de Poliguiros, traía un caracol, y su lazarillo una redonda hueva de pescado. Por su parte, Rabí David de Kilkis, el albino, halló una cinta de poseidonia transparente entre las piedras lavadas por el mar. Rabí Yanis Yojanani de Xanze, que tenía muy buena vista, encontró un diminuto cangrejo violeta, inofensivo y acre como su refugio de algas.

En cuanto a Rabí Mordejai, famoso por su torpeza, escogió una piedra perforada para no tener que buscar demasiado, mientras que Rabí Kliahu de Tases, pescador de profesión, trajo una esfera de arena apelmazada. Isaías de Lemnos, de baja estatura y sonrisa constante, descubrió un múrex erizado de espinas y lo guardó en el bolsillo para exhibirlo ante su maestro. Finalmente, Uriel de Edesa encontró el espinazo de un pequeño tiburón. Estaba seguro de que la seca arquitectura haría las delicias de Rabí Eliezer.

Dispusieron los diez fragmentos de belleza solicitados por el maestro en la encalada terraza de su casa y esperaron, inquietos, su juicio.

—Explicadme, ahora —dijo el maestro—, por que habéis escogido lo que habéis escogido.

Adelantándose a todos, Rabí Ñattali Pidión dijo, mostrando el trozo de coral:
—Un pueblo minúsculo vive bajo las aguas, y entre sus casas de calcio \ sus ramas de colores, deja vivir. Así de bello querría nuestro destino.

El maestro no se inmutó, esperando la segunda explicación.
—La transparencia de esta alga es la mejor de las virtudes —dijo Rabí David de Kilkis—, pues casi no tiene revés. Deja ver lo mismo que \e y sus bordes son justos y paralelos. Así de hernioso querría nuestro carácter.
—Aquello que el viento dispersa —aclaro Eliahu de Tasos—, si tiene voluntad de volver a unirse, hace de la esfera la más perfecta de las formas. Así también quema que nuestras familias se mantuviesen juntas y en paz.
—Este múrex solía servir para teñir de púrpura la capa de los reyes —comento Isaías de Lempos. Y aun muerto, aun vacío rasga con sus espinas el espacio de nuestra admiración. Que sea así nuestra belleza, real y punzante, áspera y exacta.

El maestro los miraba con picardía, como si estuviera aguardando a que sus discípulos dijeran cada uno lo suyo para medir así sus talentos y pericias, su sensibilidad y capacidad expresiva.
—Esta piedra agujereada —dijo el perezoso Mordejai— puede servir como cuenta de collar o pesa. Así deseo yo que lo bello no esté separado de lo útil.
Llegado ese momento, Rabí Yanis Yojanani de Xanze extrajo su pequeño cangrejo violeta y enunció:
—Para atrás o para adelante, pequeño o grande —sentenció—, que, como la caparazón de esta criatura, siempre brille entre nosotros el tono vespertino del Génesis.
Entonces se adelantó Alexis Moshé y, blandiendo su hallazgo, dijo:
—Que, al igual que el océano a esta esponja, el tiempo nos atraviese y deje en nuestros corazones chispas de Eternidad. Suave es lo profundo, y flexible.
Rabí Aniel de Poliguiros alzó su hueva de pescado, no dijo nada y lloró lágrimas silenciosas cuando el ciego a quien servía de guía, Abraham Herrera Sofer, mostrando el hueco de entrada del pequeño caracol, dijo:
—Así de oscuro es mi interior. Pero sé que el afuera se baña todo el tiempo en la luz del Altísimo, alabada sea su incansable belleza.
Uriel de Edesa se adelantó y, mostrando el esqueleto de tiburón, exclamó:
—Espina o hueso, ruina o sombra de ruina, morir es abandonar una jaula; vivir, envasar promesas y sue-
ños. Que, incluso idos al otro mundo, quede en este un signo de nuestra resistencia, un símbolo de nuestra continuidad.
Habiendo oído a cada uno de sus discípulos, el maestro se adelantó y dijo:
—Reunid ahora los fragmentos, acercadlos unos a otros y veréis que la belleza que evocan es mayor que la suma de sus formas. Como dice el *Séfer yetzird:** «Dios es el lugar del mundo, pero el mundo no es su lugar». Buscar la hermosura y dar con sus reflejos es solo una parte minúscula de la belleza inhallable. Así también, lo que os ha dejado el mar es aquello de lo que prescinden sus olas. Muy adentro, en cambio, muy oscuro y más espléndido aún, palpita aquello que lo produjo.

* Una versión de este libro, realizada por Isidor Kalisch, puede verse en esta colección Arca de Sabiduría, Edaf, Madrid, 1993.

El juego infinito

En la sala de la Biblioteca Nacional de París consagrada a los manuscritos orientales Rabí Marcel Kahan señalaba a Rabí Philippe Schwab la edición persa del siglo XV del *Mantic uttair* o *El lenguaje de los pájaros,* cedida en su momento por el Barón de Sacy, su antiguo propietario. Bajo la lámina de vidrio, abierto de par en par, el manuscrito florecía en primaveras diminutas. Su escritura era tan nítida que Marcel Kahan, el lingüista, pudo leer el siguiente pasaje:

> «Ha dorado los dados de las estrellas para que el cielo pueda, durante la noche, jugar sus opciones. Ha dotado de propiedades diversas la malla del cuerpo; ha puesto polvo en la cola del pájaro del alma y vuelto líquido el océano en señal de servidumbre...»

Philippe Schwab frotó una uña contra el cristal, admirado por la precisa traducción de su amigo.
—Y, sin embargo —recordó—, Einstein dijo que «Dios no juega a los dados».
—Tal vez quiso decir que no hay casualidades — comentó Marcel Kahan.
—Si crees en el juego crees en la libertad de lo ignorado —prosiguió Rabí Philippe —, y el azar es para
ti lo que el Creador reserva para Sí hasta el instante previo a cada revelación. Tú arrojas y Él escoge.
—También se puede creer en la existencia del dado —sonrió Marcel Kahan—, sin pensar, por ello, en las maldades o bondades del juego. Los números no son, en sí mismos, intencionales, pero sus diversas combinaciones lo intentan. ¿A quién le importa que sean las cinco de la tarde del primer día de la semana, que tú tengas treinta años y yo treinta y tres? Solo se trata, como diría Attar, el autor del *Mantic uttair,* de una de las «propiedades diversas de la malla del cuerpo», no del cuerpo mismo.
—Las seis caras del cubo —razonó Rabí Philippe Schwab en voz alta—, como los seis días de la semana, responden a un orden atómico, estructural. Busca la cara opuesta al seis y ¿qué encuentras allí? El uno. Máximo y mínimo son, en el juego, dos caras de lo mismo. El Creador juega con nosotros, somos su tablero, el elástico espacio en el que ensaya sus combinaciones.
—Si así fuera, ¿cuál sería entonces su dado?
—¿De veras quieres saberlo?
—Sí.
—Los saltos y sobresaltos de nuestro corazón. La cúbica rosaleda de su fuga de sangre, el giratorio milagro de su regreso del pie a la cabeza.
Bajo el cristal, el hermoso manuscrito de Attar pareció temblar como agua en el agua. Pero era la súbita y alegre humedad que despedían los ojos de Rabí Philippe Schwab la que creaba ese efecto.

En hebreo cubo se dice kubiáh, *cuyo valor numérico da 117, la misma cifra que posee uno de los nombres del Creador,* El elohim.

El criador de luciérnagas

De niño, Rabí Rubén de Iambol fue enviado a Botev como ayudante de un criador de abejas que además tenía extensos rosedales. Para contrarrestar sus prematuras dotes intelectuales con un duro trabajo físico, su padre, Rabí Samuel, pensó que la alta montaña del centro de Bulgaria le transmitiría energía vital a la vez que

sentido común. El criador de abejas se llamaba Res-nov y tenía otro ayudante, un musulmán de Sofía llamado Rasif, quien muy pronto congenió con Rabí Rubén de Iambol. De día se ocupaban de las colmenas, por la tarde de las rosas y de noche, en verano, se dedicaban a estudiar las luciérnagas, que fascinaban a ambos.

Rasif las cogía y luego las soltaba, dejando que sus dedos se impregnaran de luciferina y pasando, más tarde, la mano por plantas, objetos y animales, con la intención, decía, de conferirles la *buraca,* o el poder protector divino.

—Alá quiere —le dijo una noche a Rubén— que, en todas partes, su luz haga de nexo entre los hombres. Imagínate entonces qué constructor brillante sería aquel que, como las luciérnagas, hiciera puentes de luz para cruzar la oscuridad de la noche.

Con los años se dejaron de ver. Rasif el musulmán no volvió a Sofía, emparentó con una hija del criador de abejas y se convirtió, a su vez, en el más destacado criador de luciérnagas de la región de Botev. Ya mayores, abuelos ambos, se reencontraron por casualidad en una feria de caballos cerca de Gabrovo. Desde entonces y hasta la muerte de Rasif Rabí Rubén de Iambol recibía cada dos meses unas hojas perfumadas tan llenas de luciferina que brillaban, en la oscuridad, como páginas de un libro angélico. Si alguien venía a verlo para pedirle su bendición, le tocaba la frente con un dedo impregnado de aquel polvillo brillante, diciéndole:

—Cuando, esta noche, alguien te vea y te diga «tienes una luz en la frente», recuerda que la verdadera luz de la bendición está entre tus pensamientos y tus actos, y que únicamente la llevas fuera para no olvidar que procede del interior.

Un día su sobrino le preguntó a Rabí Rubén de dónde había sacado enseñanza tan extraña, y este le dijo que de un amigo de la infancia, Rasif, el criador de luciérnagas, musulmán de Sofía.

—Aunque difieran sus rayos la luz de Dios es una. Entre su Alá y nuestro Elohim —dijo Rabí Rubén de Iambol— van y vienen miles de luciérnagas. Se trata de tomar de ellas lo que nos une, no lo que nos separa. El que bendice no espera respuesta a su trabajo, pues la bendición ya es la respuesta que espera oír.

Luciérnaga se dice en hebreo gajlilit, *palabra en la que conviven el éxtasis,* guil, *el regocijo y la voz* gajal, *brasa.*

El valor del diezmo

Abu Shaul de Casablanca, copista de la Torá, renombrado *sofer stam,* solía decir:

—En la época en que nuestro Moisés era príncipe de Egipto y se paseaba entre pirámides y remaba en el Nilo, se ejercitaba en el arco y en el látigo, el arpa y el sistro; en los días en que gozaba del favor del faraón y de su corte, y aprendía medicina, zoología, botánica y astronomía, un sacerdote calvo lo llevó a la escuela de los escribas para que viera cómo entraban, los animales, a los signos escritos. De qué modo plegaban las alas las ocas o abría la boca el cocodrilo, volaba el halcón o se enfurecía la cobra. Cuando le mostraron, en el jardín de un templo, el avestruz, cuyas plumas aludían a la verdad, le dijeron: «De todos sus huevos habrá siempre uno que rompa para atraer las moscas y dar de comer a sus polluelos. De igual modo, entre todas tus ideas y sueños debe haber uno que los alimente a todos. Es el diezmo de cada ser por la continuidad de su ser, es el sacrificio de una parte de ti mismo para que florezcan otras».

En memoria de ese acontecimiento seguramente apócrifo, que ni figura en el Talmud ni es mencionado en la Kábala o el Midrash, Abu Shaul de Casablanca, visionario y calígrafo, coleccionaba plumas para escribir. De ganso del norte, de águila de al—Andalus, de halcón peregrino y hasta de golondrina, con la que, en determinadas ocasiones, solía dibujar el santo nombre del Creador, para que siempre —decía— volviera a su vida cruzando los océanos de la desdicha y las crispadas corrientes del desamor. Aunque los escribas judíos del Magreb preferían

las plumas de caña a las de ave, él era una excepción. Vivió hasta los noventa y nueve años y se sabe, porque así está escrito, que sus últimas palabras fueron:
—La lengua es la pluma del corazón. Si es primaria, sabrás adonde ir; si secundaria, a quién seguir.

El avestruz lleva, en hebreo, el nombre de iaén, *cuya raíz, andando el tiempo, se transformará en* ana, *responder, contestar, pero también cantar, alabar. Entre los egipcios, la nítida pluma de avestruz* (Struthio carne-lus) *era el indicativo de Tmeh o Maat, la diosa de la justicia, cuya imagen presidía la psicostasia o el peso de las almas. Casi una aliteración, su equivalente bíblico, virtud suprema del Creador, será la palabra* emet, *verdad.*

Haciéndose eco

Dicen que el Rabí Mordejai Leib de Praga, amigo del Maharal, solía ir solo a las montañas de Bohemia y perfeccionar sus oídos con el eco de su voz, que antes de volver a él atravesaba cascadas, ríos, bosques, riscos, raspaba colinas y acariciaba pedruscos. Lo hacía con el fin de prepararse para aquello de «Escucha, oh Israel», pues le parecía que uno nunca se esmeraba lo bastante en ello, ya que —pensaba— los seres humanos se distraen con las cien voces de la tontería y las mil de la vanidad antes de escucharse realmente a sí mismos.
—«Escucha, oh Israel» significa, ante todo, que hemos de oírnos actuar —decía—, percibir todo lo que recoge nuestra voz en su viaje por los paisajes del mundo.

Si su voz le volvía envuelta en un perfume de pino, sabía que en ese momento estaba subiendo por las ramas de su mente en pos del sol oculto tras las nubes; si acaso se trataba de una reverberación húmeda y tibia, comprendía que le era necesario llorar sobre sus errores. Pero si sucedía que la voz le llegaba nítida, cantaba algún salmo hasta que, casi en trance, se arrodillaba pensando en cuánto más grande debía ser el reflejo del pensamiento silencioso comparado con los altibajos y soplos de la palabra hablada y su posterior retorno en el eco.

Un día lo sorprendió en el bosque una tormenta tan intensa y salvaje que solo se oían truenos y quejumbres de troncos doblados por el viento. Rabí Mordejai Leib de Praga se refugió en una cueva y fumó tres pipas antes de volver a salir a la luz. Cuando lo hizo, el crepúsculo sangraba por todas partes liberando al verano de su presión atmosférica. Se oían tantos cánticos de agua y tal bullicio de pájaros que quedó anonadado, sintiéndose poco menos que Noé tras el fin del Diluvio:
—¡Cuánto eco hay en tu gloria, Señor, y qué arca has dibujado en mi pecho para que salve la belleza de este momento!
Dicho lo cual, repitió la famosa frase del *Deuteronomio 6:4* en la que se exhorta a Israel a escuchar, y agregó:
—He oído que el cambio modula Tus propósitos y la tormenta serena Tus humores.

La relación entre la ¿gloria, hod, *y el eco,* hed, *consiste en que una conduce al hombre —representado por la letra* vav— *a oírse a sí mismo, hasta constatar que la dualidad o du, en la que existe, no es más que el producto del movimiento oscilatorio del Espíritu, señalado en este caso por la letra* hei, *la cual, como se sabe, es doble en el Tetragrama o Nombre Inefable.*

El libro o la vida

Rabí Guy Elimelej de Narbona era un prodigio de memoria a los diez años, un

genio talmúdico a los quince y un reputado exegeta a los treinta. Pero sucedió que a los treinta y dos contrajo una misteriosa enfermedad que lo postró durante un largo año en su humilde lecho, detrás de la curtiembre de Rabí Uri Sasson, quien le servía como compañero, secretario y lector esporádico. Trajeron fósforo en rama del Báltico; huevos de codorniz de Sajonia, vino de Oporto y arcillas del Atlas, pero ninguno de esos remedios devolvía al maestro el gusto por el estudio o la lucidez que poseía con anterioridad a la declaración de su mal.

Un día llegó un viajero de Trípoli con un alimento extraño, del que decía que era exactamente igual al maná ingerido por los hijos de Israel en el desierto. Rabí Guy Elimelej lo probó y resultó ser eficaz. Una semana más tarde salió a pasear por las afueras de la ciudad y el cielo de la memoria se le abrió como una vincapervinca. Contempló las criaturas del aire y de la tierra y sonrió. Ya restablecido, pidió que sus amigos y compañeros encontraran el modo de agradecerle al de Trípoli su remedio, y cuando estos lograron, tras meses de búsqueda, dar con él, les dijo que el medicamento en cuestión era un simple trozo de papel de arroz de la China —llegado a Libia de la mano de comerciantes judíos que recorrían de arriba abajo el Mar Rojo—, en el que estaba escrito el siguiente pasaje de *Números 11:7:* «Y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven vuestros ojos».

Humillado, pero, al mismo tiempo, agradecido por la enseñanza, Rabí Guy Elimelej de Narbona comprendió que, demasiado ambicioso, su corazón se había secado porque ansiaba recompensas. La ambición lo envolvía y estaba corroído por el orgullo de los premios, obsesionado por el triunfo hasta tal punto que para él la realidad era un libro y no la realidad misma. Recordó que la cita bíblica que había ingerido escrita en ese levísimo papel proseguía con una mención del culantro y desde ese día cada vez que veía esa hierba aromática pensaba en el personaje de Trípoli, cuyo nombre verdadero no supo nunca.

—Salud sin creación no es nada —repetía, ya curado, Rabí Guy Elimelej—, conocimiento sin admiración no es nada. Belleza sin luz ni hierba no es nada. Juicio sin ternura no es nada. Pero aún es menos el hombre que, conociendo el perfume del Paraíso, olvida que los demás también tienen nariz.

La ternura o ednah *es un de las características del auténtico sabio, cuya sonrisa tiene que aprender a acariciar los seres y las cosas. Al mismo tiempo, en la voz ternura hallamos la raíz* Edén, *Paraíso, y curiosamente, también* dan, *juicio, juzgar.*

El lado exacto de la realidad

El Rabí Nissim Mitrani de Uxda fabricaba relojes de arena para divertirse y arreglaba relojes de cuerda para vivir. Su minúscula mesa de trabajo era un compendio de resortes, pernos, agujas de oro y cuadrantes cascados. Conocía todos los horarios del mundo y eso le servía, ingenuamente, para confiar en la justicia, pues creía que cada quien tenía su hora y su momento.

—Hoy es de noche aquí y mañana de noche allí, no hay ir sin venir ni acción sin reacción —comentaba, mientras invertía la posición de su reloj de arena favorito—, pues incluso esta materia escurridiza, sus miles de granulos zarandeados de aquí para allá conocerán en algún momento la posición que mejor les conviene, el ángulo más afilado de su pequeño destino. Y ante ese hecho, ¿qué hace el justo?, ¿en qué ocupa sus momentos más valiosos?

Sus compañeros de estudio lo miraban con sorna, seguramente cansados de oírle decir siempre las mismas cosas, pero bebían su té con menta y se disponían a escucharle una vez más.

—El justo adopta el lado que le corresponde en cada momento, busca el contrapeso, ama el equilibrio.

Es lastre o boya según convenga, pues sabe que la realidad es un bosquejo

inacabado del que jamás conoceremos su versión definitiva.
—Eso será cierto para la arena —dijo Rabí Abimelej Isaac, mirando el reloj de Nissim Mitrani—, profana siempre, inquieta, dispersa y estéril, no para su Creador, constante oasis de sentido, sagrado en lo que conocemos y sagrado en lo que desconocemos de El.

El maestro coleccionista de relojes de arena, sabedor de los horarios del mundo, considerando que sus oyentes estaban un poco adormilados, se levantó de un salto, cosa poco frecuente en él, acercó a la vista de todos una pequeña pila de cristales de sílice y dijo:
—He aquí una pequeña parcela de materia santificada por su uso, sometida al ritmo solar, sacralizada por los números. Así, el justo se inscribe silenciosamente entre los hombres para equilibrar sus desesperaciones con gramos de maravilla, y por minúscula que sea su transparencia, por mínima que sea la excitación que reciba, siempre tiene tiempo para una sonrisa emitida desde el fiel de la balanza. Siempre tiene tiempo para decir: «Este es el instante del despertar».

***El maestro tiene presente que el* tzadik *o justo, en tanto «fundamento del mundo»,* yesod olam, *debe, efectivamente, situarse del lado,* tzad *exacto,* diak *de la realidad, tarea no siempre grata, pues la más de las veces consiste en mediar entre extremos irreconciliables y recibir dolores de uno y otro lado del litigio. El nexo que Rabí Abimelej establece entre la arena y lo profano proviene, en efecto, de que ambos se escriben del mismo modo,* jol.**

Aprendiendo de los ignorantes

Poco antes de la Revolución de Octubre, los inmensos dominios controlados por el zar de todas las Rusias sufrían convulsiones y terrores. Campos, praderas, estuarios y ríos se llenaban de *stramkso* peregrinos de mirada demente y barba enmarañada. En las cabanas de los bosques las apariciones de la *baba yaga* asumían aspecto de brujas o ancianas lascivas. El hambre mordía los abedules y la pobreza era tan obvia que los predicadores decían que por eso mismo estaba cerca el Reino de los Cielos. Nada ni nadie estaba entonces seguro, pero, aun y así, el Rabí Lulik de Narin Mar, que comerciaba con arenques del Mar Blanco, se hacía acompañar por el cantor Isaac de Tura a todos los mítines y discursos populares a los que acudía. Oía la prédica inflamada de los metropolitanos y de los mendigos, escuchaba con embeleso el murmullo místico de la balalaica de los ciegos o visitaba las afueras de los prostíbulos buscando en ellos una expresión de piedad femenina, y acechaba las conversaciones de los mercados tratando de ver qué procedía del Creador y qué no, pues sostenía que en épocas como aquella el cielo hablaba por innumerables bocas.

—No entiendo, maestro —le decía Isaac de Turia—, sinceramente no entiendo cómo puedes oír **los** insultos y las imprecaciones, las vulgaridades y las tonterías que se dicen en los mercados y en los puertos sin enrojecer, exhibiendo siempre *esa.* sonrisa seráfica. ¿Acaso no hay diferencia entre un buen y un mal orador? ¿No distingues entre la diatriba de odio y el sermón del hombre de buen corazón? ¿Qué elocuencia ves en los gritos de las putas y el llanto de los castrados para mayor gloria de su adorable Jesús:
Cambiando con lentitud el tabaco de su pipa si estaban descansando, o relajando las riendas de su troika si estaban en camino, Rabí Lulik de Narin Mar respondía:
—Nuestros sabios dicen que desde la destrucción del Templo de Jerusalén la profecía fue dada a los niños y a los idiotas. Hay, por esa misma razón, en todos los discursos que oímos, pepitas de oro en la gangosa voz de los necios, brillos sublimes, mensajes ocultos, verdades enormes que ellos mismos ignoran pero que un buen oído puede detectar. Mi abuelo, Rabí Schlomó Ari de Narin Mar, solía

decir: «Sé como los gorriones y las palomas, que tienen su festín entre las migas que otros dejan. Y sé como el aceite en el charco, que abre arcos iris para ilusión de los niños. Afila tu ternura ante la violencia y ahonda tu discernimiento con el delirio ajeno».
—En estos últimos tiempos no he oído más que vulgares insultos y horribles mentiras —suspiró Isaac de Turia—. Supongo que tendría que escuchar cien conferencias obtusas para extraer de ellas un solo ángulo recto.
—Por supuesto —comentó el mercader de arenques—, siempre serán más grandes las montañas que los tesoros que contengan, siempre habrá más paja que trigo y más plumas que vuelo. Recuerda lo que dice la Misná: «Aquel que aprende no se somete a la muerte».

Todos los nombres de la tierra

La hija de Lo Iadúa, el Rabí Desconocido, a quien este daba clases de hebreo, le dijo que no comprendía cómo la tierra podía tener nombres tan diversos si en realidad era una.
—¿A qué vienen tierra, suelo, continente, planeta? Creo que nombrarla con una sola palabra simplificaría las cosas.
—En el matiz está la libertad —respondió Lo Iadúa.
—Por ejemplo —insistió la muchacha—, planeta incluye continente, suelo y tierra, ¿no es así?
—En el matiz está la libertad —repitió su padre—. Estoy seguro de que, si miras bien las palabras, hallarás la razón de cada nombre, que a veces refleja un espacio y a veces un tiempo. No es igual la tierra de la primavera que la del otoño.
—Por fuera —exclamó ella.
—Es cierto —dijo Lo Iadúa—, por fuera. Pero es allí donde vivimos. No somos topos ni conejos. Y aun así también para ellos es diferente el invierno que el verano.
—Cuanto más crecen los nombres, más se diluye la realidad, me parece —comentó con desazón la hija del maestro.
—Cuantos más matices tiene la realidad, más se consolida nuestro espíritu —respondió el Desconocido— Nuestro cuerpo está configurado por la misma materia que anima la tierra. Cuando lo descubres, el suelo se te hace más firme, y tu propia profundidad más honda. Al mismo tiempo eso te permite constatar que el movimiento, la carrera y el girar constante de nuestro planeta está pulsado por el infinito, y que cada continente se halla, a su vez, contenido por el cielo que lo abarca. Un mismo color tiene varios matices. Puede que él no sea consciente de ello, pero cada uno de sus tonos sabe el grado que ocupa en la escala contigua de sus complementos.

Los nombres hebreos para la tierra son: adama, karka *y* aretz, *respectivamente. En el último de ellos, que se refiere tanto al terruño propio como al país, coexisten, a su vez, otros dos conceptos:* ratz, *correr, carrera, y la* álef, *signo del infinito.*

El cantor sordomudo

Al principio Rabí Yotam de Nehardea fascinaba a todo el mundo por el tono de su voz, por la melodía que infundía a sus frases. Sus palabras llamaban la atención en la misma medida en que su pensamiento coincidía con el de los demás, pero el día en que decidió ampliarlo, llenarlo de los ángeles de Babilonia y de las delicadezas botánicas de la India, poblarlo de sinuosidades y extender sus dominios mentales, ese mismo día lo hallaron incomprensible y farragoso, rehuyeron su compañía y desoyeron sus ideas acerca del color ultramarino del lapislázuli como huella de otro cielo. Lo marginaron y evitaron hasta su mera presencia. Entonces, viendo que nadie quería oírlo, en verdad, más que un par de minutos, Rabí Yotam de Nehardea, maestro y escriba, dejó de hablar, enmudeció de la noche a la mañana. Aquellas palabras, verbos, prefijos y adjetivos que tantos años le había costado domesticar, desaparecieron poco a poco de su mente por falta de uso. Sin embargo, no perdió el habla rápidamente. Aprendió a hablar consigo mismo y a contarse toda clase de historias sobre la inevitable soledad de los profetas y la virtud acomodaticia de los fariseos, el tiempo propio y el tiempo compartido, pero el ruido a discusión y la pastosidad misma de los monólogos terminaron por agobiarlo, a tal punto que calló para siempre.

Cuando otros se sentaban a llorar y cantar bajo los sauces recordando Jerusalén, él se acomodaba junto al río para oír la conversación de los remos en el agua. Tampoco ese hábito le duró mucho, pues quien enmudece de una vez para siempre descubre, un buen día, que ha dejado de oír bien. Y así fue como también se volvió sordo, adquiriendo la costumbre de expresarse, en sus compras y pequeñas tareas, con las manos, como había visto hacerlo a los sordomudos de nacimiento. De torpes que eran muy pronto los dedos se le transformaron en palomas, en halcones, en hojas y en colas de gato. Al cabo de un tiempo la velocidad de sus nudillos, índices y pulgares llegó a ser tan impresionante y exacta que él mismo, Yotam de Nehardea, se asombraba de que aquellas manos fueran suyas. Aprendió a percibirse los trabajos del corazón llevándoselas al pecho y contrajo la costumbre de, tras sentir los latidos percutir en sus palmas, lanzarlos al aire con una sonrisa en los labios, devolviéndolos al curso celeste del que proceden para que el Sol y la Luna no gastaran del todo el tesoro de sus ritmos. Después descifró lo que decían sus párpados al frotarlos con las yemas de los dedos, y más tarde logró diferenciar, soplando sobre sus palmas, las dos o tres temperaturas de su aliento. Tan pronto algo era percibido, lo devolvía al cielo con ligereza y gratitud.

Atraídos por ese sutil y expresivo lenguaje, quienes habían dejado de oírlo volvieron a él. Les admiraba, sobre todo, la precisión, la gracia desplegada por los giros de sus dedos.

Primero fueron tres, luego cinco y más tarde se contaban por decenas sus espectadores. Unos pensaban que su elocuencia era sublime, otros que no decía nada en especial, pero lo hacía con tanta elegancia y perfección que semejaba Moisés en el desierto iniciático de sus largas caminatas. Para entonces, Rabí Yotam de Nehardea se había hecho un mundo en el mundo, no precisaba de nadie, y un único pensamiento poblaba sus noches y sus días: «Aquel que cuando hablaba no era oído ahora es un maestro del aire callado. Quien hace del rechazo verbal que lo proscribe un arte, llega a interpretar lo que el silencio quiere que se sepa».

Rabí Yotam de Nehardea murió a los ochenta y ocho años mientras estaba sentado a la puerta de su casa en el barrio de los talabarteros. Sucedió en el mes de Nisán, cuando la hierba es tierna y los lirios anuncian climas más nítidos. Cinco golondrinas escribieron su nombre en el cielo, pero, excepto él, y un instante antes de expirar, nadie pudo descifrar cómo aquellos vuelos reproducían estas sílabas, y hasta qué punto la extrema lejanía se había convertido en su más gozosa intimidad.

Los abastas hablan de una cierta «luz que vuelve», or jozer, *para referirse tanto a la materia que irradia la misma luz que la creó, como a la más alta misión del estudiante. En el verbo hebreo devolver,* lehajzir, *hallamos, de paso, la raíz* zohar, *esplendor, y también* hel, *el halo, el aura.*

El adiós intermitente

—Si observáis bien —comentaba el Rabí Mordejai de Lisboa a sus hijos—, tanto cuando nos encontramos con otros como cuando nos despedimos de ellos decimos en hebreo *shalom.* ¿Sabéis por qué?
—Seguramente para manifestar nuestro deseo de paz, nuestra voluntad de que la relación que establecemos con los demás se rija por la serenidad y no por la tensión.
—Creó, padre —dijo el hijo mayor—, que decimos *shalom* para que su Nombre, *shem,* el del Creador, lo, esté siempre presente entre nosotros.
—El profeta Isaías compara a la paz con un río — dijo Rabí Mordejai Morteira, señalando el Tajo—, y eso porque es siempre fluida y fértil, nutricia y humilde, ya que todos los ríos se inclinan ante el mar.
—Tal vez decimos *shalom* —comentó el menor de los hijos— porque la vida misma es un adiós intermitente y, de algún modo, siempre nos estamos despidiendo de alguien o de algo.
—Me parece —comentó el hermano mayor— que es imposible saber con exactitud, cuando saludamos a otros, si es la primera o la última vez que los vemos.
—¿Por qué dices eso? —quiso saber Rabí Mordejai.
—Porque si el profeta tiene razón —y la tienen tanto él como Heráclito, el filósofo griego que dijo que «nunca bebemos dos veces en el mismo río»—, en cada uno de nuestros encuentros somos diferentes al momento anterior, del tal modo que optamos por recibir y despedir con paz al aspecto desconocido del rostro conocido que acaba de mostrársenos, no vaya a ser que lo inédito perturbe el paisaje humano al que estábamos habituados.
—La paz sea, entonces, sobre nosotros y sobre todo el mundo —dijo el rabí.
—Difícil proyecto para un desprecio fácil —razonó con amargura su hijo mayor, recordando que, así como los judíos habían sido expulsados de España, muy pronto lo serían también de Portugal.

La frase de Isaías 48:18: *«Fuera entonces tu paz como un río» lleva en su seno la expresión* ke-nahar, frase *en la que si, por un lado, hallamos el* sí *o* ken *afirmativo de la fluidez, por el otro, también nos topamos con* ráj, *algo tierno, débil, inconsistente. De donde una y otra vez los asuntos humanos necesitan invocar la paz para compensar cada uno de los desgarramientos causados por sus inevitables guerras y desprecios.*

Las entretelas del corazón

Angustiado, con los ojos enrojecidos de quien lleva días sin dormir, Zevi Agudo, comerciante de Milán, viajó a Florencia para consultar al Rabí Alessandro Luzzato, quien enseñaba en la casa de estudios adjunta a la sinagoga.
—Maestro —le dijo—, haga que mi viaje no haya sido en vano, ayúdeme a serenar mi ánimo.
—¿Qué es lo que te ocurre, Zevi? —respondió el Rabí Alessandro Luzzato, sin dejar de hojear un tomo del Talmud. La Pascua era inminente y cerca de Fiésole se abrían los primeros crisantemos amarillos.
—He sentido la garra de la soledad, sus uñas de hierro opaco, su coraza de corcho, su vacío de congoja a todas horas. Es como para volverse loco.
—¿Por qué? —quiso saber el maestro, mirándolo a los ojos.
—Eso es lo que yo me pregunto, pues tengo familia, amigos, trabajo y, de hecho, físicamente no estoy solo más que unos pocos minutos al día.
—¿Conoces la historia de Pinjás Deshe, el compañero de andanzas de Honi el

Hacedor de Círculos?
—No, maestro.
—Ocurrió que, sintiéndose más solo que una nube de verano, más solo que un ciervo ante el abismo en una noche sin estrellas; más solo que un manantial en el desierto, más solo que un nido abandonado o un caracol vacío, más solo que un pan deshecho bajo la luna, subió a la viña de su amigo Samuel y se quedó dormido envuelto en el sopor de la tarde. Fue allí, dicen, donde tuvo un sueño revelador. Los pámpanos lo abrazaron y se convirtió en un grano de uva, luego en otro y más tarde en otro más hasta sentirse un racimo entero. Entonces, en menos de lo que demora un suspiro en dejar la nariz, fue aplastado por el trapiche y se transformó en mosto, luego en vino y, por fin, cuando iba a ser bebido, se despertó sobresaltado. Al contarle el sueño a su amigo Samuel, este quiso saber qué rostro tenía el bebedor, y el pobre Pinjas Deshe, asustado todavía, le dijo: «Ese es el tema: *no tenía cara».* Lleno de entusiasmo, Samuel le preguntó dónde se había recostado, en qué sitio había yacido, y fue a echarse allí, gritando alborozado: «¡Qué belleza ser bebido por El Sin Rostro, embriagarlo a El de nuestros propios sueños, qué belleza servir, solos y en medio del campo, a su sed!».

Dicho esto último, Rabí Alessandro Luzzato sacó una botella de vino, vasos, y le ofreció un trago a su atolondrado consultante.
—*¡Lejaim!* —exclamó—. Por la vida.
—Por la vida —respondió Zevi.
—Recuerda —agregó el maestro, tras saborear el vino— que estar solo revela lo que hay detrás de las entretelas del corazón. Hebras de luz que suben al cielo, estrellas que tintinean en el cayado de la aorta.

Solo se dice, en hebreo, lebad, *concepto que aúna, a su vez, otro dos: el de* leb, *corazón, y* bad, *una tela, pero también una vena o arteria. Numéricamente, solo o* lebad *da 36, cifra equivalente a* eloha *(36), uno de los nombres del Creador, el cual puede ser leído, si se lo ali-tera, como morada, tienda,* ohel. *Para la tradición bíblica, el corazón es la morada, el santuario de lo divino por excelencia.*

En el cementerio

Con paso lento, ceremonioso, cuatro de los discípulos del Rabí Moshé Isfahani pisaron el polvo amarillo del cementerio de Pir Bakan con el fin de depositar piedras recordatorias sobre su tumba de basalto. A lo lejos, las montañas tenían un color salmón.
El cielo, de tan azul, parecía laca viva, zafiro líquido.
—¿Recordáis lo que nos dijo el último día de su vida? —preguntó Yoel de Balkh.
—Lo recuerdo —confesó Haim de Ghazni.
—Hacía calor —prosiguió Shaul de Shiraz.
—Había golondrinas, y mirándolas desde su lecho de muerte —agregó Gad de Hamadán—, viéndolas volar más allá de la ventana, exclamó, con voz debilitada por el dolor: «Cuando no hay maestro de ruta, las aves solo conocen una mínima parcela del cielo y de la tierra. Si hay quien las guíe, en cambio, hasta de noche leen el mapa de las constelaciones y vislumbran a la distancia los aleros bajo los cuales dormirán sus crías. Cuando el maestro de vuelo se va, parece que nuestras alas no tienen cuerpo ni rumbo, pero muy pronto viene otra golondrina a ocupar su sitio y es posible regresar una y otra vez allí donde se ha estado».
—Eso dijo —comentó, triste, Yoel de Balkh.
—Hacía calor —reiteró Haim de Ghazni.
—Más que hoy —dijo Shaul de Shiraz, colocando una pequeña piedra sobre la tumba del Rabí Moshé Isfahani.
—Es curioso —comentó Gad de Hamadán, en cuya extraordinaria memoria confiaban los demás—, También solía decir que un buen maestro encarna lo que en

común tienen entre sí sus distintos discípulos, mientras que un buen discípulo descubre lo que en común poseen todos los seres.
Pasó una golondrina y luego otra. Después apareció la primera estrella y más tarde la luna. Rugoso espejo del sol.

La golondrina, o dror, *era, en la época bíblica y también en el periodo posbíblico, un buen ejemplo del respeto y la responsabilidad que había entre generación, dor, y generación. Se puede volver al sitio del que alguna vez se ha partido si se oye con atención la voz de los ancestros. En el Antiguo Egipto, la golondrina* (Hirundo rustica) *era la encarnación ornítica de Isis, diosa encargada de «reunir» los trozos del cuerpo de su esposo y hermano Osiris.*

Las dos clases de maestro

—Existen dos clases de palabras sabias —dijo el cantor de la sinagoga de Bremen, Rabí Barúj Dreiser, conocido exegeta talmúdico y joyero de piedras semi-preciosas —, las que son como cantos rodados y las que semejan el diamante.
Se hizo un profundo silencio. El otoño había llegado con sus suaves vinos blancos y las lluvias lentas y frías. En la *haftará* de esa semana se leía el pasaje bíblico relativo a la Ley de Fuego que Moisés trajo consigo de Sinaí a su pueblo, tal y como establece el *Deu**teronomio 33:2.***
—Unas corresponden a esos maestros que van de aquí para allá, que se dejan llevar por la corriente del momento, que son seductores y sencillos en sus maneras —prosiguió—; aunque ligeramente ásperos cuando se los trata en persona, tornadizos y erráticos de carácter. No es necesario llegar hasta ellos, porque siempre están en el sitio en que nos encontramos, a la vuelta de cualquier río o arroyo, a las puertas mismas de la ciudad. Los decidores de palabras diamantinas, en cambio, de giros elocuentes y agudos, son mucho más raros de hallar y casi siempre es preciso partir en su
búsqueda. No obedecen a ninguna corriente y soportan, en su soledad, terribles presiones, calores inauditos, oscuridades anónimas y lejanas. Trabajan por una transparencia que será algún día nuestra si somos capaces de encontrarlos. Casi todos ellos se exfolian siguiendo leyes muy precisas: las de su propia claridad.
El silencio ambiente se hizo más hondo aún. Una silla crujió. Las lámparas emanaban un delicado olor a parafina.
—La piedra común construye cercos y vallados, levanta muros y sostiene andenes —dijo Rabí Barúj Dreiser—; el diamante concentra la luz y la irradia, es duro pero translúcido, y en la más profunda de las cavidades en la que yazga siempre estará dispuesto, aunque no lo vea, a dar testimonio del brillo estelar. Entre ambas enseñanzas tenemos que vivir, aunque sea imposible hacer un cerco de diamantes o transmutar al común pedrusco redondeado por el agua de opaco en luminoso. Vivir es fluir con la corriente; pero ser, ser es nacer en lo más bajo y, aun así, dar testimonio de lo más alto.

La lámina de silencio

Rabí Abel Azulai de Casablanca había ido a estudiar a Francia la muy noble y prestigiosa carrera de arquitectura. Inteligente y aplicado, en menos de veinte años realizó todo lo que puede desear un judío: certidumbre moral, familiar y profesional. Pero a los sesenta años apareció en su vida un músico vagabundo y ciego, Baba Yehuda Saguí Nahor, quien procedía del interior de Marruecos y tocaba la viella con inusual maestría, instrumento que había heredado de sus ante-pasados españoles y con el cual acompañaba viejas canciones sefardíes. Acostumbrado a mandar, a ver realizado cada uno de sus proyectos, abdicando por un tiempo de su voluntad, Rabí Azulai de Casablanca decidió que serviría al músico ambulante el día que le escuchó esta canción:

La casa del universo tiene
techumbre de estrellas.
¿Para qué cubrir tu cabeza
cuando la lluvia es de luz?
Mis ojos ciegos enseñaron a mis oídos

el canto estelar del silencio.

—Y así fue cómo me convertí en su discípulo — solía decir—. Durante el primer año me preguntó todo sobre mí; en el segundo me hizo memorizar un fragmento de la Torá a elección, y en el tercero, en el tercero hizo lo que nadie había logrado hacer jamás conmigo: acalló mi mente. Cuando una mañana, en la que lo acompañaba a hacer su ronda por el mercado, lo interrogué acerca de cómo lo hacía, me respondió:
—El auténtico silencio, el silencio de verdad, extiende una lámina invisible entre tus pies y el suelo, cualquiera sea el lugar que pises. Cuando logras oírlo, en una mínima fracción de tiempo pesas menos y sabes más.
—¿Es ese el canto estelar del silencio? —le pregunté, recordando la canción que me había convertido en su alumno, y él dijo:
—No: eso es dejar que los pies se apoyen en la no intención, posándose como el rocío que en paz llega y en paz se evapora.

Por una coincidencia significativa, paseo se dice en hebreo tiul, palabra que contiene la voz rocío, o tal, *en tanto que lámina,* rikúa, *procede de la misma raíz que* rakía., *que quiere decir cielo, firmamento. La lámina a la que alude el músico ciego es una especie de vacío celeste que el silencio profundo evidencia y la atención correcta redescubre entre la planta de nuestros pies y el camino en el que estamos.*

El Creador y sus criaturas

Enzarzados en una tremenda discusión sobre los límites entre el Creador y sus criaturas, dos estudiantes de Talmud—Torá de Lodz, Rafael y Jacob, que hacían un retiro de meditación en la parte más espesa de los bosques polacos, no vieron llegar a Bronislaw Legnica, famoso titiritero de la región de Nysa que visitaba periódicamente los abedules muertos para extraer de ellos la madera para sus príncipes y princesas, ogros y herreros, duendes y dragones.
—Eh, judíos —les dijo al oír la discusión—, os peleáis por minucias y no oís el llamado del ruiseñor a las cerezas aún verdes, ni oléis el perfume de la savia fresca, ni disfrutáis del canto de las hojas giradas por el viento.
—¿Nos has escuchado? —quiso saber Rafael, avergonzado al ser descubierto en plena ofuscación verbal por un artista tan extraordinario como Bronislaw Legnica.
—Por supuesto que sí.
—Entonces, ¿qué opinas? —le interrogó Jacob—. Nuestros sabios dicen que el Creador ocupa todo lugar, *memalé makom,* lo que, implícitamente, significa que está en todas sus criaturas. Pero también que las trasciende y excede. ¿Cuál es el límite, entonces, entre Él y nosotros, cuál es la frontera? ¿Cómo puede estar y no estar a la vez en la lengua con la que hablo y en los ojos con los que te veo?
—Pobre de mí —respondió el titiritero—. Si pensara demasiado, si usara demasiado mi cabeza, todos los hilos de mis muñecos se enredarían, cada uno de mis personajes querría pender de la horquilla de otro y en lugar de hacer reír por lo que ellos representan, el público se burlaría de su hacedor, torpe víctima de sus propias dudas.
—¿Qué haces, entonces —quiso saber Rafael—, para que eso no ocurra?
—Les dejo ser lo que cada uno de ellos intenta representar: villanos o nobles, traviesos o románticos, asesinos o ángeles.
—Sí —terció Jacob—, pero tú vienes aquí a buscar madera para tallarlos, concibes sus rostros y fabricas sus vestidos, dibujas su nariz y redondeas sus hombros. Eres como un pequeño dios para tus criaturas.
—¡Eso creía yo! —exclamó Bronislaw Legnica, cortando una rama y esbozando una sonrisa irónica—. Hasta que me di cuenta de que cada árbol, como cada botón que sirve de ojo o cada pieza de tela que formará parte de un hábito, ¡escogen su

inclinación, insinúan su carácter! Ah, sí, somos como el cucú del reloj de Dios, pero probablemente Él ignora tanto las horas de nuestros placeres como las de nuestros dolores, y solo sabe de nosotros que estamos hechos de una madera demasiado frágil para emularlo.

Cuando creemos acercarnos a su reino, como el péndulo, oscila hacia el otro lado, y cuando pensamos que se aleja de nosotros, en realidad prepara su regreso. No busquéis a Dios por encima de vuestras cabezas. Mirad hacia abajo, pensad en su péndulo.

Jacob y Rafael, atontados por la fraseología del titiritero, lo observaron desbrozar las ramas, desnudar cortezas y encender su pipa.

Luego, tras unos inesperados minutos de silencio en la primavera del bosque, el de Legnica prosiguió:

—Aunque la cereza silvestre sea incomible, el ruiseñor canta; aunque la savia se derrame, el árbol no se desangra. Y las hojas, ¿a qué otra cosa se dedican sino a afilar sus bordes entre las *u* del viento y las *o* de mi admiración?

El estudiante ansioso

Isaac Hacohen de Soria recibió en su estudio a Tobías de Guadalajara con el propósito de hacerlo ingresar, a petición de este, en el Jardín del Nogal, sociedad de límites difusos y miembros dispersos dedicada al estudio y cultivo del arte secreto de la Kábala. El muchacho, tras recibir las primeras clases, estaba tan ansioso y feliz que le soltó esta pregunta:
—¿Crees que algún día lograré aprender las cosas hermosas que enseñas, Rabí Isaac?
—Tal vez —dijo, lacónico, el de Soria, escarbando en torno al emblemático nogal de su jardín, frondoso espacio al que ambos habían salido a la hora del crepúsculo.
—Todo me parece tan enorme, tan fabuloso, tan increíble —prosiguió Tobías de Guadalajara—, que dudo de mis propias capacidades.
—Solo tienes que repetir, como el rey David en sus días: «Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu Ley».
—¿Es suficiente eso? ¿Podré hacerlo? ¿Cuándo, cómo y dónde explorar?
—Tantas preguntas deben atosigarte, supongo —dijo Isaac Hacohen.
—Lo hacen, por el cielo que lo hacen.

Isaac Hacohen llamó entonces a un mirlo que vivía en un viejo árbol cercano y al que solía alimentar y cuando el pájaro estuvo lo bastante cerca, le pidió al joven Tobías que pusiera en su palma derecha todas las preguntas que tenía, en silencio. Extrañado por tal procedimiento, el ansioso estudiante tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, el maestro formó un ramo de incógnitas con los interrogantes de su reciente discípulo y se los ofreció al pájaro junto con unas migas de pan, diciéndole:
—Disipa en risas la ansiedad de este joven y dile al Creador que sus párpados se abren después de sus ojos.
—Perdón, maestro —sonrió Tobías de Guadalajara—. Eso es imposible: los párpados siempre van por delante de las pupilas.
—Has visto la primera maravilla —acotó Isaac Hacohen—. La próxima vez el vuelo del mirlo te alimentará a ti.

La cita que hace Rabí Isaac Hacohen de Soria procede del Salmo 119:18, *y su versión original emplea* gal *por descubre, abre, revela, palabra que también puede significar ola. Los siglos han corroborado, olas electromagnéticas mediante, que la luz nos muestra, instante tras instante, los renovados milagros de la Creación de los que habla la Torá o Enseñanza en un lenguaje tan críptico como poético. Cuando el ojo aprende a ver, su mirada se pierde sin temor en lo contemplado.*

La iluminación y el retorno

Yoshiro Tamashi, discípulo del famoso hebraísta japonés Setsuzo Kotsuji, descendiente de sacerdotes shinto y reputado maestro de meditación, entró en la Alianza del Pueblo del Libro con el nombre de Noé, Noé Tamashi, tras estudiar cuatro años y dos meses en la perfumada soledad de un jardín de Kioto el *Séfer hiel irá* o *Libro de la formación,* y llegar a la conclusión de que la universalidad de la luz no es menor que la experiencia mística del relámpago que la transmite. Como un ábaco de múltiples combinaciones la Torá le había permitido navegar por el tiempo y por el hiper-espacio del dolor y el éxtasis. Un consuelo de todos modos magro, si se piensa que provenía de una familia que pereció en las radiactivas cenizas de Hiroshima. Cuando leyó en el *Tetzirá* el pasaje que sostiene que los «diez números corresponden a los diez infinitos: su percepción se parece al

relámpago y, en definitiva, se dirigen hacia el infinito», y volvió a repasar sus letras dos, tres veces más, atónito, temblando como una hoja de papel de arroz, le vinieron a la boca los versos del poeta Bashó:

Admirable
aquel que ante el relámpago
no dice: la vida huye.

Pues un mismo, impresionante resplandor engendra incontables soles y consume una inocente porción de la tierra para siempre. Un mismo brillo precede a la muerte y anuncia el renacimiento. Noé Tamashi se miró las manos, contó sus dedos y en un simple parpadeo vio allí los dos diez infinitos de su iluminación. Fue entonces cuando sintió un amor tan grande, una compasión tan enorme por todo lo viviente que fue a croarles a las ranas del estanque de un templo suspiros y jadeos, monosílabos y sollozos de gratitud, pues descubrió que convertirse es volver al punto de partida.

Cuando los verdes anuros se callaron, comprendió hasta qué punto lo habían oído.

Efectivamente, el Séfer yetzirá *o* Libro de la formación *dice, en su capítulo II, que tal es el carácter de la percepción suprema. Sugiriendo a los estudiantes de Kábala que el relámpago es una danza entre campos magnéticos, el beso de dos mundos que se reconocen, una rajadura a través de la cual el cielo muestra su auténtico rostro de energía ilimitada. Por otra parte, como sucede que, y por su valor numérico,* habraká *o iluminación (312), equivale a un retorno,* shib *(312), quien llega a iluminarse vuelve,* retorna a ser donde está.

El frasco de lágrimas

Debido a una hernia inguinal con la que había venido al mundo, Lo Iadúa, el Rabí Desconocido, no pudo, en su primera infancia, apoyar con firmeza sus pies en el suelo. Y cuando un niño conoce el dolor antes que la alegría, lo inestable antes que lo estable, tarda más tiempo de lo normal en convertir sus lágrimas saladas en dulces. Ocurrente, cariñosa, su madre tuvo entonces la bendita idea de juntar sus lágrimas en un transparente perfumero que le ponía bajo los párpados cada vez que el niño, que entonces tenía tres años, se quejaba no ya por la hernia —que tras la operación había dejado de existir—, sino por el recuerdo del dolor todavía reciente, derramándose en incontenibles y largos sollozos de pena. La tarea, empero, no era fácil, ya que las manitas aleteaban temerosas de que ese frasco fuese, en realidad, algún maléfico instrumento médico de cuya amenaza no podría librarse nunca.

Habiendo mezclado las lágrimas con rímel y polvo de carbón, la madre del Desconocido le dijo un día:

—Fíjate qué cosa más asombrosa ha ocurrido: has llorado toda la oscuridad de tu corazón y ahora casi no hay sombras en tu interior. La próxima vez que llores, tus lágrimas serán más claras que el agua del arroyo al que vamos con papá.

Poco a poco, en efecto, y puesto que había dejado de agregar carbón al frasco, un toque de colonia casera y otro de agua le permitieron decir a la madre que, ahora, algo aún más extraordinario estaba ocurriendo.

—Tu alma comienza a oler como un alfombra de camomila.

—¿Qué es la camomila, mamá? —preguntó Lo Iadúa.

—Ven, te la enseñaré.

Salieron al campo. Caminaron durante un largo rato en silencio. Las primeras flores de la primavera hacían más heterogéneo el verde de los prados.

—Estas son camomilas —dijo, por fin, la madre del Desconocido—. Botones de sol

en el vestido de la tierra.

Más de cuarenta años después de esa escena, el Desconocido constató una sorprendente simetría entre la palabra lágrima, dimáh, *y el vocablo tierra,* adamáh, *palabras que poseen tres letras en común y dos diferentes: la* ain, *que señala al ojo del que surgen las lágrimas, y la* álef, *que da cuenta de la huella divina en la tierra. Nuestra humana pupila cree padecer por un límite que la tierra, divertida e incansable, expande en cada una de sus vueltas.*

La mandrágora, el santo y el retrasado

Vivía, en las afueras de Bagdad, un zapatero que tenía un hijo retrasado, llamado Isaac Ijur, mandado a hacer para la inocentada, la baba ocasional y el placer de perseguir, cada verano, las mariposas azules que flotaban sobre los campos. Preocupado por cuál sería su destino el día en que él desapareciese, el padre visitaba a cuanto médico o sanador llegase a la ciudad con el fin de aliviar el mal de su hijo. Muerta la madre, sin hermanos, la protección del Creador, le parecía, no era suficiente para guardar a Isaac cuando él ya no estuviese en el reino de los vivos.

Un santo, llamado Abu Niflaot, pasó delante de la tienda del zapatero judío vendiendo hierbas medicinales y gritó:

—¡Compren la planta milagrosa, la mandrágora que cura el maleficio de amor, despierta poderes ocultos, sana al tísico y restablece al cojo, mejora el único ojo del tuerto y eleva al máximo la vara de Aarón!

El zapatero salió de su tugurio derramando un tarro de cola y topando con un cordel, corriendo por encima de suelas y de clavos. Seguido de cerca por su hijo Isaac pagó una suma exorbitante por la mandrágora. Esa noche la hirvió, tras pulverizarla, y se la dio de beber al retrasado una mañana sin una nube, tal como el santo le sugirió. Dos semanas después, junto al lecho de un río seco, Isaac encontró una vara de ciruelo que había servido de báculo a un pastor y se la llevó a su casa pensando que aquella era la que, según dijo Abu Niflaot, se elevaría al máximo.

A la semana siguiente apareció cubierta de flores. Más tarde de hojas y no bien transcurrió un mes el báculo rama tenía cuatro verdes ciruelas luciendo su sabrosa esfericidad a la vista de todos. Se avisó del prodigio al santo, quien se allegó, curioso, a la zapatería. Pero a pesar de la verde y frutal maravilla, el retrasado seguía igual que antes, su padre no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo y el mismo Isaac continuaba llegando tarde a todas partes, tropezando con sus propios pasos o durmiéndose de pie en los servicios religiosos.

Decidieron colgar la asombrosa rama de ciruelo del techo de la tienda para que todos pudieran ver el milagro. El sanador ambulante, sin perder un solo segundo en filosofías o vanidades fue a un huerto y cortó diez, quince ramas, mintiendo sobre su procedencia y diciendo que, habiéndolas pasado por el agua fértil de la mandrágora, no tardarían en mostrar sus dones. Naturalmente, una vez que hizo su dinero se marchó. Un día después un terremoto sacudió la región y el pueblo íntegro sucumbió a sus temblores, menos la zapatería, sostenida por la vara prodigiosa y el trabajo de Isaac, el retrasado, quien mientras limpiaba unos cueros se había puesto a cantar:

Tarde o temprano da igual,
la rama que hallé se apuró,
la tierra que pisamos está tan viva
en lo seco como en lo húmedo.
Tarde o temprano da igual,
el hombre no es un árbol,
la tierra no es una tumba,
la brisa habla sin manos.

Con los años, el clima, las lluvias y los vientos, la rama se transformó en un árbol frondoso que sobrevivió a las cuatro paredes de la zapatería y al propio zapatero. Un árbol debajo del cual, el retrasado Isaac, que había aprendido a suspirar con delectación, enseñaba a modular las entradas y salidas del aire del amor a los jóvenes que buscaban pareja. Y cuando le preguntaban por qué hacía eso, con una mirada orgullosa, respondía:

—Mi padre cubría pies; yo descubro el sendero más tierno para los pasos más largos.

Allí donde se halle, dicen los sabios, voluntaria o involuntaria, la lentitud, el retraso de las pequeñas y grandes cosas es buen consejero, pues nos permite sopesar con más profundidad su destino. El sobrenombre de Isaac, el hijo del zapatero, íjur, *retraso, nos permite ver en él tanto una luz, or, un ánimo fraterno, aj, como el mismísimo soplo del Espíritu, o* rúaj.

El destino de Noé

—De todos los destinos posibles —decía Rabí Nehemías de Aleppo—, de todos los dones del Creador a los hijos de su pueblo, y si pudiese escoger, solicitaría el noble destino de Noé.

Comerciaba con incienso y aceite de sándalo, esencia de rosas y bálsamo. Tenía diez hijos y una hija, y en las noches de verano dormía solo, en la terraza de su casa, divagando acerca de los nombres de las estrellas, algunos de los cuales había aprendido de memoria de la boca de un mercader iraquí sin saber, siquiera, dónde se encontraban: Miran, Al Amak, Al Canib, Al Phiratz. Se había construido un arca en miniatura y la llenaba de mariquitas, lombrices y brillantes coleópteros para acercarse así a su predilecta figura bíblica.

—Abraham, nuestro padre —comentaba—, lo abandonó todo para crearlo todo. Moisés atravesó el valle de fuego de la Ley y forjó estatutos con sus chispas. Josué conquistó Jericó, Ezequiel soñó las medidas del templo, Jeremías vio una rama de almendro en flor y oyó la voz del Hacedor, pero Noé, ah, Noé era amigo de los animales y de las plantas, salvó el amor y las relaciones entre las especies. Leyó en el arco iris el pacto con lo viviente y supo de las alegrías y sueños del vino.

—Pero si eres incapaz— le decían en broma sus hijos— de distinguir una cabra de un antílope. En caso de un nuevo diluvio, no hubieras podido salvar ni una triste gallina.

Rabí Nehemías de Alepo esperó meses antes de ver lo que había solicitado al cielo: una lluvia tan fuerte que inundó, a medias, los bajos de su casa. Entonces subió a su terraza con la mejor de las gallinas, riendo de buena gana mientras los suyos desagotaban la cocina y los dormitorios, limpiaban el fango acumulado y soltaban improperios y quejas por el desorden del clima. Más tarde, cuando asomó de nuevo el sol, les gritó desde arriba:

—No solo he salvado a la gallina, sino que acaba de poner un huevo entre mis manos. ¡Ni siquiera Noé tuvo esa suerte!

Debajo de cada ser humano

Rabí Ezequiel de Bucarest solía citar el siguiente pasaje bíblico del *Éxodo 25:8.* «Y me harán un santuario y yo habitaré en medio de ellos» para ilustrar, en sus clases, la preeminencia de lo humano sobre lo inerte, de lo viviente sobre toda arquitectura, del sujeto por encima del objeto.

—Después de todo —insistía—, ¿cómo entender ese «debajo de ellos» sino como aquello que pisamos en cualquier momento de nuestras vidas, el lugar donde termina nuestra sombra y comienza nuestra luz, o bien como lo que, subcutáneamente, late entre venas y arterias dando cuenta de su Divina Presencia en nosotros?

—Pudiera ser —agregó un estudiante llamado Samuel Gordon, procedente de Iashi, en Moldavia—, pudiera ser que debajo no aludiera simplemente a dentro, en el interior de, sino a un *entre,* en cuyo caso el Creador habitaría entre nosotros si todos juntos le hacemos un lugar común para su silencio, un pequeño espacio para su máxima grandeza.

—Si el maestro me permite —terció Amos de Ploesti, el escriba de contratos matrimoniales—. En la época del Éxodo no había templo, el Tabernáculo se desplazaba con los hijos de Israel y lo dinámico era, entonces, más importante que lo estático. Por eso la Torá

recalca el factor personal por encima de la configuración templaría.
—Por otra parte, ese «ellos» —prosiguió Samuel Gordon— indica que todo ritual es colectivo y que, al mismo tiempo, si su celebración no permea el interior de cada participante su eficacia es nula.

Era un día de septiembre y Rabí Ezequiel de Bucarest viajaba con sus amigos y discípulos hacia Constanza, en el Mar Negro, con el fin de supervisar el arribo de un cargamento de cidros o toronjas para la Fiesta de las Cabanas, envío que, procedente de Jaffa, había recorrido miles de kilómetros siempre en manos de judíos con tal de proveer a las pequeñas comunidades dispersas de las cuatro especies sagradas indispensables para la citada ocasión: el sauce, el mirto, la palma y el cidro.

Rabí Ezequiel se detuvo de golpe, se inclinó hacia el suelo y recogiendo un trozo de musgo seco de entre los pies de Amos de Ploesti, dijo:
—Dadme el botijo de agua.
La planta, seca, tardó muy poco en revivir al contacto del líquido, pasando del ocre mustio al verde limón en instantes de intriga y expectación.
—¿Veis? Debajo de todos nosotros —comentó Rabí Ezequiel— siempre hay un musgo seco, una hiedra quemada, una rama mustia, pero basta con que una gota, lágrima o temblor de emoción nos conmueva, precisa y fresca, tocándonos en el sitio que nos corresponde, para que nos sintamos construyendo el santuario, el santuario del camino. El tabernáculo de nuestros viajes por el mundo.

El que, por una simple aliteración, musgo *o* tajab *se transforme en* bétaj, *que indica confianza y certidumbre, señala hasta qué punto un auténtico maestro es un descodificador de circunstancias. Alguien que establece sintonías entre el afuera y el adentro a la vista de todos y para beneficio de cada quien.*

El desierto y el verbo

—Hasta que no estéis completamente a solas con los latidos de vuestro corazón— decía Rabí Yosef Kolonimos de Hamburgo—, a solas con vuestros suspiros, en el centro del páramo de vuestro desasosiego o en la encrucijada de vuestro desconsuelo y vuestro dolor; hundidos en la más cruel de las desesperanzas, en la más sorda de las indiferencias; sofocados por la más ardiente de las lamentaciones; acosados por todos vuestros fracasos y rodeados por los cadáveres putrefactos de vuestros deseos incumplidos; hasta que lo más bajo de la tierra no coincida con la última de vuestras bajezas y el fin os sea tan inminente como el comienzo; alejados para siempre de toda ansia de control y de toda vocación de dominio, ninguna palabra verdaderamente viva, oídme bien —decía Yosef Kolonimos—, será alimento y remedio a la vez.

El desierto, real o imaginario, es el mejor de los gramáticos y el más constante de los poetas.
Si acaso ocurría que alguno de sus alumnos, arrebatado por la elocuencia pelirroja de su maestro, dejaba escapar alguna lágrina sincrónica dando a entender que *ese triste personaje era él,* al advertirlo, sereno,
Yosef Kolonimos se le acercaba y poniéndole una mano casi transparente en el hombro, proseguía:
—Y entonces, cuando el verbo hallado sea tan tuyo como el pigmento de tu piel, tan propio e intransferible como un torrente de oxígeno entrándote en el pulmón; cuando tú y esa palabra estéis hechos de la misma sustancia extraordinaria, mezcla de polen y de fuego, de manantial y de trueno, de lirio y de hierro, entonces deberás regresar al sitio en el que todavía están los que no han descendido, aquellos que no saben nada de sí mismos y mucho menos de la dimensión espiritual de las estrellas, con el fin de obsequiarles tu verbo como quien ofrenda, en los umbrales, alimentos a los pájaros, inclinándote ante sus puertas cerradas y

marchándote ante de que las abran del todo.
Así hablaba el Rabí Yosef Kolonimos de Hamburgo, fabricante de cirios y panadero ocasional.

En la época bíblica, los profetas e hijos de los profetas, llamados bnei neviim, *descendían, efectivamente, a la zona del Mar Muerto para realizar allí sus prácticas de meditación solitaria. Considerando que desierto se dice en hebreo* midbar *y que, verbo, palabra, es* dabar, *el hecho de que la letra* mem, *que diferencia a ambos vocablos, indique procedencia, origen, justifica en cierto modo esa excursión a la seca soledad del desierto de Judea en pos de mutaciones psíquicas. Por otra parte, y debido a su valor numérico,* dabar *(206), el verbo, equivale* raáh *(206), mirar, ver, vislumbrar a través de, razón por la cual esos ejercicios espirituales transformaban a los profetas en auténticos videntes.*

El cartógrafo y la flor de azahar

Yefuda Cresques el cartógrafo salió a pasear por la playa para despejar sus ideas y aliviar sus manos. Hacía calor, el mar estaba tibio y su incansable música era más grata a sus oídos que el desprecio de los envidiosos y el murmurar de los tontos. Cerca de su casa había un huerto de naranjos. Pertenecía a la familia de Déborah Azadel, una hermosa muchacha morena a quien con frecuencia oía cantar:

Pájaro veloz,
respóndeme:
¿Dónde estuviste hoy?
La noche pasaron, insomnes,
mis párpados
sin probar sueño.

¿Versos de Halevi, de Ibn Gabirol o, por el contrario, de Umm Al—Hanna' de Granada, la hija del cadí Abu Muhammad ' Abd al—Haqq ibn'Atiya, cuya fama y obras habían llegado a la isla?

—Maestro —le dijo, ofreciéndole, al verlo, una flor de azahar—. No queme sus ojos en el dibujo de tantos mapas. La tierra está en flor; el cielo sonríe. Para las bodas del sol el mar ha forjado anillos de luz con el crepitar de las espumas.

Yefuda Cresques de Mallorca sonrió al aceptar el obsequio y continuó caminando impregnado durante largo rato por el cítrico perfume del huerto. Esa flor, el azahar, que simbolizaba el amor, la pareja, y auguraba entre sus pétalos promesas ambiguas o destinos frustrados, solía intrigarlo una y otra vez. Ya puede creer el hombre, se decía, que al abrazar a su amada toca la tierra de sus sueños. Pero para que eso sea cierto faltará aún que ponga a prueba su coraje en terremotos y sequías, su paciencia ante el litigio de los espacios y las fronteras, y su serenidad frente a la abrogación de los derechos o las vueltas del humor. Bien sabía él, como cartógrafo, que no había que confundir el mapa con el terreno, el proyecto con su realización.

—Después de todo —dijo, en voz baja, hundiendo sus pies en el mar—, ¿qué es un símbolo si no fluye, qué es una carta marítima si no nos atrevemos a viajar, y qué es el amor si ignoramos el vaivén de sus ondas?

Una de las acepciones para símbolo es, en hebreo, remez, *y los cartógrafos medievales como el judeo-mallorquín Yefuda Cresques llenaban sus mapas de ellos: grifos, leviatanes, bocas de monstruos, remolinos gigantes, rosas de los vientos, etc. De tal modo que viajar por mar o por tierra no dependía únicamente de la destreza propia o de los avatares del clima sino, y también, de los compañeros de ruta. La vitalidad de un símbolo, y según*
piensa Cresques, dependerá de que* remez *conserve, en todo momento, su cualidad de* zerem, *corriente fluida, natural, para arribar a las costas de nuestros propósitos. Caso contrario, su misma forma obturará el sentido para expresar el cual nació.

l punto y la línea

El joven estudiante Mordejai de Praga fue a visitar al reputado rabino y geómetra Hillel de Viena, a quien había escrito una carta interrogándolo acerca de la mención que el *Libro de la formación,* o *Séfer yetzirá,* hace del *teli,* o dragón. De los tres principios que recoge, en el siglo XII, el *Libro de la claridad* o *Bahir,* el dragón celeste, el círculo zodiacal y el corazón humano, niveles interrelacionados entre sí de tal modo que hay un dragón en el corazón, un corazón en el Zodiaco y

un círculo zodiacal en la bestia mítica, esta última figura era, a su juicio, la menos comprensible.
—Veo claro, maestro —le dijo Mordejai a Hillel el geómetra—, que el Zodiaco o rueda de la vida geste nuestros meses y estaciones y proyecte sus símbolos sobre nuestro ritmo celeste; y también veo claro que en cada uno de nuestros humanos latidos se replique el *tzimtzum,* la creación, expansión y contracción del cosmos, pero el dragón...
—Según algunos maestros de la Kábala —respondió Rabí Hillel haciendo girar una esfera armilar de bronce del siglo XVIII que representaba el movimiento de los cielos—, *teli* o el dragón sería el eje imaginario alrededor del cual giran los cielos. Se supone que se trata de una línea fantástica de la que cuelga la esfera celeste, como una naranja de su árbol o una fucsia de su planta. Sin embargo, yo creo que el dragón es ese puente escamoso, reptilino, que hay entre nuestros principios y nuestras acciones, o, si lo prefieres, entre las letras *yod* y *vav,* el punto y la línea, el Padre y el Hijo. La cabeza es el fruto del árbol de nuestro cuerpo: si pende muy cerca de la tierra, el primero que pasa se la lleva. Si, por el contrario, está muy hundida entre las ramas, el sol no la madura nunca, y si, acaso, su tallo de sujeción es demasiado débil, ninguna savia procedente del corazón le da el brillo que merece y aguarda.
—¿Y si la cabeza crece demasiado alto?
—La picotean los mirlos y la muerden los vientos. Sin darse cuenta, inadvertidamente, tomará su posición por madurez y su orgullo por sabiduría.
Bebían lentamente su té de la tarde y más allá de las cristaleras del estudio del geómetra la primavera se escabullía entre los espesos castaños y los anchos robles.
—Tenemos constancia astronómica del Zodiaco y constancia anatómica del corazón —dijo el maestro—, pero de sus relaciones, sincronías o conflictos, es decir, del dragón, sabemos poco y nada. Si prolongas hacia abajo la letra *yod,* el Padre se torna Hijo, el principio acción, el bulbo raquídeo columna vertebral. De lo divino, mejor dicho de lo secreto a lo revelado hay una expansión, pero de lo humano otra vez a lo divino existe un sendero de síntesis, contracción tras contracción, pues si la letra *vav* quiere volver a la *yod* debe, necesariamente, achicarse, reducirse.
—Entonces —prosiguió el joven Mordejai de Praga—, ¿existe algún número, algún concepto nos ampara en ese viaje del corazón a la cabeza, de lo sensible a lo inteligible?
—Si das con la puerta —respondió el maestro—, v a veces esa puerta es una simple palabra, una sílaba, un golpe, un amanecer, un abrazo, una caída, una chispa, un sabor, un destello, una muerte, un sueño; si das con esa puerta, el dragón alza para ti sus alas por encima del tesoro que guardaba y te lo revela.
—¿Y cuál es ese tesoro?
—Aquel sobre el cual está escrito en *Éxodo 19:5:* «Seréis para mí un tesoro especial».
—No te entiendo.
El maestro se puso de pie, hizo girar la esfera armilar, recogió un espejo y lo enfrentó al rostro de Mordejai de Praga.
—Mírate: Él es tu tesoro si tú eres su llave.

En la tradición oral, o Kábala, suele escribirse el Tetragrama en sentido vertical:, probablemente para remarcar la semejanza entre el Creador y el Adám Kadmón u Hombre Arquetípieo. La letra* yod *aludiría, en tal caso, a nuestra cabeza, en tanto que la* vav *simbolizaría doblemente la columna vertebral y el eje del corazón. Por otra parte, como, y desde el punto de vista numérico, la distancia numérica entre una letra y otra* (S = *10,*) = *6) es cuatro, siendo su signo alfabético correspondiente la* dalet *y su emblema la puerta, por esa razón el maestro la menciona. Simultáneamente, la cita bíblica se apoya sobre un vocablo ejemplar,* lí, *para mí, palabra en la cual vemos dibujarse, tras el factor direccional de la letra* lamed; *a la* yod *del Creador. El punto básico del cual están hechas todas las líneas. Y si a ese* lí, *o para mí, le agregamos una letra más, la* tau, *que representa el mundo, la tierra, el universo visible, ocurre que habremos domesticado al dragón, o* teli, *al mismo tiempo que reconocemos que el universo es suyo, porque él es, de hecho, el universo misino.*

Luz del aire

Cada mañana, cuando se levantaba, Schmuel el Buscador de Cortezas, admirador del Baal Shem Tob, a quien había visto sanar niños y ancianos, salía de su cabana fuera invierno o verano, nevara, lloviera o luciera el sol, y decía en voz alta:
—Luz del aire, luz del aire: que cada punto del mundo contenga para mí todo el mundo.

Después se adentraba con su pequeña hacha de mango brillante en el bosque de los Cárpatos que rodeaba su aldea, una enorme bolsa a las espaldas y el botellón redondo en el que recogía savia de abedul. Schmuel trizaba las cortezas separándolas por grados de humedad e intensidad de colores y tarareaba músicas cuya procedencia desconocía. Por ese hábito melódico Schmuel se había granjeado la amistad de pájaros y abejas. Las pocas letras que sabía apenas si le alcanzaban para escribir en líneas regulares su nombre completo.

A pesar de comer como un león era más delgado que un bajorrelieve egipcio y tan sigiloso en sus idas y venidas que se oía antes el chocar de su bolsa de cortezas contra el suelo que sus propios pasos. En aquellos días las cortezas tiernas las comían, hervidas, los pobres, y las usaban los zapateros para hacer frágiles sandalias de verano. En aquellos días, también, todos los que podían se iban a América en pos de cielos más libres y tierras más vastas, lejos del alcance de los cosacos y el desprecio de los nobles. Pero como Schmuel tenía muchos hijos que mantener, pocas luces y casi ninguna ambición, solicitaba de cada uno de sus movimientos cotidianos que lo condujera a una modesta plenitud. Y por eso repetía:
—Luz del aire, luz del aire: que cada punto del mundo contenga para mí todo el mundo.

En una ocasión, al oírlo, el joven Rabí Méndel retornó a su casa con lágrimas en los ojos, pues acababa de constatar por boca de un simple lo que las mentes más complejas no cesan de buscar: que aquello que tienen ante la vista se les transforme en visión revelada.

En el libro del Génesis 3:8 *se lee: «Y oyeron la voz del Creador, que se paseaba por el huerto al aire del día». Frase que, tras las palabras del Buscador de Cortezas, Rabí Méndel no puede de dejar de oír al mismo tiempo que evoca que, para la Kábala, es el aire o* avir, *el vehículo que transporta la luz,* or, *impulsándolo con el poder puntual de la más pequeña de las letras sagradas, la* vod.

El oído perfecto y el yo imperfecto

Natán de Kuopio, cuya familia procedía de Leningrado, fue entomólogo antes de dedicarse a escrutar los secretos y bellezas de la Torá. Llegó a conocer los lagos de su país con tal precisión que los lugareños le preguntaban por la evolución del clima al regreso de sus excursiones, a sabiendas que, en el espejo de las aguas y antes que nadie, Natán había visto asomarse las tormentas y despuntar los jóvenes reflejos de la primavera. El largo hábito de la atención a ras del suelo y la solitaria costumbre del silencio le habían afinado tanto los oídos que Natán de Kuopio distinguía, en la abeja colérica que pasaba junto a él, el do sostenido de la octava media. De las moscas de agua que merodeaban, en verano, los lagos, junto a los bosques de pinos, decía que emitían un fa sordo. Incluso llegó a descubrir, en el vuelo de los mosquitos que acababan de comer, que cuando más alta era la nota que producían más cálido iba a ser el día. Sabía que las crías de la oropéndola

protestaban por falta de alimento a treinta metros de sus nidos; conocía las semejanzas y diferencias entre el bordoneo del abejorro negro y las notas graves del contrabajo. Si acaso, en la orilla del lago, un martín pescador se zambullía para pescar, sin necesidad de verlo Natán de Kuopio sabía si su empresa había tenido éxito o no. Su audición era tan notable que, como a los monjes orientales, le crecieron los lóbulos de las orejas a tal punto que, ya rabí, sus discípulos hablaban de él como Oznei Sheket, Oídos del Silencio.

Pese a tan prodigiosa capacidad auditiva, enfrascado en el estudio o disuelto en la vaguedad de su meditación, Natán de Kuopio casi nunca oía cuando lo llamaban. Ya se tratase de su esposa o de alguno de sus hijos, requiriese su atención un discípulo u otro maestro, tardaba en responder. Y, si acaso lo hacía, parecía tan despistado que más de una vez había que repetirle la pregunta.

—Su capacidad de abstracción llegó a ser más grande que su capacidad de atención —dijo su discípulo más cercano cuando Natán murió.

—No lo creo —acotó Rabí Adam de Vaasa—. En él, simplemente, se cumplió el dicho atribuido a Rabí Meir Hamishpat de Girona: «Quien oye las delicias y maravillas del mundo es sordo a su propio nombre».

Así como, en el periodo talmúdico, era proverbial la existencia de los saguí nahor *o «ciegos de demasiada luz», a los grandes escuchas de la sabiduría de la Torá suele llamárselos* oznei sheket, *«oidores o escuchadores del silencio». A causa de la equivalencia numérica entre silencio,* sheket *(800), y raíz,* shoresh *(800), se dice que solo aquel que calla en la superficie comprende en la profundidad.*

El aguatero de los algarrobos

Vivía, en el norte de Grecia, un hombre a quien Rabí Janán Mariasis conocía de pequeño por ser paciente de su padre, el médico Rabí Moshé Mariasis de Abdera. De joven había trabajado como limpiabotas del ejército turco y padecido las mil y una en manos de los oficiales otomanos. Solía acudir a la consulta con un viejo odre de cuero oscuro del que, contaba el médico, no se separaba ni siquiera estando desnudo para la revisión. Por delicadeza, por consideración para con su edad y sus venerables bigotes blancos, el médico le dejaba hacer, pensando que se trataba de una manía de niño que no lo había abandonado del todo.

Pero un día, su hijo, menos cuidadoso que su padre, lo interrogó:

—¿Qué lleva, buen hombre, en ese odre del que nunca se separa?

Sorprendido por la pregunta, el hombre, que se llamaba Yohanes, Yohanes Afitis, respondió:

—Verás. Crecí en un sitio lleno de algarrobos cuidando cabras, comí de sus dulces vaínas, me refugié bajo sus sombras durante más de quince años antes de servir, contra mi voluntad, a los turcos. En el patio exterior del cuartel en el que me obligaban a trabajar crecía un único y gigantesco algarrobo del que los oficiales cortaban ramas para los fuegos de sus hogueras; unas tras otras, astilla tras astilla, consumían su madera, hasta que al cabo de los años lo dejaron más escuálido que un oscuro, rugoso y triste esqueleto.

Un día, mientras pasaba frente a él, el algarrobo me dijo: «Tengo sed, dame agua; tengo sed, dame vida».

Rabí Janán Mariasis miró al aguatero con perplejidad, observando la fuerza con que sus curtidas manos sujetaban el odre, y giró su rostro hacia su padre, quien permanecía muy serio a la entrada de la consulta.

—¿Y tú que hiciste? —atinó, por fin, a preguntarle.

—Verás, pequeño —le dijo Yohanes a Rabí Janán, que entonces no era más que un niño—. El agua estaba tan racionada que a nosotros, los servidores, nos mataban de sed. Así que tomé las pocas semillas que le quedaban al pobre árbol maltratado y me juré que las tendría siempre humedecidas. Están aquí adentro, escucha.

Sacudió la especie de bota que llevaba y se oyó un susurro de maracas, un bisbiseo de sonajas, sordo, débil. La voz de las viejas semillas.

El aguatero esbozó un sonrisa y con un gesto de indudable trascendencia, agregó:

—Cuando me liberaron, retorné a mi tierra, volví a los algarrobos. Desde entonces les doy de beber todos los días, incluso cuando llueve. Todavía me pregunto si aquel que me habló lo hizo porque no podía más, ya que el dolor que padecía era tan intenso que le hizo pedir socorro. Te diré algo, pequeño, y no lo olvides: se necesitan dos sufrimientos paralelos para se unan en el infinito. Con uno solo no basta.

La palabra kilate, que valora la calidad del oro y de los diamantes, procede del peso uniforme de la pequeña semilla del karat o algarrobo árabe, medida empleada en joyería desde épocas remotas. Su equivalente hebreo es el vocablo jarub, *el cual, levemente aliterado, puede leerse también corno* be-maj, *en el Espíritu o por el Espíritu. Todo lo que ocurre, lo sepamos o no, tiene más de una lectura, y detrás de cada hecho abstracto suele haber, en el origen, una realidad sensible.*

Ante la duda, confía en la acción del universo

Mucha gente venía a visitar a Abu Salish de Ala-rrakech, en cuya tienda se vendían

las alfombras más finas de Persia, tapetes de seda china y cinturones de bodas bordados de pájaros y frutos de Pakistán. A pesar de estar casi ciego por una recalcitrante diabetes, Abu Salish, que había aprendido fragmentos íntegros del *Zóhar* en su infancia, desgranaba en voz alta versículos bíblicos y dándoles cien vueltas los comentaba de arriba abajo y de abajo arriba, de derecha a izquierda y del centro a los extremos. Cada vez que alguien le preguntaba por qué siempre hacía el mismo juego o volvía sobre las mismas frases, con una sonrisa irónica contestaba:

—Lo importante es el punto de vista, el ángulo de observación. La tierra hace uso de sus estaciones para conocer sus matices, pero por debajo de sus huesos de piedra permanece igual a sí misma. Lo que cambia se llama libertad; lo que permanece se llama constancia. Si somos constantes a pesar de cambio y, además, cambiamos con constancia, nada hay que nos sea imposible.

Su nieto menor servía el té en minúsculos vasos que sonaban a música cuando las cucharillas revolvían en ellos el azúcar, y luego, si no estaba demasiado fatigado, con un cuarto o menos de su visión total, Abu Salish, el judío albino, leía en las minúsculas hebras de té del fondo de los vasos el destino de sus consultantes. De joven, como mercader, había viajado mucho cruzando desiertos y mares, pero cuando descubrió el silencio que emanaban cien o doscientas alfombras juntas, comprendió que ese era su lugar: una tienda repleta de lanas tejidas que simulan el Paraíso o jardines de algodón tan diminutos y flexibles que caben en el pañuelo que contiene un estornudo.

—Ante la duda —era una de sus frases favoritas—, confía en la acción del universo. Deja que sea él quien haga lo que tú no puedes hacer.

—¿Acaso el universo es un quien, abuelo? —le preguntó una vez su nieto.

—En todo caso no es solamente un qué— le contestó Abu Salish.

La preposición hebrea pero, abal, *supone, y si se la lee con otra notación vocálica como* ebel, *un duelo, una aflicción, una pérdida. Lo cual establece un grado de condicionalidad que justifica cierta lógica en el acontecer cósmico, pues introduce el mecanismo de un razonamiento. Sin embargo, y si le damos una vuelta más y la leemos como* leab, *para el Padre o hacia Dios, entonces hay entrega, aceptación de lo desconocido e incondicional.*

La Divina Presencia

En la isla de Djerba, Túnez, entre los cojines y los bancos de madera de la vieja sinagoga, tres discípulos del Rabí David Chambi, envueltos en aromas de menta y murmullos de mar, conversaban sobre el significado de la Schejiná, o Divina Presencia.

—No recuerdo ningún pasaje de la Torá que la mencione explícitamente —dijo Moshé de Nefta.

—Se dice que planeaba sobre el Tabernáculo durante todo el Éxodo —comentó, muy serio, Abu Israel de Bizerta.

—Por mi parte, creo que la Schejiná es una especie de «sombra de luz» posterior a los hechos así como nuestra sombra es una proyección de nuestro cuerpo —agregó Rabí Azulai de Gabes.

Ninguno de ellos parecía, sin embargo, seguro de lo que decía, pues la ambigüedad de lo inmanente es escurridiza a la vez que limitada. Sobre cómo, y desde siempre, lo infinito se reflejaba en lo finito, habían hablado Ibn Ezra, Maimónides y los maestros del Islam, pero en cierto modo resultaba más fácil definir lo extenso y sublime que lo puntual y cotidiano.

—Se dice que la Schejiná es, también —prosiguió Moshé de Nefta—, la *kehilá* o comunidad misma de Israel cuando invoca y encarna al Creador. Ella adopta la

medida del que la experimenta.
—Eso me da la razón —dijo Rabí Azulai de Gabes—, pues del mismo modo que cada cuerpo tiene su propia sombra, cada individuo tiene su porción de resplandor divino en las entrañas.

La menta acentuó su fragancia cuando las hojas entraron al té. Pronto oscurecería sobre el mar y las gaviotas viajarían ingrávidas por las corrientes de aire.
—Nuestro maestro, Rabí David Chambi —dijo Abu Israel de Bizerta—, minimizaba la importancia de este tipo de charlas, ¿recuerdan? Solía decir que pensar en los efectos del Creador sobre su Creación paraliza a la criatura.
—Y también decía —acotó Rabí Azulai— que donde mejor se nos revela, a nosotros, sus estudiantes, es en la lengua que narra Sus aventuras en la memoria de la raza humana.
—Es cierto —sonrió, relajado, Moshé de Nefta—, lo había olvidado: *Schejiná hi basafá,* la Divina Presencia vive y se manifiesta entre las letras del hebreo.
La noche los sorprendió leyendo y comentado el pasaje de *Cantares 2:13* que dice: «Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven».

Tanto la Schejiná *o Divina Presencia, como* safa, *la lengua, el idioma, totalizan 385, razón por cual muchos kabalistas piensan que la inmanencia divina es, por sobre todas las cosas, un hecho lingüístico. Tampoco les pasa desapercibido el hecho de que cada uno de los signos escritos, cada* ot, *es, en realidad,* ella, *una letra-matriz.*

La cebolla y el valor del símbolo

—Dices— comentó Rabí Jaim Vega Hacohen de Safed a su maestro, fiel seguidor de las enseñanzas del Arí, Rabí Menashe Albatel—, dices que la Torá íntegra es un símbolo que no puede interpretarse literalmente y que, por lo tanto, cambia con cada nueva lectura, se amplía, ramifica, expande, difunde sin perder, por eso, de vista su punto de partida.

Contra la pared encalada del patio de la sinagoga las hojas de la vid raspaban una y otra vez su verdor movidas por la brisa primaveral. El cielo parecía un lago iluminado por todas partes y la tierra, honda, una cesta de prodigios.

—Y así es: las palabras obedecen a una simetría bilateral, como tus brazos o tus piernas, pero los símbolos obedecen a una simetría radial, a semejanza de las estrellas, que irradian a partir de un centro y en todas direcciones.

—Pero la Torá —intervino el joven Rabí Amos Kaplan— está tejida de palabras y no parece abundar en símbolos.

—Te equivocas —respondió de inmediato Rabí Menashe Albatel—. El Monte Sinaí es un símbolo, el Tabernáculo otro, y también las doce piedras preciosas del pectoral que llevaba el sumo sacerdote.

—Perdona, pero no comprendo bien cómo un objeto, un suceso o un lugar determinado —insistió Jaim Vega de Safed, el único que había nacido en la ciudad santa—, al que se alude mediante palabras, adquiere categoría de símbolo.

—Cada palabra procede —aclaró Menashe Albatel— de una anterior y va hacia una tercera, pero los símbolos son como las cebollas: crecen en la oscuridad y, a medida que los pelas, revelan más y más capas. De tal manera que las líneas de fuerza, las tenues líneas estructurales que ves en cada nivel, se reflejan en las siguientes. Por ello, y si comprendes bien el juego de las alusiones, obtendrás, como con la cebolla, un alimento de usos múltiples. Las palabras son, por regla general, bidimensionales. Los símbolos polifónicos.

Trajeron una botella de vino del Carmel y el maestro sirvió un poco en cada vaso.

—Brindemos —dijo, sonriente, Menashe Al-batel— para que desde su sabrosa sombra la cebolla nos conduzca al contentamiento luminoso del corazón.

La palabra hebrea cebolla, batzal, *puede, en efecto, leerse también como* tzel, *sombra, y leb, corazón. Curiosamente, se dice que la cebolla* (Allium cepa), *bulbo comestible de la familia de las Liliáceas, es un excelente tónico cardiaco.*

La espiga

En las afueras de Safed, allí donde la ladera de las montañas galileas lo permitía, al igual que en los días del Segundo Templo, los kabalistas de la cofradía del León Sagrado Rabí Luria solían enterrar a sus muertos en cuevas practicadas con diligencia y delicadeza, lo bastante hondas como para que aquellos que habían sido compañeros de estudio en vida pudieran frotar sus diálogos del más allá contra la transparencia de tal o cual versículo. Después de introducir los cadáveres envueltos en sus mantos de rezar en el interior de féretros de fragante madera de pino, sus deudos y amigos arrojaban semillas de trigo o cebada sobre el suelo desnudo, cantando, a veces, el *ningún* o la melodía favorita del difunto, y otras recitando el *Schemá Israel* con labios rápidos y secos.

Rabí Natán Algazel de Casablanca, residente en Safed desde la Expulsión de 1492, secó sus lágrimas al salir de la cueva tras dejar allí los despojos de Rabí Israel, llamado La Espiga, y dijo:

—Todos los días de su vida estuvo sentado en el fondo de su corazón, atento y feliz ante el Trono del Altísimo, extendiendo los bordes del *shabat* hacia cada rincón de su vida profana.

La montaña estallaba en chillidos de pájaros, aclarándose gorjeo tras gorjeo. Pronto sería la Pascua. Los ejércitos del sultán iban y venían bajo sus turbantes rojos. La pobreza era, entre los judíos de Safed, tan común como una gramínea al borde del abismo.

—Quisiera saber —comentó con un dejo de tristeza el joven Rabí Amos Vital— por qué le decían La Espiga.

—Ah —sonrió con ternura Rabí Natán Algazel—, como otros manipulan su rosario de ámbar o juegan con un reloj mientras estudian, Rabí Israel tenía a mano una espiga de trigo madura que solía mover como un dibujante su pluma. Tan pronto la usaba para rascarse la barba como para frotarse con ella la frente y decir: «Señor del Universo, *boré olamim,* Creador de Mundos, lléname la cabeza de pensamientos buenos y de actos mejores. Concédele a mi mente la fertilidad inagotable de la tierra y el despliegue fabuloso del cielo y haz, te lo ruego, que desconozca dos de las más tristes esterilidades del alma: el aburrimiento y la indiferencia».

La espiga de trigo, o shibolet, *contiene, en efecto, el corazón, leb, de los treinta y dos senderos de sabiduría, y la raíz* sat, *que indica una base, un fundamento. Aunque también puede leerse, si se la alitera, como* le-shabat, *para el sábado o hacia el sábado, expresión que por un mero giro diacrítico se convierte, a su vez, en* las-hebet, *sentarse.*

Floreció su alma

Cada vez que uno de sus discípulos moría o llegaba, súbitamente, a la comprensión de un difícil versículo del Eclesiastés —su libro bíblico favorito—, el legendario y anciano Rabí Abraham Kalan de Singapur decía en hebreo *paráj neshntató,* floreció su alma.

El porqué la muerte y la comprensión profunda eran, a su juicio, idénticas, lo llevaba a discurrir, cada vez que era interrogado al respecto, por los pasadizos más secretos de la Historia, materia en la que había recibido su doctorado en Oxford. Decía, por ejemplo, que los griegos del periodo clásico llamaban a su iniciación en los misterios eleusinos *teleutí,* cesar, morir; y que entre los kabalistas no había acceso a *tam,* lo perfecto, sin pasar por su inverso o *rnet,* la muerte, lo muerto. O bien sostenía que Yama, el dios hindú de los difuntos, originaba el verbo sánscrito *yam,* ofrecer, domar, es decir, transformar, convertir, de donde, y a

menos que uno logre morir al instante del que procede, es difícil, cuando no imposible, vivir el que acaba de nacer.
—Lo acepto —suspiró un día su amigo Rabí Yosef Sinlan de Malaca—, pero francamente no entiendo por qué debe emplearse el verbo florecer ante las puertas mismas de la muerte o de la comprensión. ¿Acaso el alma nace cuando muere y las plantas solo saben quiénes son después de haber florecido?
—Tomemos un versículo —dijo Rabí Abraham Kalan de Singapur—, por ejemplo, el del *Eclesiastés 3:19:* «Una misma respiración tienen todos». Sentencia en la cual la expresión todos, *lecol,* cuyo valor numérico coincide con el de *va-ed,* para siempre, eternamente, nos da idea de la inmortalidad de la vida cósmica, la vida de las especies que se transforman unas en otras. Cuando el joven Rabí Saúl de Bagdad vino a verme y le señalé que en ese todos había un mensaje para él, como ahora lo hay también para ti, *leja,* sus párpados se extendieron semejantes a los pétalos de los jazmines ante el primer sol del verano.

Una sonrisa encendió entonces el rostro de Rabí Yosef. Se levantó de la silla en la que estaba, dio unos pasos por el jardín exótico de su anfitrión y se dijo que, si acaso moría en ese momento, había valido la pena llegar hasta allí para vivir la escena precedente. El maestro, por su parte, hundió su roma nariz en una gran gardenia y entrecerró los ojos. Era de noche pero parecía de día, era martes pero parecía sábado.

El dicho paráj neshmató *alude a expirar, a morir, indicando, por su parte, la palabra* péraj *una flor. La cita del* Eclesiastés 3:19 *que contiene, sintética, la expresión todos,* lecol *(80), equivale, en sus cifras, a lo eterno, lo continuo,* va-ed. *Pero incluye también* leja, *para ti o por ti, de donde cada uno de nosotros forma parte de ese todos al que, incluso sin saberlo, estamos enhebrados.*

Bendición de la luna

Cuando Nissim Ezequiel veía la luna creciente, se acercaba a la costa y, con el cielo aún rosado por las últimas claridades del crepúsculo, decía:
—Hermosa patrona del nácar, bella madre del jazmín, luz oculta en nuestras uñas: por lejos que vayamos, no nos olvides. Refresca como menta nuestra memoria, enciende nuestra pasión y no dejes de dar vueltas en torno al ombligo de las mujeres de Israel.

No todos los judíos de Konkan, al oeste de la India, veían las mismas maravillas en la luna. Como pescadores de perlas y esponjas, talladores de madre-perla y luthiers de sitars, estaban más interesados en la prosperidad de sus comercios que en lo que acontecía en el cielo.
—Que tu rocío sea de lágrimas felices —insistía Nissim Ezequiel, quien había estudiado un poco de hebreo en Bombay con Rabí Efrahim Bagdadi—, y que todas nuestras construcciones sirvan para unirnos y no para separarnos.

Como todos los románticos, al igual que el poeta chino Li Tai Po, Flor de Loto Azul, quien murió ahogado tras cantarle a la luna sus reflejos, Nissirnjremó mar adentro una noche sin estrellas y no regresó más. Tal vez se durmiera y un súbito viento diera vuelta su embarcación. Quizá había bebido demasiado vino en la víspera del sábado. Durante años, las conjeturas acerca de su destino se sucedieron, y hubo quien sostenía que Nissim Ezequiel emigró a Inglaterra, y quien decía que lo habían visto en un templo de Kali en el sur del sub-continente. Otros pensaban que se había casado con una prostituta dravídica y se dedicaba a administrarle sus magras ganancias. La comunidad que lo vio nacer creció; vientos de riqueza levantaron familias y expandieron casas. Los jardines se hicieron más frondosos y tupidos. Tanto, que los viejos amigos dejaron de visitarse y las mujeres no volvieron a cocinar juntas.

Una mañana de Hánuka, la Fiesta de las Luminarias, Efrahim Bagdadi llegó

a Konkan y preguntó por Nissim Ezequiel, a quien había enseñado un poco y de quien había aprendido más. Le extrañó que hubiese desaparecido sin dejar huellas, aunque, bien mirado, aquel era un destino que también había tocado a Moisés, el lugar de cuya sepultura, en las inmediaciones del Monte Nebo, continuaba siendo desconocido. Del carro de Elias el profeta tampoco había noticias. Por otra parte, ¿acaso no era común en la India, llegada la edad de las arrugas, dejarlo todo para remontar el río Ganges?
—Recuerdo que solía decir —comentó una mujer que lo había conocido al visitante procedente de Bombay—, de cara a la luna: «Que nuestras construcciones sirvan para unirnos y no para separarnos».
Efrahim Bagdadi sonrió: aquellas eran sus propias palabras, tamizadas por los años, pero aún reconocibles.
—Así es —suspiró, entornando los ojos para evocar mejor al amigo—. Quienes, en la estela de su muerte, dejan objetos y propiedades, promueven rencillas, disensiones y tabiques, pero aquellos que dejan palabras siembran tránsitos y nexos. Panes de sílabas para las bocas del mañana.

Suele decirse que la luna, o lebaná, *posee la misma raíz que la voz* bniáh, *construcción. Así, lo que el sol proyecta la luna articula; lo que el astro mayor diseña, la amable señora de la noche materializa. Pero si ocurre que el espesor de la construcción opaca el principio osmótico del diálogo, muros y tabiques separan a las bocas de la fluida misión de sus palabras. Y entonces, en lugar de sabios, la comunidad solo tiene propietarios.*

Yoshka el jorobado, ladrón de trinos

Vivía en los bosques de Moldavia un carnicero jorobado a quien todos llamaban Yoshka, el ladrón de trinos, porque su máxima diversión consistía en ir en primavera a las zonas más recónditas de la foresta, poner una trampa con señuelos, atrapar alguna oropéndola o verderón, incitarlo a cantar, descodificar a su manera las simples melodías y luego soltarlos al buen aire de Dios. Las malas lenguas insinuaban que se frotaba los pájaros silvestres contra la joroba a fin de que su música enderezara lo que el llanto de su madre, a verlo tan débil de huesos, había contribuido a torcer. Las buenas, en cambio, sostenían que Yoshka debía de estar al tanto de la localización del Paraíso terrestre, **llamado en** el *Zóhar* o *Libro del resplandor,* nada menos que *El nido del pájaro.* De otro modo, decían, no se explicaba aquella habilidad suya.

Enterado de la existencia de Yoshka, el ladrón de trinos, Rabí Amos ben Eliezer de Turda, en uno de sus viajes por la región, pidió conocerlo.
—Es un hombre demasiado humilde, maestro —le dijeron.
—No muy aseado —le explicaron.
—De pocas palabras —le aclararon.

Pero, como el maestro insistiera, fueron en busca de Yoshka el jorobado, a quien sorprendieron, pasadas las alegrías de la Pascua, limpiando sus jaulas y recogiendo cortezas y migas de pan.
—Quiero ver cómo trabajas, qué haces en el bosque, Yoshka —le dijo respetuosamente Rabí Amos. A lo que el jorobado, que siempre iba solo a sus cacerías, respondió con un dudoso movimiento de cabeza.
—En serio: nuestra *Misná* dice que debemos aprenderlo todo de todos, y que no hay conocimiento, por inútil que parezca, que no sea una forma de felicidad —le dijo para convencerlo.

Al día siguiente rezaron tras lavarse las manos, bebieron un té fuerte y se pusieron en marcha, el rabí y el jorobado. Solos. Sorprendido, el maestro observó que Yoshka trinaba bajo los grandes abetos, a la sombra oscilante de los abedules, y que a sus llamados acudían un sinfín de pájaros de diversos colores, los cuales, revoloteando alrededor de su joroba, esperaban con ansiedad sus migas de pan. El

corazón del maestro latió rapidísimo al recordar la cita del *Zóhar* que dice que «la voz de la tórtola fue la voz de Dios oída por vez primera sobre la tierra, después de la creación del hombre»... ¡en el preciso momento en que bajaba una! Después, recomponiéndose a duras penas de la sincrónica sorpresa, se acordó de la abubilla locuaz de Salomón, del jilguero vidente del sultán Alkabul y del pavo real enano de las Célibes, del que se decía que confesaba tu nombre si lograbas mirarlo fijamente a los ojos. Pero ninguna de aquellas criaturas aladas vivía en esos parajes.

Yoshka tendió entonces su primera trampa y Esperó con los ojos entornados. Cuando llegó, por fin, un pinzón, y lo capturó, aguzó los oídos, le silbó algo, oyó su tímido reclamo y miró sonriente a su acompañante para decirle:

—Hay tres clases de trinos, y este canta el último.

—¿Cuáles son? —quiso saber Rabí Amos de Turda.

—El primero dice: el cielo tiene límites, pero yo los cruzo. El segundo: el cielo no tiene límites y allí donde canto es el centro del mundo. Y por fin el tercero, que reza: el cielo es mi tercer ala y me sostiene más allá del cansancio y el olvido.

—¿Dónde has aprendido todas esas cosas? Me cuesta creer que de la mera elocuencia de los trinos —confesó el rabí.

—¿Acaso ignoras que, y para quien cree en ellos —respondió el jorobado—, los pájaros forman parte de su propio yo, y el revés de su propio yo es una canción ininterrumpida que les debe más de un gorjeo?

El verbo creer es, en hebreo, heamin, *y aunque es poco probable que un hombre simple como el jorobado haga juegos de palabras, el Talmud dice que desde la destrucción del Segundo Templo la sabiduría habla por la boca de los niños y los tontos. En el citado verbo, entonces, están presentes las palabras yo,* ani *y ellos,* hem, *de donde bien está respondida la pregunta del rabí al carnicero Yoshka. Por otra parte, cuando una pregunta responde a otra pregunta, la respuesta la tiene, seguramente, el que ha formulado la primera.*

La muerte y el cardo

Rabí Anatoli Lifshitz de Riga solía decir:
—Bien mirada, la muerte tiene dos tercios de perfección. De otro modo, pasada la irregularidad jadeante de la agonía, ¿por qué tendrían, si no, una cara tan serena, tan relajada nuestros muertos?
Caminaban, el maestro y sus discípulos, por las llanuras rusas una tarde de verano, poco después de la lluvia. Las gramíneas y las hierbas estaban altas. Los pájaros se entretenían con su festín de insectos. Ese año el emperador había logrado contener a sus cosacos y los judíos deambulaban con más tranquilidad por las fangosas calles de sus míseros pueblos.
—Nuestro maestro, Rabí Alexander Ismael Midot de Sarajevo —prosiguió hablando Anatoli Lifshitz de Riga, mientras arrancaba un cardo violeta de uno de los bordes del camino sin temor a pincharse—, nuestro querido maestro, experto en tisanas y proverbios, el último verano que fui a verlo cortó como yo ahora un cardo y me explicó lo siguiente: «La Torá compara a Israel con la rosa entre las espinas, pero a mí me parece que desde hace ya mucho tiempo nuestra vida es como la de los cardos, áspera e irritante en su tallo y únicamente suave y perfumada cuando mira hacia arriba y abre su flor compuesta. Día tras día somos poco más que asnos de carga, y tomamos nuestros rebuznos por sabiduría cuando la mayoría de las veces no emitimos más que sonidos roncos e inconexos. Sin embargo, en trance de muerte, no es inusual que, al igual que el cardo, con el *Shemd* en la boca, casi la totalidad de nuestra mente se abra al violeta del Espíritu exhibiendo la inefable sonrisa de los ángeles».

Los discípulos sabían que el tal Alexander Ismael Midot de Sarajevo era una invención de Rabí Anatoli; como lo eran Rabí Isaías de Tarko Salie o Rabí Uri de Orks, hipóstasis o figuras del propio maestro para poner en boca de otros lo que abundaba en la suya. Pero aun y así lo creían, porque en algún lugar del tiempo, con el rotar de los siglos, alguien llegaría alguna vez a llamarse de ese modo y podría muy bien citar entonces a Rabí Anatoli empleando inocentemente las mismas palabras que este para hablar de ellos. Hijos de Adán al fin, todos somos descendientes del mismo padre. ¿Por qué razón privilegiar entonces una generación más que otra, una boca real más que una imaginaria?

Las palabras hebreas muerte, mavet, *y cardo,* kimosh., *poseen el mismo valor numérico: 446. En cuanto a que la muerte contiene una cierta medida de perfección, lo corrobora el hecho de que existan, en ella, dos letras claves, las cuales forman, juntas, la palabra* tam, *perfecto, inocente, íntegro.*

Los tiempos del cerezo

Entre todas las frases, sentencias, enseñanzas y parábolas de la Biblia, Rabí Ezequiel de Radom, hijo del famoso escriba Itzi de Radom, prefería la del *Eclesiastés 3:1* i, que dice: «Todo lo hizo hermoso a su tiempo y puso eternidad en sus corazones». Y repetía el porqué de esa elección cada vez que podía, como si aún le costara dar crédito a la iluminación que entenderla le produjo y ansiara, al evocarla, tornarla más y más honda.
—Ocurrió bajo un cerezo —solía explicar—, a principios de junio. El árbol estaba tan cargado de frutos y estos brillaban tanto que parecían grandes gotas de sangre un instante antes de su coagulación. Yo presenciaba las disputas de los pájaros, las cosquillas de las hojas, el reptar de las primeras larvas de mariposa cuando de pronto, hete aquí que en un rincón en sombras sorprendí el atraso de un flor que

no había visto la señal del sol para cerrarse. Así que, me dije, este cerezo reúne en sí mismo todos los tiempos: el de la juventud y el de la madurez, los episodios muert«s de sus cortezas, los difíciles días de sus heridas, las dulces horas de sus frutos y las amargas de sus ramas rotas por exceso de peso. Estaba absorto en esa contemplación perfecta cuando sentí en el pecho, amplificado por la gracia de aquel instante, el suave percutir de la cereza humana, mi propio corazón. El subcutáneo tictac de su corriente alterna.

Llegado a ese punto de su relato, y estuviese donde estuviese, Rabí Ezequiel de Radom se llevaba la mano derecha al tórax, suspiraba, entrecerraba los ojos y luego citaba en hebreo: *Ha-olam natán be-libam:* «puso eternidad en sus corazones», dando de ese modo por entendido, cualquiera fuese su auditorio, uno de los versículos más enigmáticos de las Escrituras.

Después, más relajado, agregaba:

—Cuando, agradecido por esa visión, me abracé al cerezo, comprendí en un instante que estaba saciando mi sed espiritual remitiéndome a mi propio interior, empujándome hacia el oscuro estuario de mi sangre, donde la eternidad es un hecho cordial que los latidos acompasan en el tiempo. Allí afuera, en el cerezo, todas sus edades estaban presentes de cuerpo entero. Aquí dentro —decía Rabí Ezequiel de Radom, acariciándose el esternón—, aquí dentro todos nuestros glóbulos hacen juego con el universo.

La expresión «en sus corazones», be-libam *(74), equivale, por su valor numérico, a* lomed *o* lamad, *aprender, estudiar, instruirse. Por esa razón suele decirse, en los círculos de estudiantes de Kábala, que el conocimento es centrífugo y la sabiduría centrípeta. Solo nos alejamos, si es que de verdad lo hacemos, para mejor volver a nosotros mismos.*

El mejor camino

Rabí Obadia Rafael de Marrakech leía, cada vez que tenía que salir de viaje por sus obligaciones profesionales de circuncidador, el *Salmo 27:11,* que dice: «Enséñame, oh Dios, tu camino», no porque desconfiara de la rectitud de sus pasos, o de su conocimiento de las ciudades y los pueblos que cruzaba y en los que, a veces, debía pernoctar, o porque la prisa le exigía vías más rápidas por atajos más cortos, no. Lo leía porque necesitaba tener la certeza de que caminaba en todo momento bajo la luz del Altísimo, así en el dolor como en la gracia, en el desamparo provisorio como en la satisfacción íntima.

—El camino hacia los hombres está compuesto de pasos —decía—, pero el camino de y hacia el Creador, de actos. Nuestros pasos tienen el firme consuelo de un terreno de apoyo, deben al talón el arranque y a los dedos la continuidad, pero nuestros actos no se miden en el instante de hacerse, ni se juzgan en el tiempo en que se manifiestan, y no se apoyan más que en un alma oscilante que cambia de emoción como las nubes de forma y trayecto.

—Parece —le comentó un día su compañero de estudios Rabí Gershon Azuly—, según nos deja entrever el salmo, que el Creador tuviese un solo camino, un único sendero. De otro modo, la frase tendría que ofrecernos un modelo plural, ¿no crees?

—El nácar es uno, pero sus reflejos son muchos —respondió Rabí Obadia Rafael—. Sabemos que el camino hacia Él es el bueno cuando, ante nuestros ojos y causada por nuestros actos, aparece la feliz iridiscencia de la sonrisa ajena. Si el camino es bueno, muy bueno, el pie se siente alado. Y si nuestras relaciones con los demás son justas, no es necesario explicarnos por qué actuamos como actuamos. La economía de gestos promueve la riqueza del pensamiento y todo, todo a nuestro alrededor, pesa un poco menos.

—Que así sea —sonrió Rabí Gershon Azuly.

—Toma —respondió su amigo, regalándole una luminosa madreperla—, una brújula

marina para caminar por la tierra, una concha para admirar aquí y ahora.

La frase del salmo citado dice, en hebreo: horeni adonai darquejá, *pudiéndose leer «tu camino» o* darquejá *como articulado sobre otras dos palabras:* dar, *nácar, y* qáj., *así, de este modo. Sobre esa misteriosa piedra o material de origen orgánico llamado* dar *se explaya el* Libro de la claridad *o* Bahir, *en el siglo XII: «El Santo, Bendito Sea, tomó la milésima parte del poder de esa luz y creó con él una sustancia preciosa* (dar) *en la que incluyó todos los mandamientos».*

Del otro lado de la palabra sueño

Un hombre llamado Manase fue a visitar al Rabí Oded Malachi de Tánger para que le resolviese un problema.
—Dicen que las palabras de nuestra Torá son, entre otras cosas —le confió—, puertas de sílabas que dan al mundo de la serenidad. Como tengo dificultades para dormir he pensando que si lograse abrir la puerta de la palabra sueño, que figura en *Jeremías 31:26,* donde se dice: «En esto me desperté y vi, y mi sueño me fue agradable», entonces, quizá, tal vez pudiera descansar de verdad, pues estoy seguro que del otro lado hallaré alguna fórmula que propicie el reposo o bien algún tipo de consuelo, ¿sabes tú cómo se abren las puertas de las palabras?

Rabí Oded se mesó la barba. Aquel hombre le estaba formulando una pregunta que cortaba el aliento: jamás había oído decir que las palabras de la enseñanza fueran puertas que daban al mundo de la serenidad. En todo caso procuraban belleza, estímulo, inspiración y aguzaban el entendimiento, pero serenidad...
—¿Has probado tomar una infusión de tila? —se le ocurrió decir—. A veces son los nervios los que nos impiden dormir bien.

Respetuoso, el hombre volvió a su casa con el consejo del rabino olvidándose por el momento de las puertas de las palabras, pero Oded Malachi abrió su *Tanájy* buscando el versículo citado, al meditar sobre sus letras y números, se quedó dormido.

Así fue, dijo más tarde a los suyos, cómo se abrieron para él las puertas del pasaje de Jeremías y se encontró caminando sobre un mar de nubes cuyas olas eran sueños futuros y cuyos evanescentes perfiles semejaban playas infinitas. Más tarde, al despertarse, comprendió que la serenidad es un bien ingrávido, un suave desliz atmosférico sin apoyo ni sujeción, y que también ese sentimiento procuraba la Torá. Al día siguiente se encaminó hacia el domicilio del insomne a quien había recomendado una infusión con la intención de disculparse.
—Perdóname —le dijo—. Sé cómo se abren las palabras y no te lo dije.
—Te entendí perfectamente —le contestó el hombre—. El agua caliente abrió las hojas secas de la tila y me bebí la taza íntegra logrando un sueño tan perfecto que no tuve necesidad de molestar al profeta.
—Bien hecho —suspiró Oded Malachi—. Lo útil no siempre es directo. Del otro lado de las palabras hay otras palabras que nos remiten a este lado.
—Gracias —atinó a decir el hombre—, gracias de todos modos por esta inesperada visita.

Lo que a un hombre adormece a otro despierta, lo que embota a uno maravilla a otro. El tilo o la tila se llama, en hebreo, tirzah, y *contiene, en su interior, un resplandor secreto, o* zohar, *para aquel que sepa verlo.*

El hijo del mar del aire

En su juventud, cuando ejercía de profesor de química en Berlín, a comienzos de siglo, Rabí Yoshúa Erlich, que entonces no era rabino, oyó decir a un judío de Polonia que el Baal Shem Tob, el Maestro del Buen Nombre que fuera fundador del movimiento hasídico, solía ir a meditar al bosque y quedarse absorto ante la verde transparencia de las hojas a través de cuyas nervaduras descubrió un día que, además de ser un hijo de su familia, era, también, un vástago del aire que envolvía los árboles.
—Soy un hijo del mar del aire —decía, en efecto, el Baal Shem Tob—, sus olas me sostienen y en la espuma de la brisa mis pulmones enseñan a nadar a mi sangre.
—Pensábamos que habías nacido en la montaña, maestro —le decían sus discípulos y amigos.
—Como si no hubiera aire en ella —sonreía el Baal Shem—. Ocurre que, por pereza, contamos nuestros aniversarios solo desde lo visible, sin considerar jamás las días, minutos y segundos de nuestra invisible y silenciosa respiración, pero es en ella donde no cuenta el tiempo numérico ni la genealogía, porque de la piel hacia dentro todo o casi todo se lo debemos a nuestros padres y antepasados, pero de la piel hacia fuera, y a partir de la punta misma de nuestra nariz, todo se lo debemos al Creador Vivo, que ahora mismo flota en el mar del aire, soplo tras soplo.

Transcurridos veinte años desde que oyera esa historia, Yoshúa Erlich de Berlín, como San Pablo de su caballo, se cayó de una escalera en su laboratorio yendo a estrellarse contra una ventana sin que, por fortuna, se rompiera más que el cristal. Pero el aire de marzo que por allí entró a sus fosas nasales tenía tanto perfume de primavera adelantada como aroma espiritual. Y el químico cambió, desde entonces, las probetas por los textos de la Kábala, permutó el azufre, el alcohol y la vanidad por el silencio y la meditación, y un buen día, convertido ya en Rabí Yoshúa Erlich de Berlín, dejó de lado al investigador del ozono cuyo color azul había contribuido a descubrir y de cuya pureza no dudaba, y se repitió a sí mismo que, por fin, también él era un hijo del mar del aire. Un viajero del espacio ilimitado.

Allí donde el Salmo 2:7 *dice* ha-iom, *en la frase: «Hijo mío, yo a ti te engendré hoy* (ha-iom), *muchos estudiosos leen* ha-iam, *el mar. Pero como la marca establecida por la letra* hei *alude, sin duda, al soplo, al alma, tanto el Baal Shem, tal vez sin saberlo, como Rabí Yoshúa Erlich de Berlín, a sabiendas del valor del oxígeno en su nexo con el Espíritu, se declaran hijos de aquello que va más allá y llega más acá que los progenitores biológicos.*

Resoplar o inspirar

Rabí Mikhael Volodin de Sarajevo, agrimensor, traductor y miniaturista, recorría los mercados de la ciudad y las casas de antigüedades buscando objetos de bronce como tinteros, soportes para lupa o raspadores, lo cual lo ponía en contacto con ropavejeros, gitanos \ ladronzuelos de poca monta. Cuando viajó a Jerusalén en compañía de su discípulo Rabí Amiram Obadieh de Tirana, ambos sufrieron mareos en el barco, ocasión en la que el maestro recordó:
—Una vez, en un mercado de Edesa en el que compré un hermoso catalejo inglés del siglo XVIII, robado seguramente en una embajada, un gitano, oyéndome suspirar, me preguntó: «¿Qué clase de hombre es usted? ¿De los que resoplan o de los que inspiran y se inspiran?». Mirándolo con extrañeza, le respondí con otra pregunta: «¿A qué se refiere?». «Los que resoplan y se pasan la vida suspirando como si acabaran de correr cien metros lisos —me dijo— suelen ser caballos de otros, burros de muchos y muías de sí mismos». «¿Y los que inspiran y se inspiran?», indagué. «Ah —dijo el gitano, que era tuerto y renegrido como un mirlo —, de esos hay muy pocos. Son los que, ante cada situación, agradable o

desagradable, sacan pecho, inflan el buche preparándose por si queda algo más por vivir, pues todo les parece poco. Tienen carácter de proa y abren la realidad como las naves el mar, haciendo crepitar las espumas».

Rabí Amiram Obadieh de Tirana, que estaba rehaciéndose de su último mareo, atinó a comentar:

—Un sabio oculto, me parece. Buen observador, en todo caso.

—Él sabía un poco de yídish y yo de rumano —prosiguió Mikhael Volodin de Sarajevo—, así que nos fuimos a tomar un café para trenzar un poco más nuestro diálogo. Al percibir mi interés por sus ideas, continuó:

—El que suspira y resopla, si lo observa usted bien, quiere acabar pronto lo que está haciendo, tiraría la toalla en cualquier momento, mojada como la siente por un cansancio prenatal; pero el que inspira y se inspira, desearía que todo le llegara por partida doble, incluso las calamidades, para probarse y demostrarse a sí mismo que el aire aún es bueno y no solo eso, sino que, además, hay para todos.

El barco en el que viajaban el maestro y su discípulo arribó a puerto en el más completo de los silencios, pues era septiembre y el mar estaba tan liso y brillante como tranquilo. Caminaron un rato por Haifa para estirar las piernas, Rabí Mikhael Volodin de Sarajevo pronunciando una bendición al Creador por el higo que acababa de comprarse y se disponía a comer, y Amiram Obadieh de Tirana intentando —sin que su compañero lo notase— cambiar sus habituales y desolados suspiros por inspiraciones.

Eliezer Ben Yehuda rodeado de palabras

Dicen, pero es difícil saberlo a ciencia cierta, que cuando el recreador del hebreo moderno Eliezer Ben Yehuda, que vivía en Jerusalén rodeado de diccionarios de copto, griego, arameo, latín, alemán y de toda suerte lexicones bíblicos, buscaba una palabra en la Torá con el propósito de injertarla con otra y así llegar a una tercera acorde con lo que en ese momento necesitase nombrar, Safael, el ángel del lenguaje, quien lo asistía sin que él se diera cuenta, giraba como un veloz remolino sobre sus alas multicolores, subía hasta el trono divino y consultaba al Creador acerca de la legalidad o ilegalidad de todo aquel proceso. Cómo —se interrogaban algunos viendo los esfuerzos de Ben Yehuda—, cómo puede transformarse un idioma sagrado en instrumento profano sin pillar las fiebres de la profecía ni caer en el arcaico dilema de los jueces o en la embriaguez alabadora del salmista, era un misterio irresoluble. El trabajo, en efecto, suponía enormes riesgos y exigía un» sabia serenidad. Por una parte, estaban los partidarios del lingüista, quienes lo estimulaban para que siguiese hallando adjetivos, pulsando matices, renovando funciones, aligerando sustantivos, y, por la otra, sus detractores, viejos talmudistas náufragos en el mar de las plegarias, sin más socorro que un orden rancio, pero por eso mismo seguro; rabinos tunosos con la modernidad, la poesía y lo sagrado al alcance de los niños y las mujeres. A un tiempo sabios de lo pueril y custodios de las cenizas de lo maravilloso.

Eliezer Ben Yehuda era un hombre de pequeño tamaño, espejuelos muy pulidos y ojos atentos. Con pasión de filatelista y rigor de químico separaba las raíces trilíteras y jugaba con los prefijos y los sufijos, las voces pasivas y activas, los verbos en desuso y los nuevos inventos, probando encender en su hijo lo que descubría apagado en los milenarios archivos de su raza. Una tarde fue a visitarlo el Rabí Eliahu Sorek de Vilna, uno de los pocos religiosos que lo respetaban y toleraban su aparentemente profana actividad de gramático obsesivo. Era más joven que él pero parecía mayor, pues su barba, blanca, le llegaba casi al ombligo. Sus ojos verdes tenían la mansedumbre de un recodo del río pero los nudillos de sus manos de encuadernador de libros santos eran fuertes y decididos como sarmientos de vid.

—Dime, Eliezer —le preguntó a Ben Yehuda—. Entre todas las palabras halladas,

reconstruidas, pulidas y vueltas a la circulación del habla cotidiana, entre todos los vocablos de nuestra lengua santa, ¿cuál es la que te ha deparado mayor felicidad?

El lingüista no respondió de inmediato. Fue hasta su biblioteca y regresó con la reproducción de un grabado atribuido a Schwann, el autor de la teoría celular. Era un intrincado laberinto de círculos concéntricos, puntos, núcleo v alvéolos.

—Escucha estas palabras —dijo entonces—: «Las partes elementales de los tejidos están formadas por células, según modalidades semejantes, aunque diversificadas, de modo que se puede muy bien decir que existe un principio universal de desarrollo para las partes esenciales de los organismos, y que este principio es la formación de las células».

Se condensó el silencio en el estudio que reunía a los dos hombres, el religioso y el laico.

—La palabra hebrea por la que me preguntas, querido amigo —prosiguió entonces Ben Yehuda—, la palabra por cuya restauración y preservación daría mi vida si fuera preciso, es nuestra *et,* articulada con la primera y última letra del alfabeto, pero también, y girada sobre sí, *ta,* la célula.

El Rabí Eliahu Sorek de Vilna seguía sin entender.

—Para nosotros *et* —intervino— es *Or Torá,* la Luz de la Enseñanza, pero también *Eben Tabón,* la Piedra del Discernimiento.

—Sin saberlo —continuó el lingüista—, y mientras realizaba sus exploraciones biológicas, Schwann estaba redescubriendo la mística de la Kábala, que dice que todas las palabras, adverbios, gerundios y preposiciones, todo el lenguaje de hecho, se erige sobre esa unidad básica, *et* o *ta,* que tanto puede ser nuestra cárcel como nuestra libertad.

—¿Nuestra cárcel? ¿Por qué nuestra cárcel?

—Así es: celda y célula son la misma cosa. Más aún, los latinos veían en *celia* también al granero», el sitio en el que se guarda el alimento. Razón por la cual, y si la palabra no te da de comer, si el lenguaje es tu celda y no tu célula, si te oprime y te angustia y te encierra en su reiterada solemnidad, será algo muerto para ti. Pero si está vivo y palpita, si se expande y florece absorbiendo un nuevo cielo y una nueva tierra, entonces te anima, te exalta, te transforma para que —como el mismísimo Schwann— puedas, al fin, decir con felicidad: «La causa de la nutrición y el crecimiento no reside en la totalidad del organismo, sino en sus partes elementales: las células». De manera semejante, nuestra supervivencia está, pues, en esa palabra, partícula de luz de la que nos hemos estado nutriendo durante más de tres mil años.

—Ahora comprendo —dijo Rabí Eliahu Sorek con una media sonrisa.

—La palabra por la que vivo y muero, por la que renazco y trabajo, por la que sonrío y lloro es *et.* El principio y el fin de nuestra lengua, su *tú* femenino, que nos protege y sostiene.

Que una misma raíz, compuesta por las letras álef *y* tau *sirva para ejercer la función de acusativo verbal tanto como para nombrar a la célula, a la célula viviente a la vez que al pronombre femenino* tú, *y siendo, como es, la lengua, una entidad femenina, es demasiado para comprenderlo de golpe, pues aquí lo semántico es ontológico. Por otra parte, y de ese hecho polisémico hebreo el primitivo cristianismo hará, basándose en el pasaje del* Apocalipsis 1:8 *que menciona las letras* alfa *y* omega *(AQ),* el principio sobre el cual se basa el Cuerpo Místico de los creyentes cohesionados por el Espíritu Santo. *Solo que, oculto en griego, ese principio se hace evidente cuando se comprende que el binomio hebreo* ta *es la unidad básica de todo el lenguaje bíblico, su célula primordial.*

Fuego negro, fuego blanco

A punto de sucumbir bajo las crueles garras de las legiones romanas, en Qumrán, Rabí Barak Guilgul llevó a su joven discípulo Yehiel al baño ritual. Sucedió poco antes del alba. Los esenios más ágiles depositaban, arriba, en las

cuevas, los últimos textos sagrados para que no cayeran en poder del invasor. Más al sur, el humo de las chamusquinas y los desastres se elevaban en tristes y delgadas volutas.
—Un pasaje de *Daniel 11:35* nos advierte —citó, con voz temblorosa, Rabí Barak— que «algunos de los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo que está determinado».
Ambos, discípulo y maestro, se hundieron en el agua fría, que tenía un regusto de hierbas amargas. En ese mismo instante, no lejos de allí, las gentes que defendían Masada se quitaban la vida unos a otros, pero ni el viejo maestro ni el joven escriba lo sarjan ni llegarían a saberlo nunca.
—Te impongo —sostuvo Rabí Barak, después de secarse— la túnica blanca de la comunidad para que llegues a ser un auténtico hijo del corazón, altar de loas cuya libertad es insobornable v de cuya música vivimos.

Los legionarios romanos habían prendido fuego a las puertas de la fortaleza y se disponían, tras el largo asedio, a entrar a degüello. Judea sería por fin vencida en su borde más áspero y desierto, en las últimas dependencias del palacio de verano de Herodes. Después irían a por los solitarios, esos magos y médicos de almas que vivían a orillas del Mar de la Sal.
—La recibo con honor —respondió Yehiel—, y pasaré con alegría de la diferencia a la semejanza, de la soledad a la comunión, del espejo a la luz.
—Nuestros sabios —suspiró, agotado el viejo maestro— sostuvieron que la Torá fue dada en el Monte Sinaí con dos clases de fuego, negro y blanco. Por la oscuridad de sus letras, por la irregularidad de su perfil, el mundo es creado en series de opuestos, de contrario en contrario; pero desde la serena blancura que por debajo y por encima las agrupa, el universo es recreado con luz, de círculo en círculo y onda en onda. Así es y así será. Semejantes al carbón cuya alma se ha apagado, los romanos persiguen un mero destino de cenizas y de hierro, mientras que —como el resplandor de una llama que se va— nuestra tarea ha sido sembrar de himnos solares los caminos del Eterno. Por eso no hay, entre nosotros, paz posible. Ningún médico puede curar la omnipotencia del enfermo ni, lejos de su casa, pisa el soldado la tierra con compasión. Ellos trabajan para la discordia y los impuestos; nosotros, para promover la concordia y la gracia. Ellos creen estar sometiendo a un pueblo pequeño, pero no hacen más que disponerse a revelar al mundo su grandeza. Prepárate, pues, Yehiel, para llevar en esta túnica la señal de los que devuelven claridad por claridad.

El silencio en el interior de la fortaleza de Masada era total. Más allá de las piedras manchadas de sangre, los legionarios vieron las hebras de lana azul de una muñeca en la mano de una niña que había muerto con los ojos abiertos. En Qumrán, empero, en las ascéticas salas de los esenios, no había más colores que el negro y el blanco. Y ojos para verlos desplegar su danza sobre la tierra de los antepasados.

La secta de los esenios, que se dedicó, entre los siglos II a. de C. y I d. de C, a la medicina, meditación y el copiado y conservación de los textos sagrados de la Tradición hebrea, solía iniciar a sus miembros imponiéndoles una blanca túnica de lino en cuyos bordes se anudaban, como en el talit *o manto de rezar que aún hoy emplean los judíos, los treinta y dos senderos de sabiduría de la Kábala. Puesto que blanco se dice, en la lengua de la Biblia,* labán *vocablo que contiene tanto al hijo, o* ben, *como al corazón, leb, cada iniciado debía asumir que* su propio cuerpo era toda la familia que tenía. Y *ver en cada órgano un hermano, en cada suspiro un yo muerto y en cada respiración un delicado renacer desde el aliento del Único. También sostenían, los ensenios, que debajo de ese color se ocultaba, aliterado pero íntegro, el laúd de vértebras o* nébel *capaz de transformar ruido en melodía y olvido en memoria.*

Éxtasis bajo la bóveda de sombra

Según fuera la época del año el Anciano de los Días solía llevar a su discípulo Lo Iadúa, el Rabí Desconocido, a caminar por distintos barrios de Jerusalén. En invierno prefería las colinas apartadas, los bordes mismos de la ciudad. Allí donde la piedra color té con leche sujeta con fuerza arbustos perfumados. En primavera viajaban al desierto de Judea, a ver el nacimiento de los lirios y oír la música melancólica de los beduinos. Pero era durante los calientes veranos cuando el maestro verdaderamente disfrutaba y hacía disfrutar a otros de su paseos por Rehavia, entre las calles que evocan los nombres de Ibn Ezra o Alharizi, poetas hebreos medievales, almas afines y lejanas, pero vivas aún en la sonora medida de sus versos.
—Observa esta bóveda de frescura vegetal —le dijo una mañana a Lo Iadúa—. Mayo es una fiesta de ramas y una eclosión de rosas para las corazones sedientos de belleza. Cada vez que camino por aquí me invade un sentimiento tal de gratitud que toco cada árbol, cada banco, cada mirto y cada piedra con devoción, como si hubiesen sido acabados de crear.
—Un espacio mínimo para un sentimiento máximo —dijo Lo Iadúa, el Desconocido.
—Diría, más bien —comentó el Anciano—, que este es un centro del mundo.
—Dices uno como si hubiera varios. ¿Tantos hay?
—Una docena, tal vez dos o incluso menos.
—<Y cómo los definirías, cómo explicarías lo que es un centro del mundo?
—A semejanza de lo que han hecho siempre nuestros sabios, con un juego de palabras que es, al mismo tiempo, una sutil oscilación del espíritu en la órbita de sus emociones.
—Te escucho, maestro —sonrió Lo Iadúa.
—Si en lugar de leer *mercaz* centro, lees *raz mimjá,* tu secreto, que se escribe con las mismas letras solo que en diferente posición, descubrirás que llegar a un centro del mundo es descubrir tu propio misterio, el pulso del éxtasis bajo tus venas de asombro. Nos pasamos la vida viajando, yendo, desconsolados e inquietos, de aquí para allá, y solo en raras ocasiones tenemos la sensación de haber llegado a alguna parte. Pero cuando somos donde estamos el Ser superpone su remolino de luz a su helicoide de sombras y nos parece que nos sostiene sin manos en el milagro de la perplejidad. Hasta que ocurre lo que debe ocurrir: entre tu esternón y tu ombligo el último de tus suspiros parece el primero de todos, pues respirar es un tesoro abierto por tus fosas nasales. Ciertamente, bajo esta bóveda de sombra —agregó, señalando los altos y frondosos pinos—, la voluntad abdica para que la percepción renazca, la intención desfallece para que lo espontáneo ascienda.

Después, y tras unos pocos segundos de silencio, acotó:
—Escucha: canta un bulbul. De su pico todavía gotea el agua de ayer.

Jerusalen, como La Meca o el Cuzco, es uno de esos centros del mundo junto a los cuales nuestra especie ha cifrado despertares e iluminaciones, transmutaciones psíquicas y alegrías sinfín El Anciano sostiene, por otra parte, que mercaz, *centro, puede desdoblarse en tu misterio,* raz mimjá, *o tu secreto, de donde quien llega a su centro se revela a si mismo su propio enigma. El lugar en el que se pertenece por entero y, por eso mismo, puede entregarse completamente*

El azufre y el almizcle

En el avión que lo llevaba de Addis Abeba a Israel en la Operación Moisés, Rabí Obed Geezi, de ojos velados por las cataratas, llevaba consigo un trozo de azufre y otro de almizcle en recuerdo de sus días de pobre falasha que compensaba las escasas ganancias que obtenía como orfebre con el tráfico de lo que entonces se llamaban piedras de olor, sustancias madres para fabricar remedios y esencias. El almizcle procedía de Karachi, pero antes había estado en manos de un mercader

musulmán de la región de Kandahar. El azufre, en cambio, había sido comprado en el mercado de Aden.
—¿Por qué llevas esas piedras manoseadas a Israel, padre? —le preguntó Abiaj Geezi, su hijo.
—Cuando era joven me perdí en el desierto, con agua escasa y un sol que partía cabezas. Iba, debía ir de Sana a Khaybar, pero se me murieron las muías, me robaron el cargamento y solo pude ocultar efitre mis ropas este pedazo de azufre y este vestigio de almizcle, huellas del infierno y del paraíso, entre los cuales siempre estamos. Creo que fueron ellas, estas piedras, las que me salvaron la vida.
—No me lo habías contado nunca, padre —dijo Abiaj Geezi, mirando con asombro el sinuoso borde del Mar Rojo. Era la primera vez en sus treinta años que viajaba en avión.
—«El universo se sostiene por sus secretos», dicen nuestros sabios —confesó Rabí Obed Geezi—. Y ahora que volvemos a casa después de tantos siglos —agregó—, ahora puedo serte franco: así como el Infierno tiene que ver con nuestro trasero, así depende el Paraíso de la boca. Por eso allí abajo suele oler a muerte y azufre y aquí arriba, entre los labios, escasa pero existente, la buena palabra nace perfumada para beneficio propio y ajeno.

Asombrado, Abiaj Geezi miró a su padre como si estuviese viendo a otra persona, trastornada por ese vuelo sobre el candente desierto de Arabia, la misma Arabia Feliz —aunque él no lo sabía— de la mirra y el incienso míticos, la *térra speciorum* de la Antigüedad.
—El Infierno es el sitio de los deshechos y el Paraíso el de los hechos —prosiguió, dilatando sus ojos velados, Rabí Obed Geezi—; como el ciervo almizclero del que procede esta piedra, al paraíso tendemos cuando todos nuestros mensajes son reclamos de amor, y del Infierno no nos alejaremos a menos que nuestros actos sean frutos comestibles, obras vivas y fragantes. Aguas sanas para la sed de muchas bocas.
—Pero entonces —suspiró con cierto desconsuelo el hijo—, siempre estaremos en medio, entre el Paraíso y el Infierno, pendiendo por arriba de la boca y dependiendo por debajo del trasero.
—Te equivocas —sonrió el padre—, como ahora, siempre estamos en vuelo, en movimiento, oscilando, y en eso consiste la gracia humana. En la correcta oscilación. Si bajas demasiado, la peste del azufre te llena de desprecio, y una y otra vez eres expulsado del cuerpo de la vida; pero si, en cambio, subes demasiado alto, el almizclado aroma de tu orgullo te pierde, la fragancia de tu vanidad te aturde y entonces te alejas de los que te necesitan. Oscila como tu propio corazón y no habrá lugar al que no llegues ni compasión que no sientas ni alegría que te esté vedada. Solo cuando se conocen los extremos se alcanza la sabiduría del centro.

En 1984, en la llamada Operación Moisés, 15.000 falashas, judíos de una Etiopía devorada por el hambre y la pobreza, viajaron secretamente a Israel en uno de los puentes aéreos más sorprendentes de la historia moderna, por cuanto los viajeros no se desplazaban solamente en el espacio, sino que también iban de la Edad Media al siglo xx en cuestión de horas. Oscilar se dice en hebreo hitno-ded; *cuya raíz más obvia esnoá, errar, vagar, pero como las letras restantes de la palabra oscilar forman, a su vez, la expresión* ha-dat, *la religión, es probable que el auténtico sentido de esta sea enseñarnos a fluctuar con armonía entre el Infierno de las expulsiones y el Paraíso de las integraciones.*

La raíz del pasado y la copa del futuro

—Contempla ese árbol —dijo el Rabí Efraim de Bagdad a su discípulo Yojanán, señalándole el naranjo que crecía en el patio de la casa de estudios—. Sus raíces se hunden en el pasado mientras las hojas de su copa preparan su futuro.

El momento tenía sabor a agua fresca, menta y limón. Estaban en el verano de las grandes lunas, en la estación de los dorados albaricoques y por encima de ellos los vencejos chillaban de gozo porque el aire abundaba en insectos diminutos.
—Lento, oscuro, también en nosotros el pasado se alimenta de humus y de muerte —prosiguió Efraim de Bagdad—. Se nutre de cadáveres y fermentaciones, pero también de fijezas y constancias, de donde aquel que no ama su pasado es como si despreciara a sus ancestros e ignorara el secreto de la tierra.
—¿Qué secreto, maestro? —quiso saber Yojanán.
Al comenzar el crepúsculo, e inadvertidamente para los hombres, las hojas del naranjo se inclinaron un poco más hacia el suelo.
—Es la tierra, maestra del polvo y custodio de la semilla, la que nos enseña que el reposo es dicha y el
apoyo continuidad. Su secreto consiste en que tiene una medida para todo —observó el anciano rabí—, mientras que el cielo, como nuestro futuro, no tiene fondo ni límites, vive de la fuga de su luz y del giro de sus estrellas. Por eso no somos libres del ayer, pero sí del mañana. Un mañana que está hecho de esas hojas verdes que ves, oscilando en las últimas horas de tarde. Quien crea que su futuro no tiene sentido no sabe nada de la verde alternancia que guía las ramas y desconoce el secreto del cielo.
—¿Qué secreto, maestro? —volvió a preguntar Yojanán.
—Es el cielo, que prepara el agua que todavía no es con el agua que ya ha sido, quien nos quiere junto a él por mediación del soplo que las dos aguas generan. Su secreto se llama infinito, pero su revelación cabe, toda entera, en el paladar de tu boca y en el brillo de tus pupilas.
—Ya veo que te gusta revelar enigmas, Rabí Efraim —dijo el discípulo.
—Lo que me gusta es hilar conjeturas con suspiros y tejer, después, admiraciones. Ese árbol, el naranjo, amigo como es del tiempo, ¿por qué no iba ser, también, nuestro?

En la palabra hebrea adama, *tierra, hallamos la raíz* midáh, *medida, así como en cielo,* shamaim, *encontramos a* maim, *un agua plural. Porque la tendenciatde la hoja es subir, se dice que el futuro es ascensional, y dado que la raíz persiste en afianzarse en la tierra se cree que respetar el pasado que bajo su superficie se oculta nos da, al mismo tiempo que persistencia, estabilidad.*

Luz para los pueblos

—En el pasaje de *Isaías 49:6* leemos —dijo el Rabí Alexis Suarés de Alejandría a sus discípulos mientras paseaban por el desierto, cerca del lago Mareotis— que seremos dados como luz para los pueblos, *leor goím*$_y$ tarea tan sublime como demoledora.
—Entiendo que sea sublime, maestro —comentó uno de sus alumnos—, pero demoledora, ¿por qué ha de ser demoledora?
—La luz siempre molestó a los que duermen —confesó el maestro—, por eso son los que ya están despiertos quienes agradecen claridad tras claridad. Observad que el pasaje dice pueblos sin especificar cuántos ni cuáles, y que la luz, al manifestarse, no hace más que delimitar, mostrar, enseñar, circunscribir y separar. De donde es o será demoledor tener que iluminar a quienes no desean salir de la confusión y la ambigüedad, a quienes prefieren ocultarse en la masa. Un rayo de más y a cambio de nuestra luz podemos recibir odio, rechazo y desprecio.
Era el segundo amanecer de la primavera y el desierto fosforecía por todas partes tras la lluvia, volaban cientos de pájaros y el maestro se disponía a mostrar a sus discípulos una copia de los textos de la Guenizá de El Cairo, viejos documentos sinagogales descubiertos décadas atrás y ahora en manos de algún museo occidental. Tres años antes del paseo que reunía mentor y alumnos se habían encontrado los textos gnósticos de Nag Hammadi en Jabal al-Tarif, una montaña en la que había más de ciento cincuenta cuevas, hallazgo por el que el mundo cristiano estaba tan excitado como revuelto.
—Entonces, ¿qué podemos hacer? —quiso saber otro de los caminantes—. ¿Debemos callar nuestros hallazgos, opacar nuestras iluminaciones, restringir nuestros destellos?
—Oh no —sonrió el maestro—, nada de eso. Debemos recordar, recordar y no olvidar en todo momento que estamos en el mundo para acentuar la libertad de sus matices, y que la luz que los revela, principio infinito en el hombre, hace que él, finito, la evoque cada vez que aspire a redescubrir su origen.

El maestro Alexis Suarés insinúa unaguematria o equivalencia numérica sutil por medio de la cual se descubre que iluminar o dar luz, leor *(237), es como recordar,* yzkor, *de donde —casi platónicamente— luz y memoria son idénticas. Por otra parte, y si se evoca el factor simbólico de cada una de las tres letras que componen la palabra or, luz, se ve, en efecto, que la* álef *alude al infinito en el hombre encarnado en la letra* vav, *la cual está contenida, en su manifestación, por eh principio establecido por la letra* reish.

El maestro y la esencia

Cada vez que el Rabí Yoab Zofar del Yemen era llamado maestro por alguno de sus alumnos, solía responder:
—Maestros somos todos, el zapatero y el herrero, el pájaro que canta y la modista que cose; el lagarto que abre su cueva entre dos rocas y el rayo de luz que divide las nubes. Lo difícil es ser discípulo, lo arduo es ser un estudiante hasta el último día de nuestras vidas.
—Entonces, a tu juicio —le preguntaban—, ¿qué diferencia hay entre un maestro y un discípulo? O, mejor dicho, ¿por qué es más fácil enseñar que aprender, cuando en realidad ambas acciones son inseparables y la lógica nos dice que primero estudiamos y luego transmitimos lo aprendido?
—Ser sabio es esencial —respondía entonces Rabí Yoab Zofar—, forma parte de la misma naturaleza, ya que *rabí,* maestro, y *borí,* esencia, tienen las mismas letras. Nacemos sabiendo, pero a medida que envejecemos olvidamos, perdemos

curiosidad y ganamos soberbia, merma nuestra ingenuidad y aumenta, tristemente, nuestro orgullo. En cambio, ¿cuántos de nos otros se dedican, con alegría y devoción, a aprender a
emplear lo que ya saben?, ¿cuántos reclaman los tesoros que son suyos y cuántos están dispuestos a estudiar de por vida, conservando el candor de los niños así como su intrepidez aventurera? Me parece que la trampa en la que caen los maestros radica en el pensamiento sentado, en la vanidad de creer que existe un punto de apoyo fijo, mientras que los discípulos se salvan de eso porque el vaivén de sus pies y la sed de sus bocas los llevan de aquí para allá entre las fuentes del mundo.
—Pero si tú mismo —reían sus jóvenes alumnos— estás sentado mientras hablas.
—Es cierto —devolvía la risa el maestro, poniéndose de pie y revelando su destartalado asiento—, pero mi silla no tiene fondo, de modo que pongo mi trasero en el vacío para que mi cabeza se habitúe a eso mismo en el cielo.

Efectivamente las palabra hebreas rabí, *maestro, y* borí, *esencial, natural, evidente, emplean las mismas letras en su escritura, en tanto que discípulo, o* talmid, *se compone de las palabras* yeled, *niño, y* tamid, *que quiere decir siempre. Por otra parte,* cátedra, *que en griego significa silla, se opone en cierto modo al saber filosófico de los* peripatéticos, *que son quienes aprenden caminando.*

La espiralada música del olivo

Cada noche, durante los meses de verano, Rabí Adam Tibon de Yattir, nacido y criado en la alta Galilea, iba a pasear por el olivar de sus abuelos para dedicarse a lo que los kabalistas denominaban *tikún jatzot* o reparación de la medianoche. Sentado sobre un grueso cojín que situaba entre las rocas, Rabí Adam miraba primero las estrellas y luego los añosos troncos. El perfil del Monte Meron y el quebrado horizonte. De niño había oído decir a un zapatero árabe de Nazaret que los olivos emitían una extraña y sutil música, una música espiralada.
—Entiendo que se retuerzan siguiendo la pauta de una cuerda —se decía a sí mismo en voz alta, rascándose la barba—, pues de ese modo explican sus lazos con el sol y el cielo, pero lo de la música...
Intrigado, inquieto, una y otra vez apoyaba sus oídos contra las rugosas cortezas y se abrazaba a los árboles temiendo perderse aquella misteriosa melodía, pero al no oír nada, ni siquiera un cuarto de tono discernible como música, se sentía frustrado. Llegando, incluso, a dudar de lo que Mafud, el zapatero, le había contado. Pero después de varios años entregado a esa práctica con las pupilas bien abiertas las noches sin luna, envuelto por la oscuridad como un feto por su placenta, tuvo ocasión de presenciar una lluvia de estrellas que él, en su candor, interpretó como caída de las puertas abiertas del cielo, puertas que tal vez habían girado sobre sus goznes de luz por obra y gracia de su meditación. La soledad tiene esas cosas: parece que todo lo que en su entorno ocurre es responsabilidad nuestra.

Al principio fue un susurro de hojas, un frotar lanceolado, un simétrico vaivén. Luego, crujidos que se transformaban en suspirar de ramas y enseguida el canto solitario de un grillo, en cuya metálica estridencia vibraban las articulaciones del mundo. Tras esa experiencia, Rabí Adam Tibon de Yattir vio sin ver, sintiéndose más allá de la rueca de las adivinanzas y los enigmas de la piedra; más allá de la forzosa ceguera a que lo obligaba la noche; más allá, incluso, de la apariencia botánica del tiempo que alzaba desde hacía siglos esos olivos. Percibió la pauta de su fuego interior, el dibujo de las llamas del sol que dormían y soñaban y se despertaban, más tarde, en la leña quemada. Y oyó el fuego que ascendía en espirales, descargaba sus anillos, estiraba sus lenguas, degustando una savia con sabor a lluvias y acelerando en el aire partículas de amor. Rabí Adam vio todo eso y después escuchó cómo, clara, exacta, la música espiralada de los olivos

circunscribía la sombra con palpitaciones de madera viva y acariciaba la tierra con raíces de constancia.
—Ahora comprendo —se dijo a sí mismo, poniéndose en pie con una sonrisa mojada por lágrimas de gozo—, ahora entiendo: no pude oírla hasta que mi silencio no fue lo suficientemente hondo como para la
caída en el vacío del asombro coincidiese con la succión en la plenitud de las estrellas. Se puede ver el fuego y no oírlo, pero también se pueden escuchar las llamas no encendidas. La imaginación es un tesoro gradual que la realidad revela sin método ni sistema.

En el nombre hebreo del grillo, tzartzar, *se incluyen las raíces* tzar, *dar forma, y* ratz, *correr. Tal vez, y simplemente, la música secreta de los olivos que Rabí Adam creyó oír, iniciada por ese insecto, fuera la forma sonora del movimiento estelar reflejada en esos árboles. Por otra parte, y por su valor guemátrico, grillo o* tzartzar *(580) equivale a* saraf *(580), ¡ni más ni menos que serafín, el ángel del fuego I*

En cada rollo de la Ley

—En cada uno de los rollos de la Ley —dijo una vez el Rabí Nahum de Odesa a sus discípulos— hay guardadas cientos de olas del Espíritu. Olas que, si nos sumergimos en ellas, deshacen su espuma de luz a la altura de nuestros lóbulos frontales refrescando nuestro ánimo y salando la insipidez de nuestras vidas.
Los alumnos lo miraron con atención, sin parpadear. El maestro se había quedado ciego en un incendio, tras caerle una viga en llamas sobre la cabeza. Mantenía los ojos azules bien abiertos, pero su mirada parecía posada en el más allá, flotando sobre la curva de los mares. No veía nada, pero percibía todo; no distinguía los colores ni las formas, pero adivinaba si en el corazón de quien le interrogaba había amor, desidia o interés.
—La ola es al mar lo que el hombre es a Dios. La manera que el agua profunda tiene de renovar su oxígeno al contacto con el aire de las costas; el modo en el que el Creador ve realizados sus proyectos sobre el horizonte terrestre —prosiguió el rabí, moviendo levemente de derecha a izquierda su bastón de madera de roble—. La ola se alza, busca una transparencia que no siempre alcanza y por fin se desploma exangüe sobre el mar, agua en el agua disuelta. Así también el hombre se levanta, aspira a moverse en zonas cada vez más claras hasta que, curvado sobre sus años, devuelve su imagen al Creador del que es semejanza.

El silencio de la casa de estudios, a esa hora de la tarde, se vio perforado por una sirena de barco procedente del puerto.
—Hermoso paralelo —dijo uno de los estudiantes.
—Triste, si cabe —dijo otro.
—Irrevocable —exclamó un tercero.
—La Torá —sonrió por fin Nahum de Odesa— es la mejor tabla para el peor de los naufragios. Tanto, que encierra entre sus rollos todas esas olas que, fuera, amenazaban nuestra existencia y salpicaban de miedo nuestro destino. La Torá, si creéis en sus corrientes y navegáis sus pasajes, os llevará de las islas desiertas a los continentes y de estos a su contenido. Cada día y siempre.

La voz hebrea meguiláh *o rollo de la Ley, guarda entre sus sílabas una* gal, *o única ola capaz de elevarnos sobre el horizonte de la comprensión; pero como las lecturas bíblicas posibles son múltiples y polisémicas se puede hablar, en rigor de verdad, de olas o* galim. *También para la tradición hindú, el ser humano es una ola del océano cósmico, una breve y fugaz manifestación de su danzante totalidad. El término sánscrito* rita *señala el orden cósmico, la disposición y la providencia, pero también el agua y el sacrificio.*

El corazón de la soledad

Una de las hijas del Rabí Lo Iadúa, el Desconocido, le recriminó en una oportunidad a su padre que disfrutara tanto de su soledad, siendo, como en realidad era, bastante más sociable de lo que quería aparentar.
—Pareciera como si —acotó la muchacha— tu felicidad nunca fuera un hecho colectivo, compartible con otros.
—Eso no es cierto —respondió el maestro—, pues todo es compartible y todo es colectivo, incluso esa felicidad que te parece excesivamente solitaria. Nuestro profeta Isaías dejó dicho que el Creador cambiará nuestra humana soledad por su huerto, lo que indica que a menos que estemos cerca de esa callada existencia, de esa experiencia singular que supone el silencio de los otros y también el nuestro, no veremos el verdor del Paraíso ni oiremos el canto gozoso de sus pájaros.
—¿Por qué respondes con la frase de otro a una situación que es solo tuya? —insistió la hija.
—Porque el solitario corazón del silencio es de todos, en tanto que la diversa oscilación de las palabras y los idiomas pertenece a cada quien. Isaías habló para ti y para mí, para cualquiera que quisiese oírlo, en este siglo o en el próximo.
—Tal vez haya querido decir —insistió la muchacha— que seremos consolados en nuestra soledad por la visión de la máxima belleza, el Paraíso, pero no que una es permutable por la otra. La soledad no es, me parece, el equivalente exacto de ese jardín tan milagroso como imaginario.
—Interpretar es escoger —sonrió el Desconocido—. Recuerda que los versículos de las Escrituras no tienen puntos ni comas y que nos detenemos no donde se nos indica sino allí donde nosotros mismos ya no podemos seguir. Del mismo modo, y si atraviesas tu soledad sin temor, si disfrutas de ella y recibes su mensaje, un sendero de latidos te revelará su entrada en el cielo haciéndote partícipe de la danza de sus rotaciones. El día en que comprendes el corazón de la soledad el mundo entero te parece cordial.

En Isaías 51:3 *leemos: «Ciertamente consolará el Creador a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en Paraíso, y su soledad en huerto de Jehová». Pero como el texto original no tiene puntuación, podemos, en efecto, creer que el trueque es soledad por Paraíso o que, más aún, solo cultivando la soledad se perciben sus delicias. «El tesoro se presenta en forma de búsqueda —dijo el Pseudo Macario—, hasta que el universo entero se revela en forma de hallado.»*

Sangre e imagen

Rabí Schmuel Handás de Bujara solía llevar a sus discípulos a las afueras de Samarcanda para mostrarles las ruinas de un observatorio astronómico del que su padre había sido, durante décadas, custodio.
—Mi padre aprendió, por el puro placer de la alabanza, cientos de nombres de estrellas —dijo Rabí Schmuel Handás a sus discípulos en uno de esos viajes— y solía cantármelos en las noches de verano, cuando nos sentábamos en la terraza de nuestro hogar cara al cielo oscuro y perfumado. Así:

Sirrah, Mirach y Alamak,
Algol, Deneb y Schedir.
Poros de luz en el oscuro cuerpo de Dios,
mundos por Él cantados,
esferas por Él contadas.

—Luego, invariablemente, apoyaba su pesada mano en mi hombro de niño —continuó el rabí— y, citando el versículo del *Génesis 9:6* que dice: «El hombre que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre», disciplinaba mi ánimo en la serenidad y la paz, alejándome con sus palabras de toda reyerta y de toda opción violenta.
—No veo la conexión entre las estrellas y la sangre, maestro —le interrogó una vez Amir de Fiergana, su discípulo más antiguo.
—Todo lo que arde y vibra en las constelaciones está en tus arterias, navega por tus venas, fluye por tu interior —respondió el maestro—. Mi padre sostenía que en cada nombre, en cada uno de sus sonidos las estrellas proclamaban la gloria de su Creador, y luego, tomándome el pulso y volviéndome consciente de él, me enseñaba a recitarlos para que no me olvidara nunca del lento pero persistente goteo de la sabiduría. «En la noche de tu sangre —decía— los glóbulos son estrellas, cometas los hematíes y planetas los átomos de hierro. En la noche de tu sangre El es siempre El Que Amanece por Sí Mismo.»
—¿Pronunciaba esos nombres sin saber qué significaban? —preguntó otro de los discípulos.
—En efecto —dijo Rabí Schmuel Handás—, y tampoco yo sé lo que quieren decir, pero ¡me hace tan feliz el evocarlos!

Imagen y sangre, tzelem *y* dam, *y si se dejan de lado las dos letras* mem *que tienen en común, al juntarse dan la palabra* le-tzad, *que significa a favor de, de parte de. El sabio, dicen los kabalistas, toma, ante los hombres, el partido del Creador, y ante el Creador el partido de los hombres.*

El panadero y los ángeles

Un panadero de Cochin, perteneciente a la comunidad judía de los Bene Israel, a quien sus conocidos llamaban el panadero de los ángeles, solía confeccionar con la masa que cada día le sobraba una réplica de sí mismo que dejaba por la noche en la terraza de su casa para que el sereno la humedeciese y el rocío le trajera bendiciones lejanas. Al parecer, Simha Hineni, que así se llamaba el panadero, y mientras amasaba su doble, le incluía mejoras físicas a la vez que ideas para perfeccionar su propia vida interior.
Al terminar, dibujándole con delicadeza el ombligo, Simha Hineni le decía:
—Llévate lo malo de mi y tráeme lo bueno de El, deshace mis defectos y atráeme toda clase de bienes.
Pero pocas veces Simha Hineni volvía a ver, en la terraza, su figura íntegra, porque los famélicos pájaros que en la India llaman charlatanes estriados, al rayar el alba, bajaban hasta ella y devoraban con un bullicio color canela el cuerpo hecho de masa del panadero angélico.
—Hoy han empezado por tus ojos —le decía su vecino Amos Nisim en tono de burla, espiándolo desde la casa contigua a la suya—. Tal vez mañana comiencen por tus partes más secretas y al levantarte no tengas con qué orinar.
—Cállate —respondía invariablemente el panadero—. Un día vendrán los ángeles, y alimentándose de mi figura de masa, me alegrarán el alma en las zonas más tristes, reemplazando nostalgias por dichas, vanidades por virtudes.

En una ocasión, con el fin de gastarle una broma, dos chicos mancharon de sangre de pollo la terraza del panadero, y cuando este fue a recoger los restos de su imagen de masa de la noche anterior se sintió herido sin saber dónde ni por quién. Temblando de miedo, interpretó esas huellas como un reclamo, y así fue como aquella noche se tendió él mismo, cuan largo era, en su terraza. Quedándose dormido hasta la hora en la que los pájaros vinieron a por su ración cotidiana y, al verlo, se asombraron tanto que aumentaron el caudal de sus trinos con quejas y chillidos.

—Aquí estoy —les dijo a los charlatanes estriados—. Si queréis algo más de mí, pedídmelo a la cara.

Un pájaro atrevido se posó en su hombro derecho y le confesó lo siguiente:

—Has esperado tanto tiempo a los ángeles que te has olvidado de los hombres. Es hora de que, en lugar de reproducirte a ti mismo repartas la masa que te sobra entre quienes no tienen ni para harina. No es de la imagen de uno mismo de donde proceden las mejoras, sino de aquella que formamos, con nuestros pensamientos y nuestros actos, en los ojos de los demás. Tu prójimo te concede la medida de perfección que te corresponde cuando tú, a su servicio, has olvidado la tuya.

Simha Hineni nunca supo de quién fue aquella sangre, ni con quién había hablado, pero no le hizo falta recapacitar demasiado sobre qué era lo que había oído del pico del charlatán estriado.

El charlatán estriado (Turdoides striatus) *es muy conocido por su costumbre de mantenerse en grupos de seis a ocho individuos, y por ello ha recibido el nombre de siete hermanas o bien, y en ciertas zonas de la India, el de siete* devas, *o ángeles, que recorren la tierra para limpiarla de sus malos espíritus. Estos pájaros, que son gregarios incluso en época de cría, mientras comen insectos o restos dejados por los seres humanos mantienen una continua comunicación susurrante entre ellos.*

La dulzura de la sabiduría

Guil ibn Hardón y su maestro Menahem ben Saruq estaban sentados junto a una fuente de la que emergían media docena de verdes papiros. Una única ninfácea asomaba el rubor del verano por encima del agua.

—Además —insistió el maestro—, y si tienes la suerte, como nuestro Sansón, de extraer la miel de un león muerto, si tienes la fortuna de transformar ferocidad en delicadeza, bestialidad en nobleza, la sabiduría no solo será dulce a tu boca, sino también un remedio para los males de los demás.

La mirada de Guil ibn Hardón se posó en uno de los papiros. Sus pupilas no daban crédito a lo que veían: la luz se bifurcaba allí en dos haces bien diferenciados y viajaba hacia el agua de la fuente; dos haces por los que volaban en línea recta tres zumbantes abejas. Creyendo que se trataba de un truco de su maestro Menahem, de una mera ilusión, Guil se restregó los ojos.

—Lo obvio —comentó, ben Saruq al ver ese gesto—, lo obvio es la colmena de lo maravilloso. Ábrelo sin temor y come de la dulzura de cada revelación como si hubiese sido enviada a ti desde el fondo más azul y remoto del cielo.

En la cultura hebrea es común citar la relación entre davar *y* dvash, *palabra y miel, conceptos que solo se diferencian por las letras* shin *y* reish, *las cuales, juntas, forman el vocablo canto o poesía,* shar. *Por otra parte, también existe un nexo semántico entre la abeja,* debo-rah., y *la* davar, *o palabra.*

Cuando el aliento percibe el infinito, la admiración abre la boca

Rabí Ovadia ben Adar de Izmir solía decir, mientras ponía los albaricoques de su pequeño huerto a secar bajo el candente sol de julio:
—Hay más dulzura en lo que se achica pero, aun así permanece, que en el fruto que solo responde al agua del momento y al hambre de una hora. Así también es la edad del hombre a quien el sol deshidrata, pero el amor concentra cediéndole más sabor con cada nueva arruga, una suavidad ejemplar por cada sonrisa que él sea capaz de esbozar ante el abismo de la muerte.

Dorados como la miel, los orejones eran dispuestos por la gastada mano del anciano rabí en los bordes ruinosos de su terraza, y allí se quedaban hasta que el azúcar acumulado en ellos alcanzaba el grado óptimo y llegaba el momento de su venta. Los frutos que el viento arrojaba al suelo eran para las gallinas o los mendigos, pero los que se conservaban limpios, tiernos y firmes ante los furores de la luz, contribuían a su magro sustento.

La pobreza era para él un privilegio, la viudez su máximo dolor y la relativa lejanía de sus hijos un alivio.

Ovadia tenía una cabra, una mula y dieciocho árboles frutales con los que solía conversar. La casa de estudios a la que asistía no era más rica ni confortable que su propia vivienda, pero sí lo bastante blanca y espaciosa como para que en su patio interior cupieran los grandes tiestos de albahaca y las sillas de sus amigos Rabí Ishmael Dubán y Rabí Yosef Nissim.
—Cuando, entre las palabras y los actos, nuestro aliento percibe el infinito —les confesó cierta vez a sus amigos Rabí Ovadia ben Adar de Izmir—, la admiración abre la boca.
—Supongo que percibir es constatar —dijo Rabí Ishmael.
—Y que constatar es sentir —agregó Rabí Yosef Nissim—. Pero, y si no te explicas un poco mejor, me temo que no podremos resolver el enigma que formulas.
Rabí Ovadia tomó entonces la rama de su albaricoquero más viejo que con habilidad había convertido en báculo y escribió en el suelo dos palabras hebreas que significaban, respectivamente, *tú* y *ahora.*
—Observad cómo danzan las letras —comentó, señalando lo escrito sobre el piso cubierto de finísima arena—; mirad cómo suben y bajan sus significados. Donde estaba el aliento ahora está el infinito, y donde estaba el infinito ahora está el aliento. Solicitad de vuestros párpados un guiño y la comprensión os llegará por sí misma. En el momento en que eso ocurra, en el instante en que vuestra mente abra sus transparentes alas de mariposa, vuestros pensamientos no estarán en ninguna parte y vuestra cabeza en todas.

Las palabras escritas por el maestro son las homófonas ata *y* atáh, *el verbo venir, llegar ahora y el pronombre tú. Portadora, la primera de ellas, de la* álef *final, que señala el infinito, y dueña, la segunda, de la letra* hei, *final, que marca el aliento y la respiración, comparten sin embargo el principio y fin del alfabeto. Cuando el soplo reconoce su procedencia celeste, efectivamente el aliento que nos anima se torna admirable.*

El relámpago del Paraíso

—Tengo para mí —musitó en voz baja Rabí Isaac de Estambul a su nieto Yosef David—, tengo para mí que dejamos el Paraíso tras una tormenta y volveremos a él en menos de lo que dura un relámpago.
Bebían un dorado té de manzana a orillas del Bosforo y, como todos los sábados

por la tarde, paseaban juntos charlando de esto y aquello mientras veían el ajetreo de las barcas de pesca y oían la lejana, sinuosa y magnética voz de los almuédanos cantando sus plegarias.
—¿Por qué una tormenta, abuelo? —preguntó Yosef David.
—Todo debió oscurecerse de pronto. El cielo debió de oprimir a la tierra —prosiguió, entrecerrando los ojos, Rabí Isaac— con truenos cruzados y vientos rotos. Después, cuando el horizonte estuvo tan cerca que su línea coincidió con el perfil de los labios de nuestros antepasados, Eva y Adán descubrieron que la lluvia había dejado húmedas y tristes lágrimas sobre las hojas y que ellos tenían, por delante, una ancha tierra que labrar, una realidad extensa que asumir y sus propias manos para hacerlo.
—Te he preguntado por qué una tormenta —volvió a repetir el nieto, recordando que el viejo estaba casi sordo.
—Porque las tormentas permutan secretos por revelaciones y, en cierto modo, salir del Paraíso fue una revelación que consistió en crecer siglos en segundos, milenios en instantes. Dentro lo teníamos todo pero no nos dábamos cuenta de nada; fuera no teníamos nada pero nos dábamos cuenta de todo.
—También has dicho que volveremos al Paraíso en menos de lo que dura un relámpago, ¿es verdad eso?
—Así es —dijo el viejo rabino, acariciando la cabeza de su nieto—. Así es. De hecho, la tierra entera es un Paraíso, pero tendremos que alejarnos mucho de ella para que la nostalgia de sus maravillas nos lo revele. Hasta que, un día determinado, uno diferente para cada uno de nosotros, la conmoción de un relámpago nos permita serlo todo sin tener nada y girando nuestros pasos en la dirección correcta, como tú y yo ahora, podamos decir: qué hermoso es el mar y qué redondo el sol que anida en sus aguas.
—¿Es eso el Paraíso? ¿Un destello de belleza que se apaga?
—Di mejor una ilusión que se enciende —dijo el viejo rabino— más allá de nuestros ojos, allí donde el mundo, de tan caído, se levanta.

El valor numérico de Paraíso, o Edén *(124), equivale, en efecto, al de* bezikáh *(124), relámpago, centelleo, de donde la intuición de anciano Rabí Isaac de Estambul tiene asidero. También para el budismo chino existe una relación entre el relámpago y la iluminación, el acceso a la mente no dual o paradisiaca. Se dice que un erudito de la dinastía Sung (siglos x al XIII), llamado para más datos Chao-pien, y mientras estaba en su estudio sellando unos documentos oficiales, al oír el poderoso retumbar de un trueno sintió que su mente se abría como una flor más blanca que la luz y entonces, para celebrarlo, anotó:*

"Vacío de pensamiento, me senté en silencio frente a mi escritorio, cara a un cielo oscuro, y con la mente imperturbada, tan serena como el agua. De pronto, el estallido de un trueno abrió por completo mis sentidos y allí estaba sentado el anciano en toda su sencillez."

Asimismo leemos en el clásico kabalístico Séfer yetzirá *que: «Los números (las cifras del mundo) corresponden a los diez infinitos; cuando se los percibe, se parecen al relámpago y en definitiva se dirigen a lo que no tiene principio ni fin. Se ha dicho de ellos que se elevan y bajan a la orden del Creador, que se precipitan como un huracán y se prosternan ante su trono» (capítulo II, primer párrafo). También en* el Kena upanishad *de los hindúes se dice que: «Esta es la enseñanza en lo que a Brahma concierne; es comparable a un relámpago o a un parpadeo» (4-4).*

La fuerza del que escucha

Durante cuarenta años Abu Moses vendió toallas en el desierto. En compañía de su camello Montañita recorría oasis y caseríos para seducir y convencer a los nómades de las ventajas de la higiene. Lo conocían por Al Yehud, el Judío. Y también por Al Huruf, el Letrado, en alusión a su manía de escribir en la arena siempre la misma palabra hebrea: *shemá,* oye, escucha. Abu Moses tenía los ojos rayados por las tormentas y ventiscas y unos lóbulos tan largos y flotantes que se

lo hubiese tomado por un meditador budista de no ser por su inequívoco y aguileño perfil judío. Sus manos eran tan oscuras como atezado su rostro. De estatura media y piernas poderosas, Abu Moses adoraba en la oscuridad del café la belleza de la noche y en la transparencia del té el adiós de los crepúsculos. Sabía unas pocas oraciones de memoria que no cesaba de repetir al ingerir sus magros bocados, empleando para ello una voz rápida y aguda. Al cabo de esos cuarenta años de trashumancia había registrado en su memoria tantos sonidos, susurros y goteos, que los habitantes del desierto se fiaban de sus pronósticos y sugerencias para desplazar sus rebaños o desviar sus caravanas. Cuando aparecía sobre una loma con su sombrilla de color azafrán, alegraba la vista de cualquiera, porque Abu Moses, el de ojos rayados por las tormentas, traía envuelto entre sus toallas el acariciante silencio de la paz.

De vez en cuando, sus clientes le preguntaban:

—¿Por qué escribes siempre la misma palabra, Abu Moses?

—Para no abismarme en mis propios pensamientos —respondía el vendedor de toallas—. Las soledades que atravieso están tan llenas de canciones de brisa y quejidos de viento, de reclamos de águilas y puntuaciones de insectos, que he llegado a oír, en la quietud del amanecer y en el amoroso frotarse de las lagartijas, las verdes promesas de la primavera. En una ocasión he oído el nacimiento del oro en las vetas de las rocas, y en otra el caminar de la lluvia entre las dunas. Una mañana, hace de esto mucho tiempo, oí la abertura cristalina de arena bajo los cascos de cien caballos y ese mismo día la potencia del Único en el retumbar del trueno. Puedo, si me lo propongo, pero no hay palabras para hablar de ello, diferenciar más de diez tonos en un mismo sonido y hasta diez sonidos diferentes en un mismo trino. Porque oír, lo que se dice oír bien es, creedme, un arte extraño, en el que al principio esperas hallar en cada cosa el eco de tu propio nombre y al final descubres que en el desierto nadie dice el suyo.

—¿Cómo es eso? —inquirían los interlocutores de Abu Moses.

—Muy sencillo: tan transparente es el cielo del desierto y tan hondo su vacío que bajo su cúpula el yo desaparece en cada una de tus respiraciones. Estás tan atento esperando que algo rompa la aparente monotonía de tu marcha, que la menor variación de color en el paisaje o el más mínimo rumor de una acacia que cruza sus ramas insinúan cien respuestas antes de que hayas formulado tú la primera pregunta.

—¿Y qué dicen esas respuestas?

—Oh, dicen casi siempre lo mismo: «Escucha, oh Israel, nuestro Dios es Uno».

—¿Eso es todo?

—No, claro que no. También dicen: «Deja que tu ojo siga a tu oído, no vaya a ser que tu pupila confunda a tu oreja y aparezcas donde no debas para hallar lo que no te corresponde».

La invocación del Deuteronomio 6:4: *«Escucha, oh Israel, el Eterno, nuestro Dios, es Uno», tiene tantos niveles de interpretación como sonidos diversos sus palabras. En principio, el* shemá *o escucha, puede leerse como* shem., *nombre, y* ain, *el ojo, de ahí la recomendación de que la vista debe suceder al oído y no al revés. Por otra parte, y debido a su valor numérico,* shemá *o escucha, equivale a* kadosh, *lo santo, lo sagrado. Todo es, al mismo tiempo que Uno, santo y sagrado. Digno de admiración y respeto. Aliterando* shemá *podemos obtener la voz* emas, *cargar, estibar, de donde y para que nuestro fardo sea menos pesado debemos «oír» lo que transporta, mirarlo, por así decir, al revés. En cuanto al Uno divino,* ejad, *algunos maestros lo interpretan, a nivel humano, como Aquel que es* aj, *hermano, pariente,* jad, *sutil, delicado, filoso y fino de todo lo que existe. Bien mirado, entonces, especies y especias son sutilmente fraternas bajo el cielo azul del Padre.*

Ver la luz, ser la luz

—Una cosa es ver la luz —dijo Rabí Guedalia de Kabul, el comprador de lana—, y

otra muy distinta es serla.

Los niños que lo escuchaban tenían ojos negros y grandes como aceitunas. Si era difícil enseñarles a cantar los salmos, más lo era hacer que escucharan su contenido con atención. Sobre todo en verano, cuando el sol depositaba racimos de espléndidas uvas en los puestos del mercado y el tintineo de bronce del vendedor de zumo de tamarindo abría las sedientas bocas infantiles.

—La Torá dice en el *Salmo 36:10:* «En Tu luz veremos la luz». ¿Alguien quiere explicarme cuál es el significado profundo de esa frase? —prosiguió el maestro Guedalia.

Las risas se apagaron, los codos reclamaron atención, las pestañas se inmovilizaron.

Más allá de la sala de estudios —que olía a lana y a pistacho, a nueces y a brea— se oían voces y reclamos. El sitio en el que se encontraban, un pobre barrio de Kabul, era una isla de sentido, el refugio de los sueños ancestrales, el cuarto para invocar a los espíritus y jugar con la rectitud o sinuosidad de las letras.

—Primero debemos ver al Creador fuera de nosotros —dijo un niño de tímido aspecto a quienes los demás llamaban Zéjer por su envidiable memoria, un niño que con el tiempo llegaría ser el afamado Rabí Uriel de Kabul—; luego comprender que lo vemos a través de nuestros ojos y por fin constatar que estos van de dentro a fuera.

—¿Indicaría eso que la luz mora tanto en el interior como en el exterior de nuestra cabeza?

—Así es, maestro —respondió un adolescente de elevada estatura y cabellos rizados.

—Entonces, queridos míos, volviendo a mi primera reflexión, ¿qué será ser la luz?

—Tener tanta alegría bajo la piel, tanto sol en las manos, tanto regocijo en el corazón —dijo sin saber qué decía el futuro Rabí Uriel de Kabul, poseído por un súbito entusiasmo—, tantas chispas en la risa, tantos destellos en la frente y tanta sorpresa en el alma que, de estar en un cuarto oscuro, seríamos un candil para los demás, su lámpara humana, la llama que consuela sus sombras.

Unos alabaron su memoria, otros palmearon su espalda. El maestro, sorprendido, preguntó:

—¿Quién te ha enseñado todo eso, Uriel?

—Las palabras son un río y me arrastran —contestó aquel que llamaban Zéjer—. Y cuando ese río de palabras llega al mar que es la Torá, abro la boca como si no fuera mía para que hable el tiempo, es decir, las generaciones que nos precedieron. Mi vida es otras vidas como mis labios otros labios.

—Eso es ser la luz —señaló el maestro—, eso es ser igual a la luz más allá de lo que la misma luz diferencia.

El citado salmo consigna «En Tu luz veremos la luz», be-orjá niré or, *insinuando que entre la luz divina y el acto humano de verla se desplieguen, separadas por un espacio mínimo, las dos letras de la palabra sí,* ken, v *también* kan, *aquí, aquí mismo, de donde únicamente una actitud positiva, abierta y sincrónica nos permite ver lo grande o cósmico en lo pequeño o humano. Ver la luz es un hecho obvio; ser la luz, una oculta certidumbre.*

El castigo y las manos

Una tarde, en Jerusalén, Lo Iadúa el rabí Desconocido oyó de su maestro, a quien todos llamaban el Anciano de los Días por su incomparable cabellera blanca, que la mano izquierda encarna el castigo y la derecha la misericordia. A través del gran ventanal de la casa de estudio se veía caer, irregular, la suave nieve del invierno. El anciano maestro se había peleado con su esposa y mostraba un rostro afligido. Los años de diferencia que se llevaban los cónyuges no perdonaban al tiempo sus desplantes y a los biorritmos sus distintos horarios.

—Si es así —comentó uno de los discípulos, el talmudista Ariel—, deberías decirle que se apiade con la derecha, habida cuenta que te juzgó duramente con la izquierda.
—Ah —suspiró el Anciano—, ¿acaso no sabéis lo que dijo Shamsh, el maestro de Rumi el Persa, a propósito de las esposas de los filósofos?

Se cerraron los libros, oscureció la tarde, hirvió el agua para el té.

—Si uno de los miembros de la pareja es más estudioso que el otro, y por tanto —prosiguió el Anciano
de los Días—, más lento para la ira y más cauto para el juicio, *el otro lo puede* y no hay discusión que no le gane. Si ella tiene razón, no hay nada que hacer, y si no la tiene, tampoco puedo hacer nada porque su temperamento la ha llevado ya a otra parte, de modo que ¡cómo podrá pagarme una deuda que no recordará haber contraído!
El anciano subió las escaleras de la casa en la que vivía, esperó a que el maestro se fuera a pasear al perro y sorprendió a la mujer en la cocina. Considerando que sus visitas eran frecuentes, ella no se alarmó. Lo hizo pasar y le comentó que el Anciano volvería en un momento. El Desconocido se sentó junto a la biblioteca y comenzó a recitar:

Si pegas cotí una mano,
dispon la otra para acariciar en seguida,
pues cuanto más separado
esté el castigo de la absolución,
menos eficaz será el correctivo,
y menos dulce sabrá el perdón
a quienes deban gustarlo.

Esa misma noche, antes de dormir, la esposa del Anciano recordó las palabras del discípulo más querido del maestro y le acarició, mientras el viejo dormía, la cabeza con una paciencia nueva. Pensando que, por difícil que fuera, la convivencia era y seguiría siendo el más grande de los milagros posibles.

La bendición de los alimentos

Rabí Levi de Alejandría le preguntó a Rabí Razi de Elefantina por qué razón había que bendecir los alimentos, y Razi respondió:
—La gratitud atempera el sacrificio, así como la conciencia de lo que comes profundiza el sabor de lo ingerido.

En aquellos años del siglo II de nuestra era, en Egipto, bajo el dominio griego, la comida no abundaba pero era sabrosa, tanto o más que el tiempo pasado junto al río viendo retozar los ánades y volar a dúo a las libélulas. Los dos amigos habían escogido la sombra de un sicómoro para sentarse y dialogar. Algunas embarcaciones, de velas rojas o violeta, transportaban cantos de marineros, animales y fardos de hierba.
—Mi maestro —acotó Razi—, Rabí Eliahu de Jope—, decía que cada alimento requeriría una bendición hecha a su medida.
—¿Por ejemplo? —interrogó Levi de Alejandría.
—Las uvas no tienen bastante con «los frutos de la vid» —comentó Razi—. Deberíamos decirles también: «Damos gracias por cada una de las gotas de lluvia que no dejaste caer, que encerraste bajo la transparencia verde de tu piel y endulzaste para placer de nuestra boca y alegría de los pájaros».
—Te entiendo —dijo Levi—. Según ese criterio, cuando se trata de la granada, deberíamos decir: «Gracias por el reflejo del crepúsculo en tus granos, por la rosada luz que albergas, por no dejarla morir y gracias por la firmeza con que mantienes juntos sus destellos».

—Así es —prosiguió Razi—: *el alma es el maná del cuerpo,* manjar bíblico que, como sabes, procede de lo alto. Por lo tanto, al bendecir desde ella, madre de nuestra lengua, los alimentos, los estamos elevando y revelándoles cuan milagrosos son, pues el más grande trabajo del hombre es acercar lo disperso y dar voz a lo que calla.
—Bendice este dátil —le dijo Levi a Razi con una sonrisa, mientras le ofrecía uno, incitándolo así a buscar inspiración en la palmera, el desierto y el sol.
—Gracias por enseñarnos —suspiró el de Elefantina— que las arrugas son algo más que secos rigores, y que la oscuridad que entre tus pliegues se hunde lo hace para concentrar aún más tu sabor. Gracias, dátil, por mostrarnos tu inocente perfección.
Cuando terminaron de hablar la primera estrella vio en el agua su propia irradiación y se llevó de regreso al cielo una mirada más fluida.

Lector de nubes

Vivía, en la década del treinta de este siglo, en Damasco, un humilde zapatero judío a quien el azar discriminado y el desprecio de la policía encarcelaron por un crimen no cometido, tanto más horrible, a ojos de los jueces, cuanto más judío era el acusado, de cuyo celo religioso daban fe los habitantes del barrio en el que moraba. Haim Anan, que así se llamaba, sabía los Salmos y el Cantar de los Cantares de memoria y solía recitarlos en la sinagoga y en las fiestas porque su voz era un portento de gracia y tenía calidad de oboe y suavidad de seda. Ser judío en Siria nunca fue fácil, pero comenzó a ser un calvario desde la existencia del Estado de Israel. Veinte generaciones de Anan habían vivido en Damasco antes que el inocente Haim, de modo que si tuvo o no la oportunidad de dejar la ciudad por un destino mejor, el zapatero renunció a ella para seguir oliendo la fragancia del cardamomo en la calleja en la que estaba su zapatería, el olor acre de la cola y áspero de los cueros floridos que no irían a reparar ningún calzado. Lo prendieron entre la una y las dos de la mañana, mientras se dedicaba al *tikún jatzot* o reparación de la medianoche, recomendada por los maestros de Safed.

Lo detuvieron sin preguntas ni contemplaciones y lo arrojaron a una oscura celda de la que, ya no recordaba cuándo, lo trasladaron a un campo de trabajos forzados fuera de la ciudad. Como no tenía más familia que unos primos lejanos, temerosa de que si intercedía por él podría acarrearse nuevas injusticias, la pequeña comunidad del barrio judío lo olvidó.

Haim Anan pidió un libro de oraciones en hebreo, su *talit* o celeste manto de oraciones, y papel y lápiz para escribir, cosas que le fueron negadas. Cada vez que insistía en su inocencia y solicitaba un ejemplar de la Biblia o, en su defecto, una traducción al árabe del libro del Génesis o del texto de los Proverbios, recibía por sarcasmo la siguiente respuesta:
—Lee las nubes, lee el aire. Considera los barrotes del ventanuco de tu celda como las líneas verticales de una página estrecha. Nunca saldrás de aquí, judío.

Al amanecer, tanto en verano como en invierno, lo sacaban con otros reclusos para llevarlo a la cantera de la que se extraían piedras para las casas de los ricos. Haim tenía los tímpanos rotos por las explosiones y el repicar de los martillos y el hurgar de los picos de hierro en las laderas rocosas. El día en que se olvidó de sí, el día en que dejó de pensar dónde estaba y por qué, ese mismo día las nubes empezaron a adquirir ante sus ojos, contra el fondo azul profundo que las había formado y que acabaría por disolverlas, formas de letras, aspectos de pasajes bíblicos, caras de versículos, rostros de personajes legendarios como Jacob o Sansón, Débora o Batsheva. Le bastaba elevar la vista al cielo en los descansos o entre golpe y golpe de maza para leer, en el viaje de las nubes, felicidades en marcha hacia la promesa de las lluvias o el parasol de las sombras. Era un secreto que no compartía con nadie, un extraño suceso que tomó por consuelos de lo alto

para las desgracias de lo bajo. A la hora del crepúsculo, en primavera, mientras los vencejos daban cincuenta, ochenta veces las mismas vueltas más allá del ventanuco de su celda, las nubes decían esta corriente es fría y desciende, las hormigas son un pueblo sabio, o ama a Dios con toda tu alma y todo tu corazón. Haim las leía sin dificultad, una a una, sin saber que miraba cirros o cirroestratos, alto cúmulos o altos tratos. Una mañana vio un cumulo nimbo en forma de yunque y tras él apareció la figura de Judas Macabeo, el Martillo. Otra, la formación de una tromba de agua que le habló del Mar Rojo y de Moisés. Hasta en sueños leía nubes que se deshacían en filamentos, blanquísimas como pechos de palomas; Haim Anan ignoraba que existían cuatro tipos de nubes básicas y que de sus múltiples combinaciones resulta todo el teatro atmosférico que adivinan los meteorólogos, pero aun así conocía su evolución hacia la lluvia o sus rizos doblados por los vientos de altura. Llegó a creer que él mismo era una nube oscura, debajo de la cual la morada del Creador seguía allí, impecablemente limpia. En los cirros plumiformes leía migraciones de ánades; en las nubes compuestas por agujas de un hielo que no podía ver, las barbas pretéritas de los patriarcas mesadas por el tránsito de la dicha. Poco a poco olvidó la existencia de los libros con su colección de obedientes signos, sus puntos y sus muescas. Ninguna letra permanecía en su memoria más tiempo que la pasajera ondulación de un altocúmulo en su desplazamiento lenticular. En invierno, con la niebla, un tono de sombría depresión entraba por su ventanuco buscando su rígido lecho, pero él leía en su etérea forma un cambio de estación, el solsticio de invierno de los días de Abraham, y se ponía a estudiar con Isaac la disposición del terreno para los abrevaderos o los pozos de agua sin preocuparse demasiado de que la pálida bombilla que alumbraba su celda fuera cada día más débil. Mientras sus años de prisión pasaban como nubes, la lectura de estas serie hizo tan nítida que los guardianes le preguntaban por el tiempo y sus metamorfosis y hacían apuestas sobre aquellas predicciones cuyo margen de error era mínimo.

—Judío —le decían—, léeme las nubes y el clima del miércoles.

Y tras un breve minuto de silencio, mirando por entre las rejas de su celda, Haim Anan respondía:

—Las masas se abrirán y el cielo del alba nacerá perfecto, pero al mediodía las nubes se unirán en un mar gris cuyo oleaje no se moverá hasta la noche.

Así se ganó su respeto, no su admiración ni su afecto. Recelaban de esa capacidad visionaria, de su destino de termómetro humano, de su carácter mercurial y sus ojos de místico absorto en la lectura de las nubes. Entonces, dos décadas después del primer día de su encierro, le llegó un indulto tan inexplicable como el intercambio de prisioneros por el que, tres días más tarde, amaneció en un kibutz próximo a Rosh Hanikrá, junto a la frontera libanesa.

—Bienvenido a casa, Haim —le dijo un hombre tan alto como rústico—. Nuestros niños necesitan que alguien repare sus zapatos. Le habló en hebreo, luego en árabe y por último en francés.

En esa época su barba y sus cabellos ralos tenían un fulgor increíble, que resaltaba aún más por la oscuridad de sus facciones. Conservaba todos los dientes y el día en que lo llevaron por vez primera a ver el mar lloró. Lloró de dicha, ya que, encima del horizonte, extendiéndose en estrías blancas y finas, casi transparentes, había podido leer el pasaje de *Reyes 8:12* que dice que el Creador «ama morar en la niebla» y hace de las nubes su habitáculo constante, pues nada podía encerrarlo ni contenerlo, como consignaba la Biblia a propósito de la inauguración del templo salomónico. Tampoco a él, Haim Anan el zapatero, habían logrado reducirlo a mero número minando su voluntad o desterrando para siempre su milenario hábito de lector, la devoción a su propio pasado.

—¿Te gusta el mar, Haim? —le preguntaban los niños cada vez que lo acompañaban a la playa y lo veían lagrimear.

—Sí —respondía en voz alta, en tanto murmuraba, por lo bajo—. El Creador escribe con nubes precisiones inauditas, rápidas bellezas, tenues maravillas que el viento dispersa y el clima distribuye. La mitad de mi vida he sido zapatero y la otra mitad lector de nubes, y el haber ayudado al pie a flexionar su marcha sobre la tierra ha permitido a mi cabeza reflexionar sobre el cielo. Bendito sea Él, dibujante de atmósferas, soplador de brisas al oído atento de las hierbas.

Pon corazón

—De todas las maneras de prestar atención —dijo Rabí Abraham de Trípoli a sus discípulos—, de todas nuestras actitudes conscientes, ninguna es comparable a la de poner el corazón en lo que pensamos, sentimos y hacemos.

Caminaban los tres: Rabí Yosef ben Mulk de Bengasi, Rabí Adam de Sebha y el maestro de ambos, Rabí Abraham. Paseaban por el borde del desierto, bajo la luz malva de la tarde del sábado. Los tres llevaban consigo ramos de albahaca para perfumar sus pasos; los tres eran abuelos y se conocían desde hacía mucho tiempo.

—En ese caso la atención será fugaz, como un latido —dijo Rabí Adam de Sebha.

—Fugaz es todo —sonrió Rabí Abraham.

—Como quiera que sea —terció Rabí Yosef ben Mulk de Bengasi—, los latidos no se fugan del corazón: permanecen en él semejantes a pájaros alternos, uno de luz, el otro de sombra.

—Sombra y luz poseen todas las cosas —volvió a sonreír Rabí Abraham de Trípoli —, pero no todo tiene corazón, pues tener un corazón verdadero requiere celebrar, ante todo, el movimiento, y luego la quietud; la ascensión y luego el reposo.

—Nos lo pones muy difícil —comentó Rabí Adam de Sebha.

El color de la tarde viró del malva al azul. Unas tras otras las estrellas titilaron, lejanas, sobre el cercano desierto.

—Planteas los enigmas como quien oculta un ala después de haber volado —dijo Yosef ben Mulk.

—Mirad —exclamó entonces Rabí Abraham, extrayendo una ciruela de uno de sus bolsillos, tan parecida a un corazón de paloma que los tres amigos temblaron ante el filo de la semejanza—. Incluso un corazón frutal como este es dulce en su superficie y agrio en el centro. Del mismo modo debemos, cuando de prestar atención se trate, ejercer la amabilidad con nuestros semejantes, pero reservarnos la acritud para nosotros mismos, pues la dulzura nos baja los párpados en la misma medida en que lo agrio dilata nuestras pupilas. La atención que los otros merecen se llama consuelo; el ejercicio de la nuestra, devoción despierta.

La expresión hebrea sim leb, *prestar atención, puede entenderse también como poner el corazón en lo que estamos haciendo. Por otra parte, si leemos* bal, *no, negación, en lagar de* leb, *cuya afirmación se sobrentiende, estaremos anteponiendo lo estático de la* bet *a lo dinámico de la* lamed. *Al mismo tiempo, la letra* lamed *indica un ascenso, una subida, y la* bet *promueve una estabilidad, de donde, y en el camino de realización, primero hay que ponerse en marcha y por fin aprender a reposar.*

La palmera transparente

Mientras era empujado hacia el abismo una fría mañana de mayo de 1944, Rabí Ismáj Atid ultimaba en su imaginación el relato que hubiese querido escribir acerca del fin del general Vespasiano, el responsable de la destrucción de Jerusalén, a quien la locura devastó el cerebro en algún rincón apartado del Imperio Romano. «Qué tontería —pensó—, que el caminar hacia la muerte me recuerde el fin de ese verdugo, pues ninguna extinción paga el precio de la extinción, ningún castigo, por merecido que sea, reconstruye una vida». En el campo, rodeado de rostros macilentos y ojos vacíos de lágrimas, todos parecían estar más allá de pensamiento, rayados fantasmas de sí mismos. La mayoría de aquellas almas ya estaban muertas antes de entregar sus cuerpos a los letales efluvios del gas. Como muertos estaban sus seres queridos.

Rabí Ismáj Atid miró el cielo buscando alguna señal, algún signo de aquella

demencia que aniquilaba a la especie humana entera y no solo al pueblo judío. Pero por encima del horror destinado a unos la primavera insistía en llevar perfumes a otros, como si al Creador del universo, ese ser a quien él todavía llamaba Dios y al que amaba más allá de toda explicación, le interesase continuar aromatizando el aire con esencias florales por encima de la peste a carne quemada. «Qué nimiedad —se dijo Rabí Ismáj Atid—, pensar en escribir algo sobre Vespasiano y la destrucción del Templo de Jerusalén, después de toda una historia del pasado, cuando el presente derrama tanta desolación sobre el futuro».

Y entonces, hecha de delgadísimas nubes, vio la palmera transparente que ascendía al cielo desde las mortíferas chimenas. Y en ella las tibias almas de los justos, el etéreo corazón de los inocentes subiendo en fúnebres retazos y dibujando en la radiante luz de la mañana ramas y espádices, y vio un tronco tan alto y blanco que parecía hecho del algodón de los sueños de los niños carbonizados, mientras dos lágrimas de fuego le deformaban la percepción en su fluir atónito y callado. Era hermosa como la vida y terrible como la muerte no deseada aquella palmera que insinuaba una especie de milagro póstumo en el horizonte de una Europa devastada por las hordas de la guerra. Siguiendo un orden recto, una misteriosa aspiración, en los anillos de su tronco viajaban nombres propios y recuerdos indelebles, palabras de amor, promesas, y las almas persistían y persistían entre los brazos del pálido humo confiriéndose unas a otras un brillo tan intenso como inolvidable. ¿Acaso era él, Rabí Ismáj Atid, el único en verlas?

Antes de entrar en la cámara de gas formuló un deseo en voz baja:

—Que esa tenue, vacilante palmera transparente tenga un destino digno de memoria y que los justos que la articulan digan a los ángeles que esperan volver, regresar en los rayos del sol. Toda la oscuridad del universo no vencerá, Señor, la luz de tus estrellas.